



Homo pornográficus: Consumo de pornografía heterosexual en la construcción social e individual de las masculinidades: el despliegue de las sexualidades

JOHN SEBASTIAN BUITRAGO VILLA

**Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Antropología
Medellín
2018**



Homo pornográficus: Consumo de pornografía heterosexual en la construcción social e individual de las masculinidades: el despliegue de las sexualidades

JOHN SEBASTIAN BUITRAGO VILLA

**Asesor:
Aníbal Parra Díaz
Antropólogo, Especialista y Magíster en Estética.**

Trabajo de grado para optar por el título de Antropólogo

**Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Antropología
Medellín
2018**



Homo pornográficus: Consumo de pornografía heterosexual en la construcción social e individual de las masculinidades: el despliegue de las sexualidades

Resumen

La presente investigación parte del enfoque de género para indagar en la realidad cotidiana de los varones, así, ofrece una profunda reflexión alrededor de la construcción intersubjetiva de la masculinidad, comprendida como un proceso individual y social atravesado por múltiples variables; en este caso el análisis gira en torno a la pornografía, la cual se despliega como un dispositivo que no solo permite el encuentro con los placeres, sino que además legitima las relaciones íntimas y sociales tejidas por hombres y mujeres, en la cual los varones se realizan y absorben una serie de valores que regulan el encuentro con la sexualidad, propia o ajena; para ello se realizaron tres grupos de discusión exclusivos de varones y uno exclusivo de mujeres, los cuales contaron con la participación de personas de diversas edades. Estos grupos permitieron calibrar las implicaciones del consumo de pornografía en la construcción íntima, afectiva y social de la masculinidad, pues allí se esbozan lineamientos para el deber ser de hombres y mujeres que, de una forma u otra, trascienden de la pantalla, sale de la retina de los espectadores, y se cuele hasta la cotidianidad de los individuos, interactuando de manera constante con los procesos de subjetivación.

Palabras Claves

Masculinidades; Género; Sexualidad; Pornografía.



Abstract

This research addresses the gender approach to investigate the daily reality of men, thus, offers a profound reflection on the intersubjective construction of masculinity, understood as an individual and social process crossed by multiple variables; in this case the analysis revolves around pornography, which is deployed as a device that not only allows the encounter with pleasures, but also legitimates the intimate and social relationships woven by men and women, in which men realize and absorb a series of values that regulate the encounter with sexuality, own or others; for this, it has three discussion groups exclusively for men and one exclusively for women, which have the participation of people of different ages. These groups allowed to calibrate the implications of pornography consumption in the intimate, affective and social construction of masculinity, because there are guidelines for the use of men and women who, in one way or another, transcend the screen, sell the Retina of the spectators, and sneaks up to the daily life of the individuals, interacting in a constant way with the processes of subjectivation.

Keywords

Masculinities; Gender; Sexuality; Pornography.



Ilustración 1: Egon Schiele. -Lovers- (1909)



Dedicatoria

A mi padre y a mi madre, por siempre dejarme ser.

A los que me bancaron.



Agradecimientos

El título recibido no solo es el fruto del esfuerzo individual, comprende la ayuda de muchas personas que intervienen en las esferas académicas y personales. Por ello, deseo expresar mi gratitud en las siguientes líneas.

A mi padre, mi héroe, quien desde su forma de ser siempre me motivó a ser mejor, gracias por tu ternura, un abrazo de gol. A mi madre quien con su mezcla entre disciplina y ternura siempre me apoyó. A mi abuela por sus cuidados y su cariño. A mi tía, mi colega, gracias por seducirme con la antropología. Y finalmente agradezco a quien admiro profundamente por su valentía, mi hermana. Este título tiene algo de cada uno de ustedes por aguantarme y animarme a seguir adelante. Gracias por estar no sólo en los buenos momentos.

A mis compañeros y profesores les agradezco el haber compartido todo su conocimiento y haber recorrido juntos este sendero laberintico que vario entre lo sombrío y lo colorido. A mis amigos les agradezco su compañía, en especial a mi asesor Aníbal quien más allá de aportarme desde su conocimiento y su experiencia profesional siempre me escucho y cuando todo se derrumbaba me banco; a Catherine, quien con su firmeza y alegría siempre me escucho y me aconsejó. A Santiago, por su paciencia, su apoyo y sus correcciones, un abrazo mi hermano. También a Camilo, Daniel, Melissa, Camila, Valentina... Quienes siempre tuvieron una voz de aliento y unos oídos atentos.

Gracias a Julio, Diego, José Luis, Juan Diego, Thorwalt, Juan Dairon, Patricia, Valentina, Laura, Catherine, Luisa, Sandra, Daniela, Ana, quienes participaron en el proceso de investigación con sus valiosos aportes y su disposición, por compartir sus experiencias y por abrirse. Infinitas gracias.



TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
CAPITULO I	16
1. DEL ESTUDIO DE LA MUJER A LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDADES.....	16
1.1 La deconstrucción del hombre neutral	20
1.2 La obsesión viril	23
1.3 ¿Qué implica ser hombre hoy?.....	28
1.4 La masculinidad en crisis, la oportunidad del cambio.....	35
CAPÍTULO II	38
2. SEXUALIDADES MASCULINAS: UNA TRIPLE SEPARACIÓN.....	38
2.1 Sexualidad y reproducción.....	42
2.2 Las tres separaciones	57
2.3 Bajo el manto de la hipersexualidad masculina.	71
CAPÍTULO III	79
3. HOMO PORNOGRAFICUS.....	79
3.1 Erotismo y pornografía	99
3.2 Hombres consumiendo pornografía	109
3.3 Hombres consumiendo pornografía: una narrativa de mujeres.....	142
ALGUNAS REFLEXIONES PARA FINALIZAR	159
REFERENCIAS	165
LISTA DE ILUSTRACIONES	172
ANEXOS	174



INTRODUCCIÓN

La presente investigación para optar por el título de antropólogo, encuentra pertinencia gracias a la apertura generada por diferentes procesos históricos, culturales y sociales, que le permitieron a la antropología ampliar su campo de reflexiones de manera gradual; dando lugar a un giro epistemológico, dentro del cual, tienen lugar las antropologías del sur, contexto en el que comienzan a aparecer nuevas posturas, perspectivas y abordajes teóricos y metodológicos, entre los cuales se ubican, los estudios de poscolonialidad, ecología política, antropología urbana, los estudios de género, entre otros. Este giro permitió, entre otras cosas, generar una crítica del lugar que ocupa el investigador en relación al otro, es en ésta línea donde la antropología brinda herramientas para reflexionar sobre el proceso de lo que se considera “hacerse hombre”.

Si bien en Colombia se han comenzado a realizar investigaciones con enfoque de género aún se percibe como estas hacen referencia a estudios sobre la mujer; para ilustrar este punto podríamos remitirnos al libro “La política de género en el estado colombiano: un camino de conquistas sociales” elaborado por Margarita María Peláez y Luz Stella Rodas (2002), en el cual se ofrece un recorrido histórico acerca de la aparición de políticas en perspectiva de género, sin embargo, todo su desarrollo gira entorno a la reivindicación de los derechos de las mujeres, casi exclusivamente, como sujeto-actor político, económico y social. Lo anterior se resalta no como irrelevante, ni carente de importancia, sino solo como ilustración de la utilización del concepto género como sinónimo de mujer, dentro de gran parte de la producción académica.

De acuerdo con lo anterior, resaltar los estudios sobre masculinidades posibilita re-pensar la categoría de género y su carácter relacional, es decir, cómo a partir de la polaridad hombre y mujer se construyen subjetividades e intersubjetividades, individuales y colectivas, en este sentido Graciela Infesta (1998) ofrece un acercamiento a profundidad sobre la importancia de considerar la categoría de género como un elemento transversal a las relaciones humanas.



Ahora bien, para retomar la masculinidad como concepto, es menester resaltar que encuentra sus cimientos en los estudios de género, que a su vez se fundamentan en el despliegue de estudios feministas. Estudios que por cierto tienen lugar alrededor de los años 70, en este sentido se retoman los trabajos “Transformar el conocimiento: la perspectiva de género en antropología” de Aurelia Martín Casares (2008) y “La categoría de género en las ciencias sociales contemporáneas” de Fernando Urrea Giraldo (1994). Como análisis de la influencia histórica de los movimientos feministas a partir de los cuales aparecen los hombres como “nuevos sujetos” a investigar. Así, plantear la masculinidad como un proceso de construcción social y cultural, implica resaltar la heterogeneidad dentro del proceso de concebirse como sujeto masculino, reconocer estas diferentes formas de ser y hacerse hombre implica validar al otro dentro de sus propios códigos culturales; Elisabeth Badinter (1993) y David D. Gilmore (1994) ofrecen un amplio recorrido etnográfico para ilustrar este punto.

El estudio de las masculinidades es abordado como un proceso de construcción individual y colectivo, que desde una perspectiva antropológica pretende reconocer las diferentes formas de ser y hacerse hombre dentro de una realidad concreta, y resaltar los mecanismos sobre los cuales se erige una masculinidad hegemónica. Este proceso conlleva a indagar sobre los diferentes dispositivos que moldean y privilegian la construcción de un tipo específico de masculinidad, la cual, en el marco de la presente investigación situada espacialmente en Medellín-Colombia, comprende un sujeto heterosexual, y siguiendo lo expuesto por Enrique Gil Calvo (2006) identificado con elementos como la fuerza, el tamaño, el poder, la barba, el dinero, el vello corporal y demás signos de virilidad. Imagen hegemónica que apunta a los estereotipos imperantes en el tejido social de la contemporaneidad.

Abordar la masculinidad como concepto central de investigación resulta complejo, ya que, en los últimos 50 años, aproximadamente, ha afrontado una serie de transformaciones importantes, como señala Michael Kimmel en su artículo “Producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes.” (1992); la aparición de la masculinidad como problema de investigación responde a la contribución de los



diferentes trabajos desarrollados dentro del feminismo, al evidenciar el género como pilar sobre el cual se organiza la vida social y en este sentido cómo las diferentes coyunturas históricas han influido en la transformación del concepto de masculinidad, pasando de considerarlo como proceso natural a una construcción cultural y dinámica, de acuerdo con lo anterior, adquiere pertinencia hablar hoy de masculinidades, resaltando la heterogeneidad y validez de las diferentes formas de ser y hacerse hombre.

Por tanto, la estructura de la presente investigación plantea en el primer capítulo -*“Del estudio de la mujer a los estudios de masculinidades”*- el cual ofrece un acercamiento a la construcción histórica del concepto de masculinidades desde la antropología, resaltando cómo a partir de la presión ejercida desde los diferentes movimientos feministas se impulsó a los hombres a analizarse, es decir ya no desde el hombre que analiza el mundo, forma tradicional de construir conocimiento, sino como hombre que se interroga a sí mismo en todo su proceso de construcción individual, de identidad y de su posterior inserción en la sociedad. Estos diferentes movimientos epistémicos posibilitaron en cierta medida una reinención de la masculinidad que, como se mencionó anteriormente, resalta en su grado de complejidad como construcción cultural, trascendiendo la concepción biológica y estática de la misma.

Estos impulsos para problematizar la construcción de masculinidad han generado una apertura para visibilizar y validar, en cierta medida, nuevas posibilidades de ser, de reinventar o re-descubrir la masculinidad, ligada al afecto, la paternidad, el sentir, la emocionalidad, entre otros. Elementos que antes estaban vetados por su condición de varones; si bien se han hecho esfuerzos importantes para abordarla como problema de investigación, entre los cuales se destacan los trabajos de David D. Gilmore (1994); Matthew Gutmann (1997); Carlos García y Fredy Gómez (2012); en el panorama mundial, latinoamericano y colombiano respectivamente; se resalta como el acercamiento que se ha generado ha sido alrededor de la esfera de la violencia. Por tanto, comenzar a generar una reflexión desde otros ámbitos, enriquecen el proceso de comprensión del otro y abre la posibilidad hacia una retroalimentación.



Ahora bien, el segundo capítulo -“*Sexualidades masculinas: una triple separación*”- ofrece un acercamiento a la sexualidad masculina como uno de los puntos álgidos en el proceso de construcción y consolidación del ser hombre, siguiendo los desarrollos conceptuales de Elisabeth Badinter (1993) y David D. Gilmore (1994), entre otros; en este proceso se podrían identificar tres separaciones para alcanzar socialmente el estatus de “hombre de verdad”: la separación con los niños, con las mujeres y con los homosexuales; es importante retomar lo anterior para dar cuenta de la importancia del despliegue de la sexualidad masculina heterosexual como un argumento de reafirmación de la condición de “hombre verdadero”, en otras palabras es indagar por el encuentro con la sexualidad y todo lo que ello ha implicado en la vida de los hombres.

Siguiendo esta misma línea, el desborde de la sexualidad masculina tiene lugar desde diferentes ámbitos, con prácticas socialmente entendidas y algunas legitimadas, como: promiscuidad, número de parejas, disposición permanente, infidelidades, burdeles, entre otros. Sin embargo la presente investigación ofrece una reflexión en su tercer capítulo, “-*homo pornograficus*-”, alrededor del consumo masculino de pornografía, plataforma sobre la cual hoy tiene lugar gran parte del desborde de la sexualidad contemporánea, al permitir el despliegue de sus deseos, cualquiera que estos sean, es decir, la pornografía como construcción de ficciones donde todo es posible, por tanto el ejercicio investigativo permitió indagar las diferentes percepciones, visiones y discursos que se generan a partir del encuentro de los varones con la pornografía y como ello permea toda su construcción subjetiva e intersubjetiva.

Para dar cuenta de la magnitud en los niveles de consumo de la pornografía, es pertinente señalar que “Según las cifras de Pornhub, en el año 2015 sus visitantes consumieron 87.849 millones de videos, que suman un total de 4.392 millones de horas de reproducción. Esto equivale a 12 videos vistos por cada humano que habita en el planeta.” (Semana, 2016).



No es gratuito entonces que desde diferentes líneas del conocimiento comiencen a aparecer reflexiones en torno al fenómeno de la pornografía, abordajes desde los estudios feministas, la psicología, la sociología, entre otros; denunciado el carácter opresivo y destructivo de la industria pornográfica, en tanto cosificación de la sexualidad humana inserto en las lógicas del capitalismo, sin embargo las pretensiones de la presente investigación giran alrededor de la influencia del consumo de ésta en la construcción de la subjetividad e intersubjetividad masculina.

Ahora bien, la actual mediación tecnológica ha puesto a disposición de todos, la pornografía, según Andrés Barba y Javier Montes (2007), ésta debe ser entendida como un producto que representa la sexualidad humana y que, por una razón u otra, genera sensaciones placenteras. Sin embargo, en aras de refinar el abordaje de la investigación se entenderá la pornografía bajo un marco heteronormativo, es decir, la autosatisfacción a partir de la contemplación de film, imágenes o transmisiones de relaciones sexuales explícitas entre humanos, ya sea solos o en grupos y destinados al disfrute de varones heterosexuales.

Abordar el consumo de pornografía como problema de investigación, desde una perspectiva antropológica, implicó indagar por la red de relaciones o espacios homosociales como agentes de motivación y legitimación de prácticas y discursos ejercidos por los varones, en este sentido el trabajo de Diego German Romero (2014) señala las circunstancias para acceder a la pornografía, los medios usados, el tiempo invertido, entre otros.

Pero, a todas éstas ¿se puede abordar la pornografía desde la antropología? Y más aún, ¿es válido hacer etnografía de lo cotidiano? Para responder el primer cuestionamiento, es preciso retomar el artículo de Fabián Sanabria-S.) “Los no-lugares del amor en la ciudad: Una aproximación etnográfica a las salas X de Medellín.” (2004) Donde resalta la pornografía como una construcción cultural, bajo la cual se reproducen mitos y ritos de la sexualidad humana y el encuentro hedonista con el otro, esta reproducción mantiene y en ocasiones amplía las brechas de desigualdad entre hombres y mujeres, legitima las relaciones sociales,



afectivas y sexuales con el otro u otra. Así mismo, para abordar el segundo cuestionamiento, es importante retomar el trabajo de Francisco Ferrándiz (2011) donde, en términos generales el proceso etnográfico, consiste en integrar y registrar la vida cotidiana de personas de otras culturas, para dar cuenta de algún fenómeno cultural concreto, sin embargo, las líneas que demarcan esa otredad como alejadas temporal y espacialmente se han desdibujado, hoy encontramos posible descubrir en el “otro cercano”, elementos sobre los cuales reflexionar. Es decir, el investigador sitúa dentro de su propia realidad los fenómenos a investigar; en este sentido resulta difícil imaginar algo más cotidiano e íntimo que consumir pornografía.

Por tanto, la pregunta de investigación giró en torno a ¿Cómo incide el consumo de pornografía heterosexual en la construcción social e individual de las masculinidades? En esa línea de indagación el objetivo general se planteó a partir de indagar por el consumo de pornografía heterosexual y su incidencia en la construcción social e individual de la masculinidad. Los objetivos específicos que concretan el ejercicio investigativo se sustentan en: Reconocer en la subjetividad masculina la incidencia de la pornografía heterosexual en la configuración de estereotipos masculinos y femeninos; explorar desde la subjetividad masculina en la práctica erótico/afectiva heterosexual la incidencia de la pornografía en el encuentro amoroso, la narrativa de las mujeres; resaltar en los espacios de homosocialidad u homosocialidad la legitimación del consumo de pornografía heterosexual como práctica en la construcción social e individual de la masculinidad.

Así mismo, es pertinente señalar que el ejercicio investigativo no pretendió en ningún momento constituir una apología de la pornografía, sino generar un acercamiento a las implicaciones sociales, íntimas y afectivas que genera el encuentro con ésta por parte de varones heterosexuales de diferentes edades; paralelamente ahondar en la posición que las mujeres tienen frente al consumo que de ella hacen los varones, posibilitando conocer las diferentes versiones y visiones que se tejen y cómo trastoca la realidad de cada uno.



La investigación se desarrolló con un enfoque netamente cualitativo, contó con la participación de hombres y mujeres heterosexuales de la ciudad de Medellín, con un rango de edad entre los 17 a los 60 años, con los cuales se desarrollaron cuatro grupos de discusión: tres exclusivos de hombres y uno exclusivamente de mujeres; por medio de estos se pretendió generar un acercamiento hacia la construcción de la categoría de hombre (GDH1)¹; una reflexión en torno a lo que ha implicado el encuentro con la sexualidad (GDS2)² y una indagación por la influencia de la pornografía en los ámbitos íntimos, sociales y afectivos (GDP3)³. Así mismo, el grupo de discusión exclusivo de mujeres (GDMP1)⁴ pretendió indagar por la visión de éstas frente al consumo de pornografía por parte de los varones; por tanto, a lo largo del presente escrito aparecerán las voces de los participantes.

Finalmente generar una reflexión a partir del consumo de pornografía en varones heterosexuales, implicó un proceso de autorreflexión y observación de pares. Involucra resaltar elementos presentes en la cotidianidad que pasan desapercibidos de forma individual, pero que coinciden (o no) de forma colectiva y pueden hacerse conscientes dentro del proceso de subjetivación. Por tanto, resulta pertinente invitar hoy a la reflexión acerca de este fenómeno social, pues si bien muchas investigaciones y estudios se enfocan en el proceso de cosificación de los sujetos, la forma en que se produce pornografía, en cómo se distribuye, etcétera. Es importante pensar(nos) cómo influye en la construcción de las masculinidades desde los planos íntimo, sociales y afectivos.

¹ Ver anexo 1

² Ver anexo 2

³ Ver anexo 3

⁴ Ver anexo 4



CAPITULO I.

1. DEL ESTUDIO DE LA MUJER A LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDADES.

“El principal antecedente de los estudios de la masculinidad son los dedicados a la mujer, pues constituyen la base para el estudio de las identidades genéricas”
(Montesinos, 2002, p. 114)

Toda relación humana está mediada por la construcción que hagamos del otro o la percepción que tengamos sobre él, en este sentido el sexo del individuo (otro) juega un papel fundamental en la red de relaciones que tejemos con los demás; pues el sexo no solo es reconocido como una característica biológica, sino que sobre él han sido cargadas una serie de aptitudes, rasgos, características, capacidades, deberes, comportamientos, destinos, etcétera. Así el cuerpo se concibe como un territorio moldeado a partir de la relación con los demás sujetos y atravesado por los diferentes determinismos, biológicos y sociales.

Ésta carga social y cultural atribuida a los sexos genera un anclaje rígido entre los sujetos y sus atributos físicos, psicológicos, comportamentales, entre otros. Lo cual conlleva a forjar una imagen hermética del deber ser de hombres y mujeres, impidiendo así nuevas posibilidades de ser, interactuar o habitar el mundo.

Lo anterior ha fortalecido un proceso de “normalización”, el cual presenta una estructura de poder uniforme, donde el hombre se encuentra en posición de dominador y la mujer de dominada, al respecto Pierre Bourdieu en *“La Dominación Masculina”* (2000) ofrece un acercamiento a las diferentes estructuras de poder simbólico y los mecanismos mediante los cuales se implanta y se reproduce en la cotidianidad de los individuos, generando una aceptación sobre el orden “normal” de las estructuras de poder, obviamente un poder asimétrico y vertical.



Ahora bien, para comprender el origen de los planteamientos expuestos anteriormente y en aras de otorgar validez a las masculinidades como concepto central de investigación, es preciso reconocer los orígenes, el proceso histórico, los conflictos y fluctuaciones que ha sufrido el mismo. Es menester entonces partir del reconocimiento de los diferentes movimientos feministas como cuna de los estudios de género y posteriormente de los estudios de la masculinidad.

Antes de retomar las implicaciones del movimiento feminista, es pertinente esbozar un pequeño acercamiento histórico, que ayudará a comprender un poco el giro y el contexto bajo el cual se erige el movimiento feminista en el panorama mundial.

Dicho esto, es preciso reconocer que históricamente algunas mujeres se han sublevado al sistema de dominación, y en general siempre han existido figuras disidentes a los sistemas de dominación imperantes, pero arrastrados por los patrones de normalidad han sido invisibilizados en la construcción de la historia humana. Por tanto, algunos autores como Gary Wills (2008) y Helen Fisher (2001) sugieren que la historia de la humanidad es en realidad la historia del hombre, y no del hombre como especie, sino del hombre como sujeto sexuado, atravesados por diferentes atributos de poder como la raza, el estrato socioeconómico, entre otros.

Para continuar con la hilaridad del escrito, es preciso retomar el marco de la primera guerra mundial como un episodio de ruptura dentro de la historia humana, que siguiendo lo expuesto por (Montesinos, 2002) sirvió para rescatar a los hombres de una profunda crisis en su masculinidad, como consecuencia de la transformación de la inserción en el sistema capitalista. Así, la guerra permitió la reafirmación de su virilidad. (p., 76), en este sentido Elisabeth Badinter (1993) retoma la importancia de la guerra para el mundo de los hombres, pero paralelamente señala cómo la primera guerra mundial detonó un cambio en la identidad femenina, pues al trastocar las dinámicas cotidianas, desdibujó la barrera de los roles sexuales, pues fue necesaria la fuerza de trabajo femenina en la fabricación de armas y en general en la producción laboral-industrial.



Este acercamiento de las mujeres al campo laboral legitimado socialmente por estas condiciones históricas particulares, propició el repensar el rol de la mujer al interior de la sociedad, impulsando diferentes luchas por el reconocimiento de derechos. En resumen, este momento histórico fue utilizado como abre bocas para la reconfiguración de la identidad femenina.

Un segundo momento crucial para la reconfiguración de las identidades femeninas se rastrea en la segunda guerra mundial, ya que al igual que en la primera guerra mundial, legitimó la apertura a las mujeres del mundo laboral y posibilitó nuevas dinámicas, no solo dentro de la esfera económica, sino que estuvo acompañado de una serie de luchas por el acceso a la educación, a la libertad sexual, entre otros; como señala Fernando Urrea (1994):

... Las transformaciones económicas y sociales en las diferentes sociedades occidentales relacionadas con la creciente y masiva participación de las mujeres en los sistemas educativos nacionales. Especialmente a partir de la segunda postguerra en las sociedades americana. Europeas -incluyendo antigua Unión Soviética y países socialistas, Australia e Israel y parcialmente en algunos países asiáticos (Japón, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas), y en los años 60 y 70 en las sociedades latinoamericanas y en menor grado africanas. (p., 54)

Esta serie de transformaciones no influyeron para un cambio integral inmediato, pero sí para generar una apertura hacia la lucha de grupos de mujeres en diferentes frentes. Posibilitando un reconocimiento y una reivindicación gradual de las mismas al interior de la sociedad e integrándolas cada vez más a las esferas públicas.

Lo anterior se identifica alrededor de los años 60, donde justamente aparecen los movimientos feministas en Estados Unidos y algunos países de Europa. La lucha de estos movimientos también estuvo acompañada por el reclamo y la lucha de los movimientos gay's y lesbianos, ambos movimientos



generaban un reclamo en torno al derecho por la liberación sexual y dominio sobre el propio cuerpo. Es a partir de estas críticas, sociales y culturales, donde se comienza no solo a evidenciar las relaciones desiguales existentes, sino a tomar conciencia sobre sus implicaciones en el desarrollo de la vida de los sujetos

Esta revulsión generada por la inserción de las mujeres en el escenario educativo, económico y político generó, dentro de las ciencias sociales, particularmente, la visibilización o apertura de nuevos fenómenos sociales, antes entendidos como condiciones naturales, lo cual amplió el interés a diferentes focos de reflexiones, antes ignorados (conscientes o inconscientemente).

En este sentido y de acuerdo con Aurelia Martín Casares (2008) lo que hoy conocemos como estudios de género o estudios con enfoque de género, en un primer momento fueron denominados estudios de la mujer; posteriormente gracias a las reflexiones generadas se comienzan a llamar estudios de las mujeres, en plural, para resaltar los contextos y las dinámicas particulares de cada una.

Este primer acercamiento a los estudios de las mujeres pretendió vislumbrar, en palabras de (Casares, 2008) “las actividades que realizaban las mujeres, no sólo porque la mayoría eran hombres y les era difícil introducirse en el mundo femenino, sino también porque consideraban que las actividades masculinas eran más importantes que las femeninas para entender el sistema social y cultural.” (p., 22)

Gradualmente se fue trascendiendo este primer momento descriptivo del universo de las mujeres y se comienza a reflexionar sobre las estructuras de poder dominantes y la desigualdad entre hombres y mujeres, en los diferentes ámbitos culturales, sociales, simbólicos, económicos y políticos. A partir de estas reflexiones los estudios de las mujeres comienzan a denominarse estudios feministas, cuya tesis giro en torno al reconocimiento de diferentes realidades para señalar el carácter cultural de la dominación masculina y la sublevación de las mujeres frente a esta estructura de poder.



Finalmente los estudios de género aparecen posterior a las diferentes reflexiones feministas planteadas alrededor del carácter relacional de la construcción subjetiva de hombres y mujeres, en otras palabras el proceso de identidad masculina y femenina se desarrolla en relación a su opuesto y no se puede concebir sin este; como lo recuerda (Kimmel, 1992) “la enorme contribución del feminismo al evidenciar al género como uno de los principales pilares sobre el cual está organizada la vida social.” (p., 130)

Sin embargo, esta apertura y posicionamiento de los estudios de género como construcción cultural descencializada, dio pie a reconocer la diversidad dentro del proceso de construcción de identidades masculinas y femeninas, no necesariamente ancladas en construcciones socialmente hegemónicas sino en el reconocimiento y reivindicación de diferentes formas de ser, habitar o existir como hombres y mujeres.

Estos cambios señalados anteriormente en los escenarios públicos, también repercutieron de gran manera en el ámbito privado, pues obligó, al otorgarles a las mujeres independencia económica, sexual, académica, entre otros; a reorganizar el tejido de las relaciones sociales e íntimas. Lo cual desestabilizó a los varones en una crisis al desdibujar su especificidad como proveedores, por tanto, los hombres han tenido que “reinventar” su masculinidad; en este sentido el artículo de Michael Kimmel (1992), ofrece un acercamiento sobre cómo la presión ejercida desde la crítica feminista a la realidad social y a la “inercia” masculina detonaron una serie de cuestionamientos por parte de los varones quienes comenzaron a interrogarse. Así se entiende como los estudios sobre masculinidades aparecen como consecuencia de la reconfiguración política de las mujeres.

1.1 La deconstrucción del hombre neutral

En aras de profundizar cada vez más en el reconocimiento del trasegar de los estudios de género como categoría de análisis y en la aparición de la masculinidad como foco de interés, es oportuno señalar lo expuesto por (Casares, 2008) cuando, haciendo un recorrido por los estudios de género afirma: “De hecho,



el concepto género comenzó utilizándose en numerosas publicaciones como sinónimo de mujeres, simplemente porque sonaba más neutral y académico, y algunas investigadoras preferían desmarcarse del movimiento feminista” (p., 34) y en este mismo sentido (Kimmel, 1992) resalta como la mujer desde la academia se convierte en una particularidad, pues plantea que “incluso hoy, si un texto no tiene la palabra mujeres en el título, se entiende que es un texto sobre hombres” (p., 129) lo anterior conlleva a inferir en cierto grado que los estudios de género son-fueron entendidos socialmente como algo relacionado a la mujer (al otro particular) y por ende invisibiliza y excluye a los hombres bajo el manto de la normalidad.

El estatus de normalidad que posiciona a los hombres como representación por excelencia de lo humano, también es problemático, ya que si bien desde el lenguaje, el hombre abarca toda la especie homo sapiens, también implica una invisibilización como sujetos particulares, pues son entendidos como neutros o globales; para ilustrar este punto habrá que echar un vistazo al análisis histórico del asunto, lo cual permitirá comprender las lógicas culturales bajo las cuales los hombres son de mayor valor para determinadas culturas; por ejemplo en el ámbito de lo sexual abordado desde la medicina (Tin, 2012) señala:

La medicina se interesó muy poco por la homosexualidad femenina. Cuando se interesaba por el cuerpo, la mayoría de veces era por el cuerpo masculino, tal como lo manifiestan las láminas de anatomía que muestran casi siempre cuerpos de hombre, salvo cuando se trataba específicamente de alguna cuestión ginecológica (p., 222)

Lo anterior podría dar muestra de cómo se consideraba el cuerpo humano y su representación normal como cuerpo masculino, mientras que la mujer constituye un grado de particularidad dentro de ese cuerpo.

Como se señaló en el ejemplo anterior, el hombre entendido como un todo, enfrenta un resquebrajamiento gracias al trabajo académico desarrollado por diferentes mujeres, entre las cuales destacan Margaret Mead, Simone de Beauvoir, entre otras. Ayudando a repensar la condición de mujer dentro de la sociedad



occidental y nutrieron a partir de estas reflexiones la categoría de género como categoría de análisis; pero ¿cómo se da la apertura a los estudios sobre las masculinidades?

La reconfiguración de la identidad femenina no se da en el plano público exclusivamente, sino que también comienza a calar dentro del ámbito privado, como se mencionó en el apartado anterior, lo que conllevó a los hombres a sentirse presionados ante el inminente cambio, por tanto se vieron obligados a redefinir y redescubrir su masculinidad, pues esta nueva identidad femenina trastocó los cimientos de la identidad masculina al cuestionar el estatus quo de la sociedad, en el cual el hombre ejercía la función de proveedor, protector, procreador; generando una herida profunda en su identidad; esta transición no fue fácil, ni bien aceptada por todos los hombres, lo cual generó un despliegue de violencias contra las mujeres, como un intento de los hombres por retomar el control y su papel en el mundo.

Bajo este pequeño esbozo histórico aparecen los estudios de los hombres, o estudios de masculinidad, como respuesta a las reflexiones de los estudios de la mujer, pues desde allí se denunció como el patriarcado como estructura de poder no solo oprimía a las mujeres, sino que los hombres también atraviesa, en silencio, todo el proceso de subjetivación masculina, al respecto el trabajo de Elisabeth Badinter (1993) y Franco La Cecla (2004) ofrecen un acercamiento en detalle.

Estas reflexiones posibilitaron salir de la inercia mental en la cual estaban sumidos los varones y los impulsó a cuestionar su propia realidad para comenzar a sanar esa masculinidad herida, gracias al repensar su condición de varones y comenzar a reconocer sin temor ámbitos como la paternidad, la igualdad, la vulnerabilidad, entre otras, finalmente es reconocer como la estructura de poder dominante, el patriarcado, influye en mayor o menor medida en la construcción de las intersubjetividades y subjetividades masculinas y femeninas.

Ahora bien, (Badinter, 1993) plantea “Los especialistas de los Men’s studies rechazan la idea de una masculinidad única, niegan el determinismo de la biología



y apelan a la plasticidad humana (no existe un modelo de masculinidad única para todos los tiempos y todas las latitudes) - precisamente por esto es un concepto difícil de manejar” (p., 51) en este sentido comienzan a aparecer estudios descriptivos, y luego analíticos sobre la masculinidad; es decir, los varones comienzan a recorrer el camino propuesto para los estudios de la mujer.

1.2 La obsesión viril

La masculinidad es una construcción cultural, particular para cada tiempo y espacio específico; en este sentido y retomando lo planteado por (Gilmore, 1994) la masculinidad debe ser entendida como “la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta.” (p., 15) sin embargo, hay que resaltar que esta forma aceptada y validada socialmente de ser varón, descalifica otras formas y posibilidades de vivir la masculinidad.

El carácter subjetivo y diverso de la masculinidad queda en evidencia gracias a la observación de diferentes culturas donde se revelan los diferentes mecanismos sobre los cuales se reafirman, este proceso mencionado en el apartado anterior como el acercamiento descriptivo a la masculinidad, es abordado por autores como Franco La Cecla (2004), Elisabeth Badinter (1993) y David Gilmore (1994), entre otros. Este acercamiento descriptivo permitió comenzar a nombrar las masculinidades, en plural, como reconocimiento y reivindicación de la diversidad en el proceso de construcción de la identidad masculina no solo entre diferentes culturas sino también al interior de una sociedad particular.

El proceso de construcción de identidad masculina, resalta por su grado de complejidad debido a la infinidad de variables que lo atraviesan, sin embargo se identifica que la construcción de una identidad hegemónica masculina, se funda en una serie de mitos insertos en lo más íntimo de la cultura, los cuales ofrecen una codificación de lo que es “ser hombre de verdad”, lo cual está estrechamente relacionado con cómo es entendida la virilidad socialmente y a partir de allí la predominancia de algunos estereotipos.



Paralelamente el psicoanálisis ofrece un acercamiento a este fenómeno, fundamentando en ello los postulados Junguianos sobre los arquetipos de la masculinidad, en este sentido el texto de Robert Moore y Douglas Gillette (1993) ofrece un acercamiento en detalle alrededor de los arquetipos primitivos en los cuales se sustenta la identidad masculina, a saber: rey, guerrero, mago y amante; sin embargo las pretensiones de la presente investigación distan de la corriente psicoanalítica y pretender realizar un análisis antropológico de la masculinidad como construcción y ejercicio de validación subjetivo e intersubjetivo.

Ahora bien, resulta complejo como la masculinidad presenta una suerte de paradoja, pues por un lado es entendida socialmente como una forma “natural”, es decir, una forma única y estática de ser hombre, pero paralelamente también existen una serie de “rituales de paso”⁵, mediante los cuales se alcanza el grado de hombre, sin embargo esta categoría debe ser revalidada constantemente, ya que es un reconocimiento que se debe ganar, que debe ser otorgado a los sujetos masculinos por parte de la sociedad.

⁵ En la sociedad occidental no se cuentan con rituales de paso entendidos como los ejercicios de transición realizado por diferentes sociedades tribales. Sin embargo, el servicio militar, las pandillas, los burdeles, entre otros. cumplen en cierta medida esta función, para ampliar la información se sugiere revisar el texto de Robert Moore y Douglas Gillette (1993).



Ilustración 2 Elaboración propia. “Miradas”. Grupo de Discusión - 2017

A partir de la fotografía se ilustra cómo la masculinidad es una categoría que se debe reactualizar a cada oportunidad, además ofrece un panorama sobre cómo esta re-validación debe ser pública, ganarse el respeto de los pares como tejido de legitimidad.

La fotografía anterior parte del primer grupo de discusión (GDH1) ⁶ realizado en el marco de la presente investigación, en el cual se pidió a los participantes, quienes se encontraban por primera vez, recorrer el espacio y al encontrarse con otro participante detenerse y mirarse por lo menos durante quince segundos, todo el ejercicio transcurrió en silencio, en una tensa calma. Al evaluar el cómo se sintieron en el ejercicio, los participantes expresaron:

“...se siente raro, uno no está acostumbrado a esto, uno solamente mira a los ojos a otro man cuando lo respeta y es un amigo o sostener la mirada como un desafío, pero acá no había desafío, entonces era como muy raro” (Participante hombre, 30 años).

⁶ Ver anexo 1.



“...yo no podía evitar no ponerme serio, porque la mirada dice muchas cosas de uno.....sí, es que uno como va a bajar la mirada, eso es ser muy débil, mostrarse muy débil” (Participante hombre, 25 años.)

“...uno se acostumbra a no quitarle la mirada a nadie, como dijo el compañero, es como un desafío” (Participante hombre, 50 años).

“...aunque es depende de la situación, por ejemplo, con una mujer la cosa es diferente, uno busca complicidad” (Participante hombre, 39 años).

Además de los elementos mencionados anteriormente por los participantes resaltar la postura con la cual asumieron el encuentro con el otro, una postura rígida, militar, que, según mencionó uno de ellos “uno se para así por respeto al otro” Participante hombre, 25 años; sin embargo, otro participante añadió, “yo me paro así porque me veo como más grande, más serio” Participante hombre, 51 años.

El ejercicio también permitió calibrar y evidenciar una serie de temores presentes en los participantes, pues al analizar lo dicho por ellos se resalta el temor a la debilidad, el temor a someterse o mostrarse sumiso ante otro hombre; como si fuese una obsesión constante mostrar un alto grado de virilidad, de hombría...

Así, se evidencia como a partir de un pequeño ejercicio se develan una serie de elementos susceptibles de análisis; cada uno de los participantes vivió el ejercicio a su manera, actuó en el de manera “normal”, cotidiana; sin embargo luego de la evaluación del ejercicio y a lo largo de todos los encuentros (grupos de discusiones) realizados se fue descubriendo y develando como esta manera de comportarse no es natural, sino que es aprendida y fomentada por diferentes mecanismos sociales, que inciden de manera directa en el cómo han asimilado el ser hombres, o mejor aún, el cómo han aprendido a no ser, para poder ser.

Siguiendo esta misma línea y retomando las ideas de Elisabeth Badinter (1993) y David D. Gilmore (1994), entre otros; los estereotipos masculinos se



plantean a partir de tres puntos clave, a saber: protector, proveedor, procreador; los cuales constituyen la génesis de la identidad masculina socialmente aceptada, fundamentando una serie de aptitudes, personajes e imaginarios sobre el deber ser de un hombre. En este sentido se resaltan algunas intervenciones de los participantes a los grupos de discusión quienes al ser indagados por lo que implica ser un hombre resaltan valores como: el respeto, la responsabilidad, el trabajo, el esfuerzo, entre otros. Es decir, se resaltan valores que permiten al hombre dar cuenta de su lugar como protector, proveedor, procreador.

Se evidencia además como la configuración de la identidad masculina gira entorno a la identidad feminidad, es decir protector de quién, proveedor de quién y procreador con quién; y en este sentido como se debe dar un proceso de separación de lo femenino para poder reconocerse -y ser reconocido- dentro de uno de estos puntos; más adelante se desarrollará a profundidad esta idea.

También es pertinente señalar que si bien estos tres puntos (proveedor, protector, procreador) aparecen en muchos trabajos etnográficos como condición de ser varón, son de carácter fluctuante de una cultura a otra, es decir estos tres elementos se desarrollan de manera asimétrica dentro de cada cultura y comprenden diferentes procesos, comportamientos y demostraciones a realizar por parte de los hombres según las lógicas de validación de cada cultura.

De acuerdo con lo dicho hasta este punto, habría que rescatar que la masculinidad también constituye un lastre para los sujetos varones, pues deben demostrar que son dignos de ser llamados “hombres de verdad”; para ello deben cumplir las expectativas que la sociedad tiene hacia ellos, fundada en una serie de imágenes o estereotipos, a los cuales amoldarse. Sin embargo, como lo resaltan desde diferentes perspectivas autores como Elisabeth Badinter (1993), Franco La Cecla (2004), David D. Gilmore (1994) y Javier Omar Ruíz (2015), entre otros. La masculinidad se debe reactualizar, o revalidar; es decir no es una categoría que se alcance en su totalidad, sino que constituye una prueba constante, un demostrar continuo de capacidad. Ahora bien, si un sujeto no está en capacidad de demostrar(se) o es ajeno a estas lógicas de validación puede ser señalado y



excluido socialmente de la categoría de “hombre de verdad”, por tanto, el insertarse en estas lógicas de validación constituye una suerte de “obsesión” por pertenecer pues si no se puede demostrar que se es hombre, entonces ¿qué se es?

1.3 ¿Qué implica ser hombre hoy?

Hablar de virilidad implica reconocer la existencia, por lo menos simbólica, de las esferas masculina y femenina, en la que cada una cuenta con sus representaciones, interpretaciones, roles, etcétera. En esta polaridad, la virilidad aparece como una característica exclusivamente masculina, como el extremo de la masculinidad, alejado lo más posible de lo femenino.

Ahora bien, como recuerda Graciela Infesta (1998) la construcción de identidad tanto masculina como femenina es de carácter relacional, y en ese sentido, la presente investigación pretende resaltar como la construcción de la identidad masculina ha mutado conforme la reconfiguración de la identidad femenina a lo largo de la historia, esta reconfiguración ha obedecido a diferentes coyunturas sociales, políticas y económicas, algunas de las cuales fueron mencionadas con anterioridad.

De acuerdo con autores como Michael Kimmel (1992), Rafael Montesino (2002), Robert W. Connell (1997), entre otros. La masculinidad ha estado en un proceso constante de reinención, recurriendo a la inagotable plasticidad humana como reacción a cada contexto social, espacial y temporal; cuando los cambios presentados en la sociedad son demasiado abruptos o cuando la hendidura del cambio es demasiado profunda se ha llegado a hablar de crisis de la masculinidad, que, a lo largo de la historia han sido varias; lo anterior será retomado más adelante. Por ahora se planteará como en este proceso de reinención o reactualización de lo que significa o ha significado ser un hombre permea y se refleja en la cotidianidad de los sujetos, para este caso habitantes de la ciudad de Medellín, de diversos estratos socioeconómicos y en un rango de edad desde los 22 a los 50 años.



En este sentido algunos de los participantes en el proceso investigativo manifestaron como se han ido transformando sus relaciones con los demás: por ejemplo, encuentran diferencias, entre el antes y el ahora, alrededor de los roles o tareas del hogar, de la sexualidad, del trabajo, del matrimonio, el manejo del dinero, la autoridad, etcétera; y cómo ello ha trastocado su masculinidad.

“...cuando yo estaba pequeño mi papá era el que trabajaba, mi mamá siempre estaba en la casa cuidándonos; luego yo me casé muy joven, con una mujer maravillosa que vale lo que pesa como persona, y también yo trabajaba y ella se quedaba en la casa con los niños, cuando en la casa estuvimos mal económicamente ella me ayudaba, hacia trabajos informales por ahí, pero en general yo siempre fui el que trabaje y el que mantuve económicamente el hogar, claro que no lo podría haber hecho sin ella; y hoy que mi hijo ya está grande y vive con su señora, ellos no son casados pero viven juntos y tienen un hijo, ¿me entiendes? Pero por la situación como está trabajan los dos, eso antes no se veía.” (Participante hombre, 51 años).

“...yo vengo de la guajira, entonces el choque cultural ha sido muy fuerte; por ejemplo, cuando vienen familiares nuestros acá se impactan mucho cuando me ven lavando los platos o cocinando, hasta me dicen “oye oye tu qué haces eres marica o qué” porque allá en la guajira es así, la cocina solo es para las mujeres, en cambio acá no, uno acá busca facilitarle las cosas a la mamá o a la pareja” (Participante hombre, 30 años).

“...es que ya uno tiene que ser el complemento, por ejemplo, mi esposa tiene muy buen trabajo y gana más que yo, y tiene que ir a visitar a manes pintas y con plata, ella es visitadora médica, pero yo confié en ella, uno trata de apoyarla en todo y repartir las tareas del hogar, que cocinar, que limpiar, que lavar, todos esos detalles mejoran mucho la convivencia porque ninguno de los dos se siente como explotado” (Participante hombre, 39 años).

“...Por ejemplo antes para uno salir con una mujer era muy complicado, había que pedir permiso, ir a la casa de ella y todo, ya todo es más fácil, por ejemplo, yo le digo mucho a mi hijo que se case con la señora, pero ellos no



quieren, en cambio cuando uno estaba pelado si quería algo serio con la novia le tocaba casarse para poder sacarla de la casa, entonces uno llegaba al matrimonio sin experiencia de nada, no como ahora.” (Participante hombre, 51 años).

En esta misma línea otro interlocutor afirma:

“Uy sí, eso era jodido a mí me toco ir a pedir la mano de mi esposa a montería, allá eran muy bravos, pero las cosas había que hacerlas bien hechas, claro que yo no me casé tan joven, pero hoy en día las cosas si son más fáciles, por ejemplo, mi hijo mantiene con amigas pa` arriba y pa` abajo y demás que tiene sus enredos por ahí, pero es como normal porque no hay compromisos” (Participante hombre, 50 años).

“...no, y las cosas han cambiado mucho ya las mujeres son muy abiertas en la sexualidad, ya son ellas las que le dicen cosas a uno, las que lo buscan, ¿eso cuando se había visto?, pero eso está bien, desde que todo sea con respeto hay que disfrutar” (Participante hombre, 39 años).

“...eso también depende mucho de los tiempos, por ejemplo, a mí me gusta mucho intercambiar fotos con amigas o videos y cosas así, pero eso lo permite el celular y las aplicaciones que hay, eso antes por ejemplo no era posible y eso facilita muchas cosas, porque ya no tiene que estar uno con la persona, sino que se pueden hacer muchas cosas a distancia” (Participante hombre, 22 años).



Ilustración 3: Elaboración propia. "Historias de hombres". Grupo de Discusión - 2017

Partiendo de las voces de los varones indagados se pueden rastrear una serie de elementos, que, según ellos han ido cambiando a lo largo del tiempo y los ha obligado a reinventarse como hombres, pues han tenido que aceptar un sinfín de nuevas situaciones, de nuevos roles, de nuevas relaciones de poder, de nuevas responsabilidades; que siempre fueron suyas, pero que nunca se habían visto confrontados para asumirlas como tal; paralelamente también se resalta como las percepciones y opiniones hacia ciertas situaciones van mutando de acuerdo con la edad de los participantes; de ahí la importancia de coincidir en un mismo espacio diferentes grupos etarios.

A lo largo del mundo se podrían rastrear un sin número de rituales de paso para acceder a la condición o el estatus de hombre, sin embargo para las pretensiones de la presente investigación no son pertinentes reproducirlos acá, por tanto solo resaltaré el trabajo de autores como: David D. Gilmore (1994), Elisabeth



Badinter (1993), Franco La Cecla (2004), Louis-Georges Tin (2012), entre otros. Quienes ofrecen un amplio recorrido etnográfico al respecto.

Estos rituales de paso sirven como iniciación de los sujetos masculinos en la práctica de ser hombres y en esta medida, el proceso de convertirse en un “hombre de verdad” implica un proceso de separación en tres líneas: separarse de los niños, separarse de las mujeres y separarse de los homosexuales; muchos de los rituales de paso o rituales de iniciación se enfocan en marcar de manera tajante alguna de estas separaciones, entendida dentro de los códigos culturales particulares.

Ahora bien, para retomar la hilaridad del texto, es menester resaltar que si bien existen unos “rituales de paso” particulares para cada cultura, en los cuales se fundamentan una serie de separaciones, mencionadas anteriormente, para desligar a los hombres de los no-hombres; en la cotidianidad también existen una serie de medidas sobre las cuales los hombres se deben probar así mismos y ante la sociedad su condición de hombres, expresiones como “los hombres no lloran”, “los hombres siempre queremos sexo”, “sin miedo como un hombre” entre otras; dan cuenta de la fragilidad de la condición de hombre, pues se debe demostrar continuamente, sin importar lo que haya hecho anteriormente, es una membresía que se debe reactualizar. Así, se podría inferir como en cierta medida hay un temor latente en los hombres a ser excluidos de esta categoría.

En la sociedad occidental particularmente, parecieran haber desaparecido los rituales para hombres, sin embargo, Morant, R., Peñarroya, M. & Tornal, J. (1998). En su libro “Mujer y lenguaje: una mirada masculina”, resaltan como los universos que se despliega para hombres y mujeres son diferentes en todas las edades de la vida y sus diferentes dimensiones, haciendo un recorrido desde antes del nacimiento, pasando por la niñez y sus juegos, la edad adulta, los insultos, los trabajos, etcétera. Ilustrando, así como los rituales de paso o la iniciación de los hombres en el ejercicio de la masculinidad hegemónica está inserto en la cotidianidad de los sujetos, desde sus miradas, su manejo del cuerpo, su lenguaje, entre otros.

Lo anterior, esa demostración constante de hombría, ha convertido a los hombres en las “víctimas silenciosas” del patriarcado, en este sentido resulta complejo que los hombres no se consideren víctimas de este sistema (patriarcado), sin embargo y siguiendo lo expuesto por Javier Omar Ruiz (2015) en Colombia las cifras más altas de suicidio, accidentes automovilísticos, accidentes laborales, homicidios, violencia intra-familiar, entre otros. Corresponden a los hombres; a partir de lo cual se podría inferir como el riesgo, asumir el riesgo o ser irreverente frente a él, es fundamental para comprender la virilidad como expresión de la masculinidad absoluta o desbordada.

Y en este sentido aparece también un interrogante sobre la corporalidad y todo el despliegue que hay allí.



Ilustración 4: Elaboración propia. “Siluetas”. Grupos de Discusión. 2017



Ilustración 5: Elaboración propia: "Reconocerse". Grupo de Discusión 2017



Ilustración 6: Elaboración propia: "Qué ha implicado para el cuerpo ser hombre?" Grupo de Discusión 2017



De acuerdo con lo anterior uno de los participantes señala: “yo nunca había hecho un ejercicio así, es más llegué a mi casa y se lo mostré a mis hijas” Participante hombre, 42 años; siguiendo esta misma línea otro de los participantes añade: “yo nunca me había dado cuenta de las marcas que tenía en el cuerpo, de cómo he construido el cuerpo y de la incidencia de todas mis exnovias en él” Participante hombre, 22 años.

Este breve ejercicio, ingenuo quizá, permitió en los participantes generar un reconocimiento de su propio cuerpo y de las lógicas bajo las cuales se ha construido, así mismo permitió “nombrar” no desde la palabra, sino desde lo corpóreo, todas aquellas cosas que escapan al lenguaje; afloraron una serie de elementos que posiblemente no se atreven a decir con palabras pero que allí están.

1.4 La masculinidad en crisis, la oportunidad del cambio

Retomando la hilaridad del escrito, es preciso recordar como la masculinidad, al menos en la sociedad occidental, ha experimentado una serie de transformaciones graduales, las cuales responden a diferentes coyunturas históricas, las cuales fueron mencionadas con anterioridad, como las guerras, la apertura industrial, entre otras.

Ahora bien, para ilustrar más a fondo la maleabilidad de la construcción masculina en la sociedad occidental a lo largo de la historia, es menester señalar a través de un pequeño recuento histórico, algunos de los diferentes estereotipos imperantes para cada época, por ejemplo se podría partir de la figura del cazador-proveedor, como un primer momento en la historia de la humanidad; se podría luego rastrear la figura del guerrero como un papel importante dentro de las organizaciones sociales; posteriormente se podría rastrear la figura de los caballeros, encarnando la figura de la valentía y del amor cortes; los reyes como portadores de un poder incuestionable; los preciosos (hombres de la alta aristocracia francesa, caracterizados por el uso de pelucas, perfumes, vestidos, etc.) como hombres civilizados, educados, delicados, etc.; los obreros portadores del



valor exclusivo del trabajo y del poder sobre la familia; los seductores o “don juanes” como personajes desligados por completo de la paternidad, entre otros.

La anterior línea no pretende resaltar una única forma válida de ser hombre, solo se utiliza con el fin de ilustrar cómo las identidades, en este caso masculinas, están en constante movimiento, reinención o reconfiguración; paralelamente reconocer como la brevísima línea propuesta excluye a las mujeres y a diferentes manifestaciones de masculinidades, pues parte de los estereotipos imperantes, relevantes para las pretensiones del presente trabajo.

Ahora bien, partiendo de una revisión bibliográfica, entre los cuales se destacan trabajos como el de Badinter (1993), Kimmel (1992), Montesino (2002), Tim (2012) entre otros, se podrían reconocer dos grandes crisis en las cuales se han visto inmersos los hombres, la primera de ellas se origina en las clases dominantes de la aristocracia francesa, donde los varones, en aras de realizar una distinción tajante entre el hombre civilizado y el hombre salvaje o bárbaro, comenzaron a incorporar valores femeninos, dando lugar a una tendencia que se fue popularizando gradualmente en parte de Europa y posteriormente en América, con su estética particular este “movimiento” denominado como los preciosos, presentó una coyuntura social ya que obligaba a reconocer la masculinidad y la virilidad en una serie de elementos que antes eran considerados como exclusivamente femeninos.

La segunda crisis, sugerida por los autores, se podría rastrear a partir de la segunda post guerra, pues es allí donde se agudizan las tensiones económicas y sociales entre hombres y mujeres, ya que la guerra generó una apertura en el campo laboral para las mujeres, lo cual implicó una reconfiguración social a la luz de la “independencia económica” adquirida y el reconocimiento como sujetos de producción; lo anterior conllevó a la conformación de colectivos y movimientos feministas para reafirmar su posición dentro de la economía occidental, posteriormente las demandas de estos movimientos se expandieron progresivamente hacia la reivindicación de otros derechos, como: participación política, libertad sexual, educación, entre otros.



Estas nuevas dinámicas sociales, trastocaron las fibras de la organización social, en esta medida las mujeres comenzaron a tener una serie de atribuciones, sociales y económicas que le permitieron reconfigurar en cierta medida la estructura de poder, sin embargo, aún no hay una igualdad real, por tanto, la lucha de los movimientos feministas se mantiene vigente.

Siguiendo esta misma línea los hombres han perdido el control total sobre las mujeres, han visto amenazada su función como procreadores, protectores y proveedores, y la legitimidad social que tenían para ejercerlo, es decir, esta reconfiguración de la identidad femenina fisuró el statu quo del dominio masculino y su legitimidad social.

Por tanto, los varones han tenido que reinventarse y en esta medida comenzar a aceptar las demandas femeninas, sin embargo, no todos los hombres están dispuestos a negociar su estatus y este sentido aparece la violencia como elemento de control, como un intento desesperado de retomar el orden natural de la estructura de poder; la violencia, ejercida por los hombres alrededor de lo que desafía su masculinidad, debería ser entendida como especie de catarsis

Ya en otro artículo titulado *“La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín. Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos 50 años”* (Buitrago, 2015) había señalado la violencia como ejercicio de la masculinidad, y cómo esta violencia es legitimada por diferentes mecanismos, algunos de los cuales siguen presentando lógicas de poder verticales y más aún, como el cuerpo de la mujer sigue siendo comercializado como un objeto y en esta medida se impide un cambio real y profundo en los códigos culturales sobre los cuales se erige el patriarcado.

No se trata en ningún momento de realizar una apología a la violencia ni legitimarla desde ningún punto, solo se pretende indagar en lo más profundo de este fenómeno para poderlo comprender en toda su dimensión; de acuerdo con lo anterior, se podría plantear la idea de una masculinidad herida, incompleta, que aún no encuentra su especificidad o su lugar en el mundo; sin embargo más que una crisis, este fenómeno es una posibilidad de reinventarse nuevamente, de



comenzar a deconstruir y reconstruir una masculinidad más consiente, más madura y que propenda por una verdadera igualdad.

Para finalizar, el proceso de deconstrucción debe partir del reconocimiento de una masculinidad hegemónica e identificar los mecanismos mediante los cuales se reproduce, en otras palabras, es comenzar a hacer consiente el proceso de subjetivación masculina para posibilitar un cambio en las interacciones que tejemos con los demás.

CAPÍTULO II.

2. SEXUALIDADES MASCULINAS: UNA TRIPLE SEPARACIÓN.

*“Es como si el sexo fuera el camino en el cual tú te pruebas a ti mismo
ser un verdadero hombre”*

(Rodríguez, 2000, p., 139) citando a Víctor Seidler

Generar un acercamiento antropológico a la esfera de la sexualidad resulta complejo, ya que, a partir de los años 80, aproximadamente, ésta fue abordada con mayor ímpetu por otras líneas del conocimiento como la psicología y las ciencias de la salud, tendencia que incluso hoy se podría resaltar; sin embargo la antropología, la sociología, la historia, entre otras, han comenzado a realizar acercamientos importantes sobre el tema.



Ahora bien, siguiendo lo expuesto por (Monc3, 2011) resulta pertinente reconocer que:

Para los estudios de antropolog3a del g3nero el nombre de Margaret Mead marca un hito insoslayable e importante. Primero, por lo que en s3 misma representa en cuanto a imagen de una nueva generaci3n de mujeres que no tuvieron los problemas de sus antecesoras y se encontraron en plena madurez con un mundo en el que la condici3n femenina empezaba a modificarse sustancialmente, tanto en la calle como en el mundo acad3mico. Segundo, [...] por lo que algunos de sus textos significaron no solo para la disciplina antropol3gica sino para varias generaciones de mujeres americanas y europeas. (p., 57)

De acuerdo con lo anterior, para la antropolog3a, particularmente, resulta determinante el trabajo de Margaret Mead, puntualmente, sobre la sexualidad Samoana, pues all3 ofrece un acercamiento a un fen3meno invisibilizado por la antropolog3a dentro de su ejercicio investigativo.

As3, siguiendo lo planteado por (Nieto, 1993) se podr3a resaltar como "el caracter3stico desinter3s que la antropolog3a mostraba a la investigaci3n de la sexualidad radicaba en las interpretaciones puritanas que los antrop3logos hac3an de la misma y en el rechazo de lo que consideraban riesgo profesional" (p., 39). Aun as3, estos primeros acercamientos a la esfera de la sexualidad resaltaron, muy a la usanza de la 3poca, el car3cter ex3tico de las pr3cticas sexuales de otra cultura, por tanto encontraron cabida dentro del horizonte antropol3gico.

Siguiendo esta misma l3nea, comenzaron a aparecer recorridos etnogr3ficos que resaltaron las pr3cticas sexuales de diferentes culturas, mediante rituales de paso, ceremonias de iniciaci3n, v3nculos parentales, entre otros. Estos acercamientos se plantean desde una perspectiva paternalista y/o ex3tica, que se3alan dichas pr3cticas al margen de la normalidad occidental.

De manera gradual la sexualidad occidental comienza a detonar el inter3s de las ciencias sociales a partir de una perspectiva cuantitativa, relacionada directamente con estudios demogr3ficos, la aparici3n de diferentes enfermedades



de transmisión sexual, embarazos no planeados, entre otros; al respecto Fernando Urrea (1994) y Carlos Aramburú (1998) ofrecen un acercamiento en detalle.

Ahora bien, por qué resulta tan complejo o cuál es el temor de abordar la sexualidad como problema de investigación; para responder este cuestionamiento será pertinente retomar la definición propuesta por (Cabral, 2000) cuando señala el carácter multidimensional y complejo de la sexualidad, definiéndola como:

...La interacción de un conjunto de procesos biológicos y psicosociales, como experiencia de vida y formas de relación a partir de nuestras diferencias biológicas, por lo tanto, es una experiencia de vida más allá de lo coital, genital y reproductivo; ya que no se reduce a lo que hacemos, es lo que sentimos y pensamos, es lo que somos como personas en una determinada sociocultura y con una historia de relaciones de género/dominación, que delata los nudos tensionales que han aprisionado la vivencia y el discurso social de la sexualidad (p., 63)

Asimismo y en aras de fortalecer la respuesta al cuestionamiento planteado, abordar la sexualidad como una construcción sociocultural e histórica, implica reconocer que, en palabras de (Nieto, 1993):

En la investigación, análisis e interpretación de la sexualidad no hay absolutismos. No existe la verdad absoluta. Es inalcanzable. La expresión sociocultural de la sexualidad es la cara polivalente de la diversidad, donde la antropología tiene que desenredar series de fenómenos opuestos: heterogeneidad versus, homogeneidad, centralidad versus, marginalidad, fobias versus, filias, coherencia versus, contradicción, represión versus, desinhibición, pluralidad versus, singularidad, regulación versus, transgresión, consistencia versus, debilidad, determinismo versus, posibilidad, certidumbre versus, inseguridad, sociedad versus, sujetos... uniformidad versus diversidad. (p., 40)

Por tanto, se podría señalar como la sexualidad (occidental) fue “evitada” como problema de investigación (cualitativo) dentro de la antropología, hasta los



años 90 aproximadamente, pues zambullirse en dicho fenómeno social, involucra reconocer(se) dentro de un ejercicio íntimo más allá de categorías binarias, homo-hetero, normal-desviado, hombre-mujer, etcétera. Es decir, al trascender los acercamientos etnográficos generados alrededor del otro (exótico), está la pregunta latente sobre la realidad y las prácticas del propio investigador y su tejido social más próximo.

Abordar la sexualidad desde un enfoque de género permite reconocer el vínculo de dependencia, creado socialmente entre ambos. En otras palabras, posibilita señalar cómo dentro del entramado de relaciones sociales y construcciones intersubjetivas, la sexualidad aparece como un ejercicio de la corporeidad y en esta medida, está constreñida a un marco sociocultural, el cual define la normalidad, el deber ser de hombres y mujeres dentro de dicho ejercicio y en cuyos márgenes habitan sujetos locos, desviados, anormales...

Lo anterior, entendido dentro de un escenario heteronormativo, reduce el despliegue de las sexualidades de hombres y mujeres al enmarcarlos dentro de un aparataje biológico que, como se mencionó en el capítulo anterior, funciona como cimiento sobre el cual, se inscriben en los sujetos, responsabilidades, deberes, funciones, actitudes, aptitudes, entre otros. En este sentido (Vendrell, 2003) sugiere que “venimos al mundo más bien como seres asexuados, y en él -en un mundo radicalmente social y cultural- nos convertimos en seres sexuales.” (p., 27) y como a través de diferentes mecanismo, como la crianza, se desarrolla una “producción de individuos” amoldados a lo que socialmente es concebido como “natural”.

Se podría afirmar, entonces, que el despliegue de la sexualidad occidental ha sido altamente dosificado y cosificado al interior del entramado social, para favorecer una serie de intereses económicos y políticos que posibilitan o facilitan el ejercicio del poder y la preservación del orden social. En este sentido, es preciso señalar el desarrollo teórico de Michel Foucault, quien señala la sexualidad como un dispositivo sobre el cual tienen incidencia una serie de instituciones, lógicas y relaciones de poder, que normatizan y normalizan, desde la cotidianidad de los



sujetos, una serie de prácticas, las cuales restringen el control del propio cuerpo y median el desarrollo de los placeres del individuo.

Por tanto, reconocer los mecanismos y las lógicas sobre las cuales se fundamenta la sexualidad hegemónica, permite identificar una serie de elementos insertos en la cultura que moldean y reproducen las relaciones intersubjetivas de poder. Así, abordar el fenómeno de la sexualidad desde una perspectiva de género implica realizar una (de)construcción de la misma, dentro del proceso de subjetivación de hombres y mujeres; ya que, posibilita desnaturalizar las prácticas sexuales hegemónicas para poder generar una reivindicación y apertura hacia el despliegue de las sexualidades humanas.

De acuerdo con lo anterior y en el marco de la presente investigación, se parte de reconocer la vitalidad de la sexualidad como eje fundamental de la construcción subjetiva e intersubjetiva de la masculinidad, en otras palabras, ahondar en la construcción de las masculinidades implica indagar por el encuentro con la sexualidad.

2.1 Sexualidad y reproducción

Para abordar la sexualidad humana como eje de investigación, resulta imprescindible retomar el trabajo desarrollado por George Bataille en *“el erotismo”* (1997), pues allí ofrece una serie de acercamientos al fenómeno erótico, señalando como a partir de la sexualidad, del desligue de la sexualidad humana con la sexualidad animal, ha sido posible construir sociedad; como las restricciones impuestas sobre el despliegue de la sexualidad humana a la construcción de redes de relaciones sociales, permitiendo la estructuración de organizaciones sociales. En este sentido, (Montesinos, 2002) recuerda: “la cuestión de la prohibición del incesto, cuyo objetivo concreto era, según Lévi-Strauss, garantizar una red de alianzas entre los grupos sociales”. (p., 238)

Ahora bien, para continuar fortaleciendo el postulado anterior, es preciso retomar a Octavio Paz (1993) quien plantea la distinción entre la sexualidad animal



y la sexualidad humana, al trascender la concepción biológica del encuentro con el otro y, en palabras suyas, poner “entre paréntesis a la reproducción” (p., 11). Este trascender de la sexualidad, más allá de la reproducción, desliga en cierto modo, a los humanos de la animalidad en función de lo pulsional.

Así, la sexualidad se inscribe dentro de las lógicas sociales, generada y entendida dentro de unos códigos culturales particulares, en este sentido el ejercicio de la sexualidad es restringido, cosificado, limitado, mitificado... por cada sociedad específica, la cual se autorregula a través de diferentes dispositivos jurídicos y sociales. Sin embargo, retomando el trabajo de George Bataille (1997) resulta preciso señalar la importancia de encajar dentro de estos sistemas sociales por parte de los individuos, pues, en un primer momento les permite reconocerse como sujetos humanos, es decir, trascender individualmente los impulsos animales. Paralelamente, les es posible reconocerse dentro de una estructura social, dentro de una comunidad con la cual comparten una serie de códigos específicos y dentro de la cual habitan como sujetos-humanos.

Lo anterior, plantea como el control del despliegue de la sexualidad humana resulta fundamental para el nacimiento de la civilización, en este sentido resulta oportuno señalar cómo esta organización y control social favorecen una estructura de poder y producción económica-industrial, pues como lo plantea (Guasch, 2000) “Nacer, trabajar, casarse, tener hijos, morir. La heterosexualidad nace asociada al trabajo asalariado y a la sociedad industrial. Se trata de producir hijos que produzcan hijos. Hijos para las fábricas, para el ejército, para las colonias.” (p., 25)

Paralelo a ello, el control efectivo de los impulsos sexuales se gesta en favor de la inserción en el campo laboral, pues los deseos sexuales constituyen un impulso, primitivo y animal, mientras que el trabajo surge como la fuerza racional que regula y estructura una serie de prohibiciones sociales, como lo sugiere (Montesinos, 2002)

... su carácter alienador va más lejos de las fronteras en el ámbito laboral, pues independientemente del tipo y cantidad de fuerza que se gasta en el



proceso de trabajo, la sola permanencia en el espacio de trabajo provoca un desgaste físico cuya recuperación, necesariamente, se da en el espacio privado. Esto se hace más patente si consideramos que en ocasiones los individuos no logran desprenderse en la vida cotidiana de los pensamientos del trabajo. (p., 242)

Siguiendo esta línea aparecen los trabajos de Louis-Georges Tin (2012) y Jonathan Ned (2012) como un análisis histórico sobre la invención de la cultura heterosexual, más allá de las relaciones coitales, señalando el detrimento de las relaciones entre hombres, homosocialidad, bajo la aparición del amor cortes; este cambio obedeció a nuevas dinámicas al pasar de una ética caballeresca, propia de la edad medieval, a una ética cortes, del siglo X aproximadamente y fortalecido por los discursos médicos, jurídicos, psiquiátricos, entre otros.

Esta imposición del amor cortes fundamenta la noción de familia occidental, pues como lo señala (Tin, 2012) “El mundo que nos rodea está obsesionado con la pareja heterosexual, cuentos infantiles, novelas para adultos, el cine y la televisión, los diarios y revistas, la publicidad y las canciones populares, todos cantan a la pareja hombre-mujer.” (p., 7). Toda esta maquinaria posibilita la reproducción de una serie de estereotipos, entre los cuales destaca el papel del hombre como proveedor, procreador y protector. En este orden de ideas, la organización familiar (occidental) facilita el desarrollo de una economía industrial, marginando a unas al cuidado de los hijos, y a otros a las fábricas. Lo anterior desarrollado en mayor detalle en el capítulo anterior.

Ahora bien, abordar la sexualidad como una construcción social, trascendiendo la concepción biológica de la misma, implica reconocer las diversas prácticas desarrolladas a lo largo y ancho del globo, en este sentido (Tin, 2012) señala cómo: “Los women studies habían abierto campo a los men studies, los black studies a los white studies, viraje cuyo alcance epistemológico y político es más que evidente. Ya es hora que los estudios gays-lesbian abran el camino a los estudios heterosexuales.” (p., 213) Por tanto, la presente investigación ofrece un acercamiento, no a las diversas prácticas o expresiones de la sexualidad humana,



sino que su interés radica, sobre la construcción de la forma tradicional, hegemónica, de la sexualidad masculina, es decir, una construcción heterosexual, falocéntrica, coitocéntrica, androcéntrica... reconociendo que dicha construcción implica una serie de atributos, responsabilidades, presiones, marginaciones, entre otros. Pues como lo sugiere (Ned, 2012):

La heterosexualidad no es idéntica al coito reproductivo entre los sexos; la heterosexualidad no es lo mismo que las distinciones sexuales y las diferencias de género; la heterosexualidad no equivale al erotismo de las mujeres y los hombres. La heterosexualidad, sugiero, indica una disposición histórica particular de los sexos y sus placeres. (p., 29)

Sin embargo, es menester resaltar la importancia de los movimientos feministas, gay y lésbicos, en torno a las luchas por la liberación sexual, al reivindicar el despliegue de la sexualidad más allá del espectro biológico (reproductivo). En este sentido la aparición de métodos anticonceptivos, como las píldoras, alrededor de los años 60 aproximadamente, en tanto, la posibilidad de decidir entrar en el proceso reproductivo o mantenerse al margen, posibilitó una mayor libertad a la mujer sobre su cuerpo.

A pesar de ello, el ejercicio libre de la sexualidad estuvo o está, en gran parte del mundo, reservada para los hombres. Pues como lo sugiere Rafael Montesinos (2002) al realizar grupos de discusión con hombres y mujeres sobre la sexualidad, socialmente es la mujer quien debe “cuidarse” o limitarse a través del uso de métodos anticonceptivos, mientras que el hombre encuentra más problemático la realización de la vasectomía, pues frente a ella aflora el miedo a la impotencia.

En este sentido el texto de Helen Fisher (2001) señala la importancia de la aparición de los dispositivos de planificación, para la concepción de la mujer como sujeto de deseo y además discute la legitimidad del hombre como primer sexo o representación de lo humano.



De acuerdo con lo anterior, la presión social sobre la decisión de una mujer en torno al manejo de su cuerpo resulta complejo, dado el contexto androcéntrico que habitamos, al respecto (Tin, 2012) afirma que “la cultura heterosexual se construyó con la mujer, pero sin las mujeres”. Es decir, aparecen cosificadas como figuras de deseo, en esta medida, se podría evidenciar como el acceso y el encuentro con la sexualidad presenta una relación asimétrica entre hombres y mujeres, pues los varones fueron, o son, concebidos socialmente como autómatas buscadores de placer, como sujetos de deseo, y las mujeres como receptoras pasivas, como objetos de deseo.

Más aún, se podría resaltar como la mujer sigue estando anclada a sus hijos, en este sentido el artículo de Eleonor Faur (2006) resulta pertinente, pues señala los diferentes mecanismos estatales que favorecen dicho anclaje, los cuales encuentran validez al reproducirse en la cotidianidad de los sujetos.

Por lo tanto, no es de sorprender que socialmente el despliegue de la sexualidad masculina tenga mayor validez y aceptación que el despliegue de la sexualidad femenina, pues dentro del universo falocéntrico, coitocéntrico y androcéntrico en el cual estamos inmersos, no se concibe a la mujer como un sujeto de deseo, sino como objeto de deseo, es decir se exalta al hombre como dueño y generador del placer femenino.

Ahora bien, partiendo de la realidad descrita en los párrafos anteriores, es posible comprender las diversas voces que surgen del ejercicio investigativo, así se rescata la intervención de un varón, al interior de uno de los grupos de discusión realizados en el marco de la investigación, quien señala, al contemplar un vídeo de una masturbación femenina: “se ve que lo disfruta, ella como que cree o se imagina que está con un hombre de verdad” (Participante hombre, 42 años), es decir, para él, el encuentro femenino con el deseo está mediado por un hombre, no se puede concebir por sí mismo.

Esta asimetría en la valoración del despliegue de la sexualidad se podría calibrar desde el lenguaje, pues como lo señalan Morant, Peñarroya y Tornal



(1998). Los insultos, atributos, logros, chistes, etcétera; generados para referirse al otro sexo, o al mismo sexo dependiendo el contexto, se basan, muchos de ellos, en resaltar, cuestionar o señalar el ejercicio “inapropiado” de la sexualidad; entiéndase apropiado como la actividad socialmente aceptada y legitimada para hombres y mujeres, es decir, el deber ser.

Supuesto lo anterior, se facilita la separación de los hombres de las esferas afectivas, es decir, estos mecanismos permiten a los hombres desligarse de los compromisos emocionales y embarcarse en experiencias corporales; sin embargo esto no quiere decir que las mujeres no estén en capacidad de desarrollar esta misma separación, solo que la presión, para el caso masculino, de los estigmas o cargas sociales es mucho menor; por tanto el escenario que se presenta como “normal” dentro de la sociedad occidental, rescata los valores femeninos de la castidad, la pasividad, la tranquilidad, entre otros; mientras que para los hombres se resaltan valores como la capacidad, la virilidad, el vigor, la potencia, etcétera.

En consecuencia, la separación entre las prácticas sexuales y afectivas, realizada por hombre y mujeres debe ser concebida como un proceso complejo, más allá de una decisión individual, pues como se mencionó anteriormente, está atravesada por una serie de mecanismos, dispositivos e imaginarios que permiten no solo tomar la decisión, sino vivir con esta.

Paulatinamente, el escenario presentado en las líneas anteriores, ha ido cambiando dentro de la sociedad occidental, pues si bien aún se perciben, desde la cotidianidad, las valoraciones diferenciadas para el ejercicio de la sexualidad de hombres y mujeres, hoy, pareciera, hay una mayor apertura para ellas en cuanto al disfrute de su sexualidad, esta reivindicación de la sexualidad femenina separada de la función reproductiva y legitimada socialmente tiene lugar, por cierto, alrededor de los años 80-90, época de coyunturas en el panorama mundial, algunas de ellas mencionadas en el capítulo anterior.

Por tanto, en el panorama actual occidental, hay una mayor apertura para que las mujeres ejerzan su “libertad” sexual; libertad entre comillas pues

finalmente no todo el tejido social legitima dicho ejercicio, aun son señaladas, excluidas, insultadas, cuestionadas, etcétera.

Además, como se mencionó anteriormente, las mujeres siguen siendo concebidas en función de la maternidad. Y para finalizar, los encuentros sexuales o la concepción sobre ellos, continúan girando en torno al disfrute masculino, o su representación fálica. En este sentido uno de los participantes señala “ya las mujeres están locas, ellas se lo piden a uno abiertamente, en cambio cuando yo era joven tenía uno que marchar mucho para que le dieran algo” (Participante hombre, 39 años).

En este sentido, surge, al interior de un grupo de discusión exclusivo con mujeres, la imagen presentada a continuación como “prueba”, reconocimiento o ratificación del consumo de pornografía en mujeres, lo cual constituye un abre bocas de las narrativas planteadas por ellas en torno a su libertad sexual.



Ilustración 7: Elaboración propia. “Ellas viendo porno”. Grupo de Discusión - 2017



“Es claro que para la masturbación femenina no se necesita un hombre, ni siquiera imaginarse uno; se trata de sentir el propio cuerpo” (Participante mujer, 23 años)

Ahora bien, hecha la aclaración anterior, es preciso reconocer algunos lugares como burdeles, cantinas, billares, entre otros; los cuales han recogido y cobijado los encuentros entre hombres y a partir de ellos se ha forjado una identidad masculina particular; paralelamente, estos espacios, casi exclusivamente homosociales, son aceptados socialmente como lugares donde se desbordan los impulsos masculinos, en otras palabras, estos espacios fueron-son entendidos como espacios exclusivos de hombres, dentro de los cuales afloran sus instintos más primitivos.

De acuerdo con lo anterior, el trabajo de Mark Millington (2007), recoge varios testimonios y fragmentos literarios en torno a la construcción de la masculinidad, sus tensiones, incertidumbres, miedos y certezas; y en esta medida se evidencia la importancia de los burdeles, bares, fábricas, cantinas, entre otros. Como espacios de socialización masculina.

Asimismo, las crónicas ofrecidas por Ricardo Aricapa (1998) alrededor de los burdeles en la ciudad de Medellín, ponen de manifiesto la legitimidad social de las visitas masculinas a estos lugares; en este sentido, es pertinente señalar dichos espacios como ejes de la configuración de estereotipos masculinos alrededor de la sexualidad, pues de alguna manera fomentan la idealización de un deseo masculino incontrolable, impulsivo, activo, ferviente, inaplazable, desbordante... Idealización que, a su vez, legitima gran parte del discurso masculino en lo referido a número de parejas, infidelidades, relaciones esporádicas, e incluso agresiones sexuales; pues el deseo masculino, es ajeno a ellos y siempre se debe manifestar.

Sin embargo, hoy, se podría plantear una perspectiva diferente, pues si bien los burdeles, cantinas, etcétera; se niegan a desaparecer completamente, no son



frecuentados por la misma cantidad de público (hombres) que antes, dentro de las ciudades. No obstante, existe una mayor aglomeración alrededor de los dispositivos tecnológicos y en este sentido, sería preciso señalar el flujo de imágenes, videos, audios y mensajes con contenido sexual-pornográfico que se intercambian en grupos, exclusivos de hombres, a través de redes sociales o diferentes aplicaciones de comunicación. Es decir, hoy es allí donde se evidencia gran parte del desborde de la sexualidad masculina y dónde se generan y fortalecen visiones, estereotipos y representaciones que median el encuentro de los varones con su propio cuerpo y con el de la mujer; lo anterior será retomado a profundidad en el tercer capítulo del presente escrito.

Por tanto, es conveniente resaltar cómo la mediación tecnológica comienza a jugar un papel fundamental en la vida de hombres y mujeres, al permitir encontrarse con el otro a la distancia y facilitar el acceso, entre otros, a contenidos sexuales o pornográficos; más aún permite tejer relaciones íntimas con el otro a través de diferentes dispositivos, así, uno de los participantes de la investigación, manifiesta: “disfruto la virtualidad en las relaciones que he tenido, más que consumir videos de pornografía, me gustan las web cam’s y con mis parejas intercambiar fotos y videos” (Participante hombre, 22 años)

Ahora bien, estos cambios generados en torno a la concepción y legitimidad del ejercicio de la sexualidad femenina, resultó coyuntural dentro del universo masculino, pues terminó de erosionar su identidad maltrecha, al dilapidar el rol o la “función” procreadora de los varones, y en este sentido resulta pertinente señalar que, en el capítulo anterior, fue abordado el debate y la reevaluación de las especificidades masculinas como proveedor y protector. A partir de la reconfiguración de las identidades políticas de la mujer.

Retomando, el comenzar a reconocer el deseo femenino desligado o independiente de la presencia de un hombre o una representación fálica, minó toda suerte de particularidad masculina en el mundo. En relación con lo anterior, una participante señala:



“Puede haber placer sin hombre, puede haber placer sin imaginar a un hombre; la idea de que una se masturba pensando en un hombre devela el imaginario de que una verdadera relación sexual debe ser con un hombre. Es como si la masturbación fuera un intento de, pero no llega a” (Participante mujer, 21 años)

Sin embargo, y pese a la voz de muchas mujeres y algunos hombres, hay sujetos que se siguen considerando dueños del placer femenino; en este sentido en uno de los grupos de discusión realizado exclusivamente con hombres, se indagó por el consumo de pornografía en las mujeres, al respecto se evidenció una polaridad en las respuestas, curiosamente, variando de acuerdo a la edad de los participantes, así se recogen testimonios como: “El hombre es el que lleva la sexualidad a la mujer, la mujer espera, es pasiva, el hombre es más promiscuo” (Participante hombre, 42 años); en este mismo sentido otro participante sugiere que “El primer encuentro de ellas con la sexualidad es carnal, luego buscan información visual como la pornografía” (Participante hombre, 51 años). Vemos pues, como se concibe la mujer como un sujeto pasivo y es el hombre quien la sumerge en explorar la sexualidad y el deseo.

Sin embargo, por otro lado, encontramos testimonios como “Ellas también exploran su sexualidad, llegan por curiosidad a la pornografía, entre amigas por ejemplo se deben compartir información, solo que son más reservadas” (Participante hombre, 22 años). De acuerdo con lo anterior, se hace evidente como el cambio generacional incide en las percepciones y visiones sobre el mundo, más aún en torno a un tema como la sexualidad, lo cual fundamenta la propuesta metodológica de nutrir los grupos de discusión con personas elegidas aleatoriamente, donde no solo incidió la edad, sino también los diferentes capitales culturales y sociales.



Ilustración 8: Elaboración propia. "Cosas de hombres". Grupo de Discusión - 2017

La imagen anterior, surgió en el seno de uno de los grupos de discusión, en el cual se le pidió a los participantes que armarán un cuadernillo a su gusto, para lo cual tenían a disposición una serie de imágenes diversas, uno de los participantes desarrollo este collage, en el cual resaltan elementos que sugieren la posición de una persona con un amplio poder económico, como: el dinero, los caballos, el auto; también, aparece la imagen de un encuentro con una mujer, en la cual el varón desempeñando un papel de seductor; igualmente, encontramos la imagen de una mujer en un encuentro sexual, la presencia del hombre en esta escena solo es sugerida por el semen sobre ella; aparece además la imagen de un dios, masculino, creador del hombre a su "imagen y semejanza" y finalmente florece, quizá un



miedo, pues surge una imagen de un hombre que parece afligido, en las sombras, mientras contempla la relación sexual de una pareja.

A groso modo, la imagen anterior, bien podría constituir un marco de lo que ha significado ser hombre para este sujeto, los ideales de masculinidad con los cuales creció y que hoy ha tenido que (re)pensar o replantear a la luz de la deconstrucción de sus funciones como proveedor, protector y procreador.

Conforme a ello, comienzan a aparecer “nuevos” campos donde la masculinidad, en cierto modo, se revitaliza; uno de ellos, trascendental para la generación de un cambio profundo en la relación de hombres y mujeres, es la paternidad, pues como lo sugiere (Montesinos, 2002) “una transformación en la relación entre los géneros que adquiere mayor relevancia en la medida que el nuevo papel de la paternidad, que hoy comienza a observarse, permite la redefinición de los roles sociales de los hombres” (p., 210) pese a ello, la paternidad representa un terreno que durante mucho tiempo estuvo vetado para los hombres por su condición de varones o, en muchos casos, terreno del cual se autoexcluyeron los hombres por temor a deteriorar su imagen como machos.

De acuerdo con lo anterior, es preciso señalar que, en la mayoría de los casos, cuando se reconocía por parte de los varones un rol dentro de la crianza de los hijos, no constituía un ejercicio de paternidad plena, entendida ésta como el acompañamiento integral hacia los hijos, sino que éste estaba limitado, casi exclusivamente, al ejercicio de la autoridad y el castigo, al respecto los participantes evocan parte de su infancia y evidencian cómo el trato con sus respectivos padre estuvo mediado por la autoridad y el castigo, sin embargo señalan la tristeza que les genera el intentar “replicar” este mismo modelo con sus respectivos hijos; así, varios de los participantes afirman:

“A mí me partió el alma haberle pegado a la niña, solo le pegue una vez.”
(Participante hombre, 39 años)



“Yo les he pegado muy poquito a las niñas, ellas difícilmente se ganan pelas, son muy juiciosas. La primera vez que les pegué, uy hermano, yo me hice el guevon y me fui a llorar a otro lado” (Participante hombre, 42 años)

“Yo solamente le pegué una vez a mi hijo, el mayor, porque cuando estaba muy pequeño le prendió candela a una cortina, y yo como del susto le pegué pero no sabía por qué, ya grande hablamos del tema y yo le pedí disculpas” (Participante hombre, 51 años).

Vemos pues, como la paternidad ha implicado esconderse bajo la máscara de la rudeza, para ser reconocido como figura de autoridad, y cómo, de apoco, está mascara comienza a resquebrajarse... a descoserse.

Hoy, gran parte de la sociedad reconoce la importancia del ejercicio de la paternidad, en esta medida y de acuerdo con los testimonios anteriores se podría sugerir que las relaciones entre los padres con sus hijos son menos rudas o violentas, muy al contrario de lo que fueron con ellos, hoy, sugieren, se procura más el acompañamiento a los hijos, para lo cual resulta fundamental la aceptación social de dicho ejercicio, la validez de la nueva imagen del padre. Paralelamente, también es importante señalar como la paternidad comienza a reconocerse antes del alumbramiento, es decir la importancia del acompañamiento durante el embarazo con todo lo que ello implica, como la decoración, la escogencia del nombre, entre otros.

Así pues, hoy la crianza es un proceso más consciente, aunque se reconoce que falta trabajo por hacer y cosas por mejorar, entre ellas fortalecer mecanismos institucionales que desliguen el cuidado, exclusivo, de la madre hacia los hijos, por ejemplo en torno a la asimetría presentada en las licencias de maternidad y paternidad, como lo sugiere en su artículo Eleonor Faur (2006).

De acurdo con lo anterior, hoy se hace posible visibilizar procesos alrededor de una paternidad más consciente, al respecto Javier Omar Ruíz (2015) ofrece un acercamiento sobre los colectivos de masculinidades en el país, Colombia, y cómo estos constituyen una red de acompañamiento y posibilita el ejercicio de reconocer



en los (otros) participantes, experiencias y aprendizajes para fomentar un proceso de formación colectiva.

Además, sería pertinente señalar la realidad de algunos varones que crían solos a sus hijos, que si bien son pocos, merecen ser reconocidos como parte del tejido social; así por ejemplo encontramos que, según Gabriel Ojeda, Myriam Ordóñez y Luis Hernando Ochoa (2011) en la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS), para el año 2010 en Colombia, el 3% de los niños menores de quince años viven solo con el padre.

Hoy pues, se procura por parte de algunos hombres, generar un mayor acompañamiento a los hijos y compartir la responsabilidad en su crianza, resulta fundamental resaltar la importancia de la utilización del término compartir, pues permite evidenciar que no se trata de una responsabilidad exclusiva de la mujer y que el hombre entra a ayudar, sino que es una responsabilidad para ambos. De acuerdo con lo anterior, y el entorno al tema de la sexualidad uno de los participantes señala:

“Yo tengo una niña de nueve años y tengo que ir hablando con ella a medida que vaya creciendo, para que no tenga que preguntar nada por fuera de la casa y no la confundan con las cosas o que le digan las cosas de otra manera” (Participante hombre, 39 años).

Sin embargo, otro de los participantes resalta que por su condición de varón le resulta más complejo generar un dialogo en torno a la sexualidad, “Con mis hijas he hablado poco del tema, la mamá es la que más habla con ellas del tema, pero yo siempre estoy muy pendiente” (Participante hombre, 42 años).

En respuesta a lo anterior, otro de los participantes sugiere: “sí, debe ser más incómodo con una hija, porque por ejemplo yo a mi hijo le he hablado del tema con normalidad, que no sea un tabú, que lo asuma con responsabilidad y respeto hacia su cuerpo y el de los demás” (Participante hombre, 50 años).



Para los participantes del proceso, es importante poder tejer lazos de confianza con los hijos y poder hablar abiertamente de temas como la sexualidad, sobre todo resalta en los participantes de mayor edad, pues reconocen que con ellos no hubo un acompañamiento, y que el encuentro con la sexualidad fue un proceso solitario y laberíntico, así al recordar su infancia relatan como:

“No, en mi casa no me hablaron del tema, pero con unos primos nos reuníamos en la casa de uno de ellos y revisábamos enciclopedias de sexualidad y revistas de sexo, mirábamos posiciones y cosas así.”
(Participante hombre, 39 años)

Otro participante señala que:

“No, de niño no me hablaron del tema, mi hogar siempre fue muy conservador y mis padres muy poco educados en el tema, entonces creo que por ese temor, ese desconocimiento no me hablaron del tema” (Participante hombre, 51 años).

Además, una de las participantes señala, al dirigirse a un grupo exclusivamente de mujeres que:

“No se nos puede olvidar como descubrieron la sexualidad los hombres, sobre todo los más grandes, eso era llevarlos donde las chicas y hágalo hombre, esas cosas generan miedos e inseguridades en ellos” (Participante mujer, 55 años).

De acuerdo con lo anterior, se podría sugerir que se evidencia un cambio real, aunque sea poco, en torno al proceso de descubrir la sexualidad masculina, en esta medida uno de los participantes más jóvenes indica:

“En mi casa siempre se propuso la independencia mental y corporal, reconociendo la responsabilidad y consecuencia de los actos, además toda la información estaba disponible, en internet o simplemente preguntando; recuerdo una vez que mi madre, al ver el flujo constante de mujeres en la



casa simplemente me dijo: “cuando necesite un condón me dice”; sino que en la sociedad el tema aun es un tabú, hay una doble moral muy evidente, porque finalmente todos lo hacemos” (Participante hombre, 22 años).

Estos cambios, evidenciados anteriormente, han implicado en cierta medida, una transformación en las relaciones y percepciones de los padres hacia los hijos y viceversa. Así, reconocer el acompañamiento dentro del proceso de crianza, resulta fundamental para posibilitar un cambio profundo en la estructura social, pues replantea ciertos roles y estereotipos que median las relaciones entre hombres y mujeres. Sin embargo, el proceso de ser y hacerse hombre, atravesado por la sexualidad, siempre conlleva una encrucijada, pues si bien la separación de la niñez está marcada, en las mujeres, al menos biológicamente por la menarca, ¿qué indica esa separación en el hombre?

2.2 Las tres separaciones

La masculinidad no cuenta con un dispositivo biológico que pueda señalar los límites para determinar lo que es un hombre (adulto) y lo que no, es decir no hay un elemento tangible y homogéneo que defina el umbral que debe atravesar un varón, entendido éste como un individuo con órganos genitales masculinos, para ser reconocido socialmente como un “hombre verdadero”. En este sentido (Moncó, 2011) citando la obra de Herdt, G. H. afirma que:

Mientras el abandono de la niñez por parte de la mujer es un hito temporal claro o visible [...], en el caso de los hombres los límites están más difuminados y parece necesitarse la intervención de la cultura. ¿Cuándo empieza a ser hombre un niño? ¿Cómo puede un niño o un adolescente demostrar que ya es un hombre? Es muy evidente que la respuesta no es única para todo tipo de situaciones y variables, pero lo que interesa resaltar es que mientras que pocas culturas ritualizan de un modo colectivo y público el paso de la pubertad a la adultez de las niñas, sí existen bastantes grupos humanos que señalan mediante un ritual el paso de un púber a su vida de adulto (p., 179)



Así pues, se ahonda en la concepción de la masculinidad como una construcción cultural, particular para cada contexto y momento histórico específico. Sin embargo, como se mencionó en el primer capítulo, se podría plantear, a la luz de autores como Elisabeth Badinter (1993), David D. Gilmore (1994), Franco La Cecla (2004), Louis-Georges Tin (2012), entre otros, un consenso en torno al acceso a la categoría de hombre por parte de los individuos, dicho acceso está mediado o implica un proceso de separación en tres sentidos, a saber, separarse de las mujeres, separarse de los niños y separarse de los homosexuales.

Es importante señalar que las separaciones, anteriormente nombradas, se desarrollan de manera asimétrica dentro de cada contexto, y qué, además, constituyen un proceso constante de revalidación.

Ahora bien, indagar por los cimientos o el estatus de la categoría de hombre, podría dar pie a escudriñar sobre esas otras masculinidades, subjetividades, que han quedado en los márgenes de la categoría; los excluidos. Lo anterior, de acuerdo con las pretensiones de la presente investigación, no será retomado en profundidad; pese a esto, podrá observarse de soslayo como se hace presente, tímidamente, dentro del ejercicio investigativo.

Para retomar entonces, el proceso de construcción de la masculinidad, o por lo menos de la masculinidad hegemónica, implica una triple separación señalada con anterioridad, sin embargo, resulta pertinente señalar que, en palabras de (Connell, 1997) “La masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable.” (p., 41)

De acuerdo con lo anterior, es menester resaltar la sexualidad masculina como un dispositivo de validación, que permite posicionarse respecto a los otros, es decir, la masculinidad hegemónica, occidental, encuentra en la sexualidad elementos para constituirse como “categoría” en la cual se inscriben los individuos



varones, a través de diferentes prácticas y discursos que, denotan una separación con todo aquel horizonte ajeno a la imagen estereotípica del ser hombre.

Ahora bien, en el primer capítulo se planteó un acercamiento alrededor de las masculinidades como construcción cultural, dentro del cual se resaltan una serie de actitudes, comportamientos, atributos, capacidades, etcétera; que constituyen el estereotipo, o la forma aceptada socialmente de ser varón dentro de la sociedad occidental. En este sentido la heterosexualidad como despliegue de la sexualidad, resulta fundamental para constituir dicha imagen, legitimada, del ser hombre.

Como se resaltó en el primer capítulo, la obra de Graciela Infesta (1998) incita a pensar la categoría de género como un proceso de construcción relacional, en la cual, reduciéndolo a su expresión más mínima, hombres y mujeres se definen así mismos a partir de su opuesto. Así pues, se podría plantear que la masculinidad se construye en términos negativos, es decir, el no ser, para poder ser.

Por tanto, la masculinidad, o mejor aún, los procesos de identidad, están mediados por la relación que se establece con los otros y el cumulo de experiencias de cada individuo. En consecuencia, indagar por las construcciones identitarias, en este caso la masculina, implica indagar sobre un proceso en doble vía, como lo plantea Fortunato Mallimaci (2003) al referirse al desarrollo conceptual de Anthony Giddens, el análisis sobre la dualidad de la estructura. Es decir, la armonización entre la observación del investigador y las perspectivas de los actores, posibilita una comprensión más amplia de los fenómenos sociales.

En este sentido, el presente escrito pretende contener en su prosa esta dualidad, es decir las reflexiones, experiencias y observaciones del autor sobre la construcción colectiva, intersubjetiva, de la masculinidad; y paralelamente presentar de manera generosa las voces de los participantes, con lo cual, resaltando estas subjetividades, intenta cristalizar una experiencia investigativa amplia y diversa.



Ilustración 9: Elaboración propia. “Biografías sexuales”. Grupo de Discusión – 2017

La fotografía anterior, ilustra una parte de la propuesta del segundo grupo de discusión realizado exclusivamente con varones, en el cual cada participante materializó por medio de la escritura una porción de su vida, a partir de una serie de fragmentos, refranes, chistes, situaciones, entre otros, alrededor del encuentro con la sexualidad.

El ejercicio permitió, entre otras cosas, conocer y calibrar las implicaciones e incidencias de los participantes al encontrarse con la sexualidad; es decir cómo se acoplan o se insertan los varones, desde su particularidad, en una estructura preconcebida socialmente.



En otras palabras, indagar por la construcción subjetiva de la sexualidad masculina, a la luz de una serie de producciones intersubjetivas, es decir, construidas socialmente; para, posteriormente socializar el ejercicio y reivindicar, por así decirlo, la experiencia individual atravesada por miedos, deseos, expectativas y enseñanzas.

De acuerdo con lo anterior, y retomando la hilaridad de la temática, será pertinente comenzar a desarrollar la masculinidad como una categoría definida en términos negativos, por ello, se plantea la separación con las mujeres como punto de partida de la construcción identitaria en los varones, enmarcada dentro de lógicas heteronormativas.

Así, se podría señalar el trato diferenciado y la exaltación de ciertos atributos por parte de los adultos hacia los recién nacidos, esto se evidencia, por ejemplo, en las diferentes maneras de nombrarlo, princesa-campeón, hermosa-grande, delicada-fuerte, etcétera. Además, siguiendo lo expuesto por (Morant, Peñarroya y Tornal, 1998) “parece necesario dotar al recién nacido de una imagen que permita la identificación sexual” (p., 41). A través de los signos de identificación, que varían de una cultura a otra, como la ropa, la utilización de los colores, los aretes, los juegos, entre otros.

Más aun, se podría afirmar como la distinción por sexo se realiza previo a la aparición del individuo; en este sentido, resaltar la importancia del universo simbólico desplegado durante el embarazo, que, inscriben al neonato dentro de una categoría, hombre o mujer, con toda una serie de expectativas.

Esta polaridad en la cual es sumergido el recién nacido, genera, en cierta forma, un impulso constante por separarse de su opuesto y comenzar a construir su especificidad, imitando a sus pares o referentes: padres, hermanos, héroes, actores, etcétera. Lo anterior motivado por comentarios generados al interior de la sociedad como: los hombres no lloran, compórtese como un hombre, usted es fuerte como un hombre, esas cosas no son de hombres, entre muchas otras.



De acuerdo con lo anterior, y siguiendo lo expuesto Elisabeth Badinter (1987), los humanos en sus primeros cuatro meses de gestación, aproximadamente, pertenecen al sexo femenino, es decir la masculinidad es una “mutación biológica”, y el primer sexo que corresponde a todos los humanos es el femenino.

Ahora bien, lo anterior presentado en el plano biológico, podría dar pie a plantear una cuestión similar desde el plano cultural. Así, el individuo varón, es quien debe realizar “méritos” para “trascender” esa feminidad primigenia. Por tanto, dentro de esta lógica, la mujer sería un ente pasivo, del cual el varón se debe desligar para alcanzar la categoría de hombre.

En este sentido, identificar los mecanismos culturales mediante los cuales los varones logran desligarse del universo femenino, implica comprender las lógicas y códigos culturales particulares de cada sociedad, ya que estos no son iguales para todas las culturas y varían en el tiempo.

Así, reconocer el vasto universo simbólico bajo el cual surgen los mecanismos que permiten a los varones aislarse de lo femenino, permite evidenciar que, dicha separación no se limita únicamente a la infancia, sino que está presente en todos los momentos y espacios en la vida de los hombres. Por tanto, mecanismos y ejercicios, son legitimados desde las prácticas cotidianas.

De acuerdo con lo anterior, encontramos que, en occidente, para este caso la ciudad de Medellín, la separación de hombres y mujeres presenta múltiples aristas. En este sentido, y siguiendo lo expuesto por Morant, R., Peñarroya, M. & Tornal, J. (1998), se evidencian los insultos como, gallina, acojonado, poco hombre, nenita, cagado, etcétera. Calificativos ofensivos al hombre, que señalan su falta de virilidad o valentía, ambas características como esencia de la masculinidad, con lo cual se busca “degradar” o despojar de su categoría de hombre y sumirlo en la feminidad.

Paralelamente, aparecen diferentes elementos que delimitan la “frontera” entre el universo masculino y el femenino, decisiones sobre los juegos, la ropa, los



colores, la actitud, señalados con anterioridad, son reproducidos a lo largo de la vida de los varones; además se resaltan frases estereotípicas como: los hombres no lloran, hágalo como un hombre (para indicar que se debe hacer algo con fuerza, valentía o vehemencia), usted es un hombre no se puede asustar, un hombre siempre quiere sexo, entre otras. Que incitan, constantemente, a los varones a probarse a sí mismos como “verdaderos hombres”.

También, sería preciso señalar, la connotación social de una serie de valores innegociables para los hombres, como: la responsabilidad, el trabajo, el esfuerzo, la caballerosidad, la virilidad, la autoridad, entre otros. Señalados en el capítulo anterior, sin embargo, estos valores también pueden mediar la construcción del ideal femenino, pero se pueden desarrollar a menor escala, es decir no son innegociables.

En esta medida, se resaltan afirmaciones como: “mi papá me enseñó a caminar con la cabeza levantada” (Participante hombre, 50 años); “uno se acostumbra a no bajarle la mirada a nadie” (Participante hombre, 25 años); “yo he aprendido a no expresa las debilidades, a tener como autocontrol de las emociones y los sentimientos” (Participante hombre, 42 años). Lo anterior, encarna la forma en la cual los varones atraviesan construcción intersubjetiva de identidad.

Otro participante nos comparte como:

“En mi casa no vivíamos con mi papá, solo éramos mi mamá, mis hermanas y yo, yo era el menor, pero mi mamá siempre me tuvo en cuenta para todas las decisiones, sin importar que yo fuera el menor, ella siempre me trató como el hombre de la casa, por eso aprendí muchas cosas, como la responsabilidad, la seriedad y a manejar la autoridad” (Participante hombre, 39 años).

Los relatos y situaciones expuestas anteriormente, evidencian como la separación de los varones con las mujeres no constituye un ejercicio individual, sino que involucra el tejido social, el cual permite la manifestación, reproducción y



legitimación, de estas prácticas hacia la construcción de una masculinidad hegemónica.

Además, también sería pertinente señalar la forma en la cual los espacios constituyen un elemento diferenciador entre hombres y mujeres. Así, surge desde la narrativa de los participantes, la importancia de espacios como campos o camerinos de fútbol, billares, bares, barberías, colegios masculinos, reuniones de amigos, entre otros. Espacios, exclusivos de hombres, donde, además de desmarcarse de la figura femenina, se despliega un universo homosocial en dos sentidos; por un lado, se reafirma la propia masculinidad al pertenecer y por otro, se legitiman prácticas y discursos entre pares.

Ahora bien, otra de las rupturas que debe atravesar un varón para alcanzar el estatus de hombre al interior de una sociedad, corresponde a la relación con los niños, lo cual presenta una situación problemática, pues como lo señalo anteriormente, esta separación no está mediada por ningún dispositivo biológico.

Si bien se podría señalar la menarca como un punto de inflexión dentro de la construcción del sujeto femenino a la luz de la sociedad, como un dispositivo biológico, que permite trazar una línea divisoria entre niñas y mujeres. La separación de niños y hombres no está mediada por ningún dispositivo biológico, que opere como universal; por tanto, esta separación es tramitada culturalmente.

De acuerdo con lo anterior, es preciso señalar los trabajos de Elisabeth Badinter (1993), David D. Gilmore (1994), Franco La Cecla (2004), Louis-Georges Tin (2012), entre otros, quienes ofrecen un acercamiento a múltiples sociedades y a sus diferentes mecanismos culturales, los cuales, al operar como rituales de paso, trazan la línea de separación entre niños y hombres.

Sin embargo, en la sociedad occidental, se ha perdido la experiencia de los rituales de paso como un acontecimiento trascendental en la vida de hombres y mujeres, como lo señala (Moore y Guillette, 1993)



Las sociedades tribales tienen nociones muy específicas sobre la madurez tanto masculina como femenina y sobre cómo llegar a ella. Y tienen procesos rituales [...] Nuestra cultura tiene pseudorrituales. Existen muchos tipos de pseudoiniciaciones para los hombres en nuestra civilización. El servicio militar es uno de ellos. La humillación y la obligada falta de identidad en el campamento “harán un hombre de ti”, según la creencia popular. Las pandillas de las grandes ciudades y también los sistemas carcelarios que, en gran medida, están manejados por pandillas son otras manifestaciones de pseudoiniciación. (p., 25)

Resaltando la importancia de lo expuesto anteriormente, habría que incluir la sexualidad como un ejercicio de legitimación, que permite trascender la infancia en el universo, simbólico, de los varones.

Ahora bien, pareciera, de acuerdo con lo que sugiere Robert Moore y Douglas Guillette (1993), que la categoría de hombre solo es alcanzada a partir de la esfera de la violencia. Pese a esto, al indagar dentro del universo masculino surge la sexualidad, el despliegue de la sexualidad, como un punto de valoración y distinción entre pares, que permite construirse o considerarse, como sujeto masculino adulto.

Sin embargo, no solo la sexualidad puede otorgar, dentro de las lógicas contemporáneas de una ciudad como Medellín, el acceso a la categoría de hombre, también se rescatan otros atributos, que desligan a los varones con su infancia, el ejercicio del trabajo, como acceso al dinero y de paso a la “autosuficiencia” o independencia financiera, legal o no, también constituyen mecanismos de separación.

Dicho esto, es pertinente señalar que el presente escrito solo abordará la sexualidad, como el dispositivo a través del cual, los varones logran alcanzar la categoría de hombre; esto a razón de mantener la hilaridad y la coherencia del escrito.



Así, por ejemplo, al indagar por la desnudez frente a otros niños, se podrían resaltar intervenciones como:

“Ya es normal, por ejemplo en un camerino, pero cuando éramos niños si sentía uno temor de no tener vello o de pronto el pene muy pequeño (Participante hombre, 39 años)

“De chiquito en el colegio uno siempre molestaba con quien tenía el pene más grande” (Participante hombre, 51 años)

“La verdad en el fondo me sentiría incomodo, pero actuaría con normalidad porque los demás también lo harían, la desnudez es un asunto íntimo, deben haber lazos para llegar a ella.” (Participante hombre, 22 años)

También sería pertinente señalar como, al indagar por el primer encuentro sexual, sugieren tal episodio como una forma de trascender la infancia.

“Yo fantasee mucho mi primera vez, porque todos mis amigos hablaban de eso y yo no había tenido la oportunidad de demostrar que también era un hombrecito” (Participante hombre, 42 años)

“A mí el sexo me daba como temor, porque era algo desconocido, entonces era como ese miedo de fallar” (Participante hombre, 39 años)

Partiendo de las voces expuestas anteriormente, se podrían realizar una serie de análisis en diversas direcciones. Sin embargo, para las pretensiones de la presente investigación resulta oportuno centrarse en los miedos, la validación y la imitación, como elementos centrales en el proceso de subjetivación masculina en torno a la sexualidad.

Una vez realizada la aclaración anterior, resulta fundamental abordar el temor de los varones en torno al pene, y como este constituye todo un dispositivo a partir del cual configuran su identidad; pues se extiende más allá de su concepción de desarrollo biológico. Por ello, rescatar y comparar atributos como el tamaño, el



vello púbico, la erección y finalmente la utilización del mismo en un encuentro sexual con una mujer, comienza a generar distinción y hasta admiración, en el entorno en el cual se desenvuelve el niño, y finalmente termina por otorgarle, en cierta medida, el acceso a la categoría de hombre.

El segundo punto sobre el cual se debe llamar la atención, gira alrededor de la imitación como mecanismo de legitimación, en otras palabras, los varones desde muy jóvenes comienzan a imitar hombres adultos, comienzan a interiorizar comportamientos, actitudes, posturas, etcétera, los cuales les permiten interpretar un papel de hombre y posicionarse como tal; en este sentido Franco La Cecla (2004) ofrece una serie de imágenes que ilustran esta apropiación y ejercicio corporal en los varones.

Siguiendo esta misma línea (Seidler, 2001) señala: cómo los varones jóvenes “han aprendido a sobrellevar su propia agitación y su confusión emocional, y para desahogarse han aprendido a intimidar a otros niños como modo de reafirmar su masculinidad que se ve amenazada” (p., 1); este proceso es desarrollado, en la mayoría de los casos, de forma inconsciente en los varones.

Además, habría que señalar los modelos bajos los cuales se construyen estos proceso de subjetivación, ya que en una ciudad como Medellín, azotada durante años por la violencia urbana, presenta un ambiente azaroso, sobre el cual se erigen figuras-ideales masculinos violentos; la idea anterior desarrollada con mayor profundidad en un artículo titulado: “*La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín. Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos 50 años*” (Buitrago, 2015). De acuerdo con ello, resulta acertado sugerir que este proceso conlleva, además de una separación, un proceso de acoplamiento al estatus quo.

El último punto sobre el cual se plantea un acercamiento, de acuerdo con la hilaridad planteada, es la importancia de la validación como proceso colectivo, a partir del cual se ratifica al sujeto como varón. Además, se debe resaltar la fuerte carga de legitimación entre pares, es decir, como los círculos homosociales constituyen una red que legitima el ser-hacer masculino.



En este sentido (Núñez, 2011) señala cómo la violencia funciona como mecanismo de intimidación y presión sobre aquellos varones que se mantiene al margen de la masculinidad hegemónica, y como esta práctica es legitimada socialmente, así plantea:

La violencia contra los afeminados o menos hombres o que en algún momento específico fallaron en el cumplimiento del ideal masculino, se convierte así, en un ejemplo elocuente para los otros niños, hermanos o conocidos; un ejercicio público de violencia socialmente tolerado que envía un mensaje de amenaza para quienes se atreven a trasgredir el orden de las identidades de género: “el cuerpo violentado del otro es la expresión viva de lo que se debe despreciar en uno mismo”. (p., 87)

En esta medida, aparece finalmente la separación con los homosexuales, como ratificación de la propia heterosexualidad, entendida esta como el ejercicio de la masculinidad hegemónica. Así, por ejemplo, uno de los interlocutores sugiere: “el cuerpo de otro hombre se debe tratar con respeto, aunque uno no está pendiente del cuerpo de los demás” (Participante hombre, 50 años).

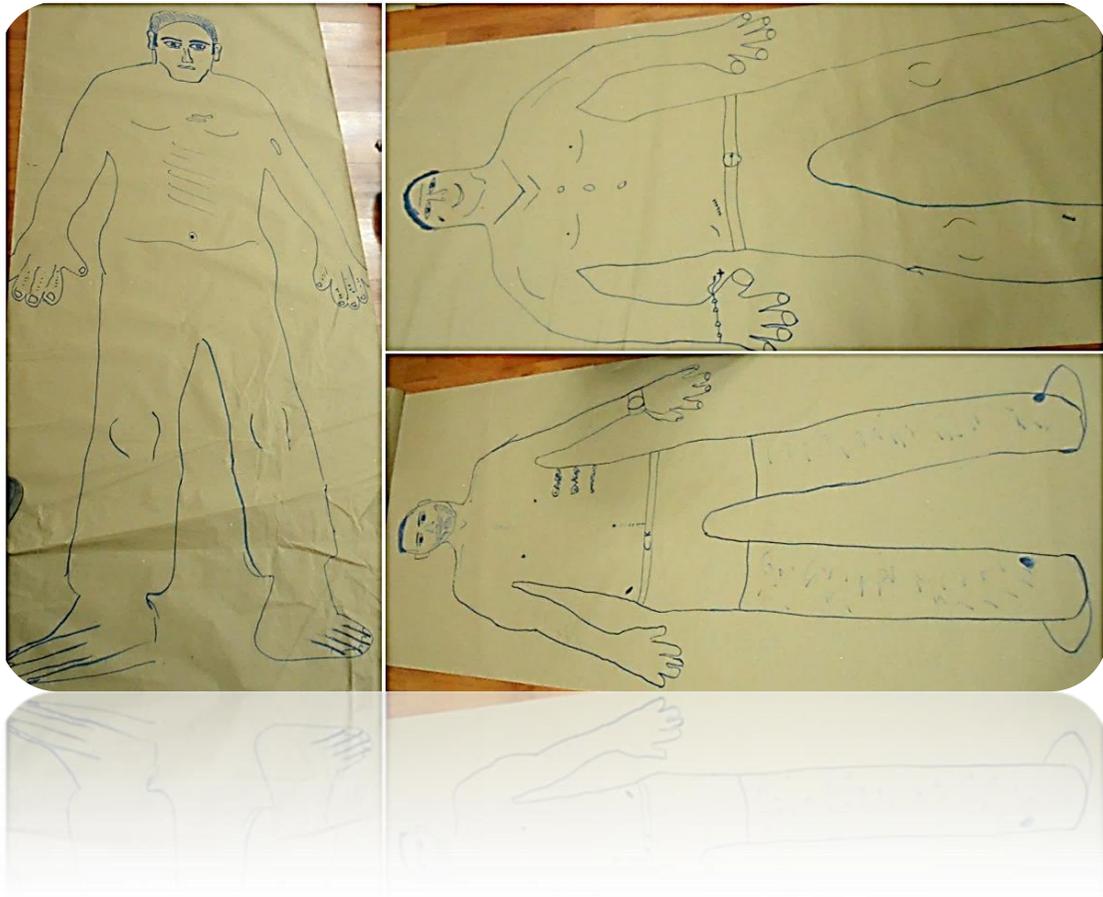


Ilustración 10: Elaboración propia. “Cuerpos”. Grupo de Discusión – 2017

La fotografía anterior, parte de un ejercicio planteado en uno de los grupos de discusión exclusivo con varones, donde se les solicitó a los participantes dibujar su propio cuerpo, uno de los detalles más notorios, en todos los cuerpos, es la ausencia del pene, el ejercicio afloró o evidenció el temor masculino a la desnudez. En este sentido uno de los participantes manifiesta durante el desarrollo de la actividad “hay que dibujarnos también el... aparato... pues porque todos tenemos, ¿entonces para qué?” (Participante hombre, 51 años)

Según lo dicho, se rescatan las palabras de (Guash, 2000) cuando sugiere que “la heterosexualidad más que una forma de amar, es un estilo de vida. Un estilo de vida que ha sido hegemónico en los últimos 150 años” (p., 24). Respecto a lo

anterior, es indispensable enfatizar en que la separación con los homosexuales no solo se cuestiona la orientación sexual del individuo, sino toda su identidad.



Ilustración 11: Elaboración propia. “A mi novio no le gusta ver penes”. Grupo de Discusión – 2017

Ahora bien, la imagen anterior proviene del grupo de discusión realizado exclusivamente con mujeres, donde se les pidió a las participantes que construyeran, a partir de fragmentos corporales, los cuerpos que, creyeran ellas, disfrutaran o disfrutarían ver sus parejas en una película pornográfica. Así, una de las participantes, realizó este collage y señaló que:

“Mi novio no consume pornografía, nosotros hemos hablado del tema, a él no le gusta, de pronto el vería algo de lesbianas, porque a él le incomodan los penes, no le gusta ver penes, ni siquiera el suyo, de echo hubo un tiempo,



en el que se bañaba con bóxer para no verse el pene” (Participante mujer, 17 años).

En este sentido, se podría evidenciar el temor hacia el cuerpo de otro varón, específicamente el temor hacia otro pene, pues supone una tensión dentro del proceso de identidad masculina, susceptible a deshilarse como imagen de estructura rígida.

Ahora bien, es menester resaltar como este camino turbulento, el cual atraviesan los varones hacia la construcción de su masculinidad es interminable. Además, es oportuno advertir que las separaciones expuestas anteriormente no se realizan de manera lineal, ni simétrica, sino que cada cultura potencia u otorga mayor peso a diferentes mecanismos; por último, insistir en la vigencia, en la ratificación constante y vitalicia, de estas separaciones.

2.3 Bajo el manto de la hipersexualidad masculina.

“El corazón quiere a una mujer, los sentidos a muchas y el orgullo a todas”
(Morant, Peñarroya y Tornal, 1998, p., 132)

Basta con hacer un recorrido por espacios homosociales, es decir, lugares “exclusivos” de varones, para percatarse que las narrativas que allí generan, de sí mismos y de los demás (hombres y mujeres), presentan varias particularidades. Lo anterior parte de la experiencia personal del investigador y de las voces indagadas en el marco de la presente investigación.

De acuerdo a esto, y como lo señala la cita inicial, el número de parejas sexuales de un hombre otorga o engrandece su orgullo, pues esto potencia ciertos atributos muy valorados dentro del universo masculino, como la virilidad, la potencia, la disposición permanente, la falta de afectividad al encarar un encuentro sexual, entre otros.



Supuesto lo anterior, es preciso señalar como el sexo adquiere facultades fantasiosas. Así, es cotidiano escuchar relatos sobre el desempeño sexual de un varón, quien se refiere a sí mismo como un depredador, una máquina, un animal, un cazador, un experto, o algún otro calificativo que le otorgue un estatus similar. En este sentido (Díaz, s.f.) sugiere el despliegue, narrativo, de “un sexo excesivo y “carente de afectos”, descolocado y transgresor del dispositivo del amor romántico” (p., 6)

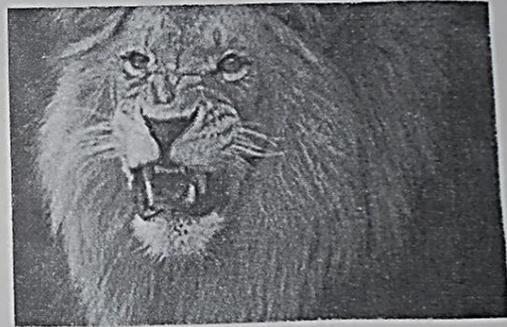
Adquiere entonces el ejercicio de la sexualidad, un manto que lo cubre, un manto tejido a partir de las infidelidades imaginadas, de las hazañas desbordadas de los varones. De acuerdo con lo anterior, en uno de los grupos de discusión se planteó el siguiente caso, a partir de lo expuesto por (Úsuga y Hernández, 2012):

El show comenzó cuando entre nosotros los asistentes se nos dio un número en un papel y con ese número la posibilidad de ganarnos una rifa. La rifa no era otra cosa que la de una bailarina con la que pudiéramos tener sexo delante de todo el mundo. La rifa se la ganó un tipo que de entrada se negó a subir a la pasarela. Sin embargo y apoyado por sus amigos que le recordaron lo hombre que era, el tipo subió a las tablas (...) el narrador hizo de las suyas. Primero comenzó por incitar a Manuela, que así se hacía llamar ella, para que estimulara al ganador. Manuela le baja los pantalones al tipo. El tipo se mira la verga. La verga claro, esta flácida. Tan pequeña que hasta él mismo se avergüenza de vérsela así. (...) Manuela le pone el culo al ganador entre las piernas. Se tira al piso y se masturba. Gime. Pero al ganador no se le para. (p., 63 y 64)

La intencionalidad del ejercicio consistió en estimular a los participantes a escribir su realidad a partir de allí, indagar sobre si alguna vez les ha pasado algo similar, es decir, la ausencia de erección, y cómo se sienten frente a ello, qué pensaron en ese momento, o qué pensarían si les pasara, etcétera. En este sentido (Participante hombre, 42 años) afirma, a través de una construcción resaltada en la imagen presentada a continuación:

huna me ha pasado algo similar gracias a Dios
Siempre me he comportado como un macho
dicho por esas,

Siempre he sido un



Si de pronto me pasa q vergüenza
a no ser de que este enfermo o no
me guste la mujer

me gusta pa mí
a no ser de que este enfermo o no
me guste la mujer



En esta misma línea, (Participante hombre, 51 años) sugiere con ahínco:

“No, nunca he estado en un sitio así, yo he tratado de llevar muy bien mi sexualidad, y ya lo otro, pues a uno se le tiene que parar, sino se le para está jodido, ¿cómo no se le va a parar?, ya tiene que estar uno muy mal.”

Estos discursos expuestos y legitimados en grupos homosociales, potencian una serie de mitos y estereotipos en torno a las relaciones con el propio cuerpo del varón y con el cuerpo de la mujer.

Por tanto, se podrían identificar una serie de aristas como la (des)afectividad o la cosificación de la mujer, es decir, negarle la condición de sujeto de deseo a la mujer para enclaustrarla en un objeto para el desborde de los deseos masculinos. Sin embargo, de acuerdo con (Montesinos, 2002) citando la obra “el erotismo” de Francesco Alberoni (1992):

El hombre, en sus fantasías, desea a todas las mujeres, querría hacer el amor con todas. Siente, dentro de él, un deseo sexual inagotable. Renaciente. Desea, como en la pornografía y en la prostitución, mujeres que se le ofrezcan siempre. En cambio, en la realidad, cuando la mujer se le ofrece con insistencia, cuando la mujer quiere hacer el amor con él intensamente, siempre su interés decae y él se retrae, se siente impotente. (p., 253 y 254)

Lo anterior, posibilita evidenciar la relación de sujeto-objeto que, entablan hombres y mujeres, pues ella debe ser receptiva, pasiva, un objeto que él debe conquistar como demostración de su capacidad. Además, a través de chistes y comentarios, se potencia el pene como eje de la identidad masculina y a partir de allí, desborda su sexualidad voraz. Y paralelamente, se fortalecen los mitos sobre la disposición permanente y perpetua de un hombre hacia el deseo sexual, implique o no compromiso.

Ahora bien, la construcción de masculinidad también está atravesada por “las razas” o, para ser más precisos, las distinciones étnicas; las condiciones económicas o de clases, entre otras. Pese a ello, no es preciso señalar la diferencia “radical” como un anclaje hacia la existencia de una masculinidad blanca, una



masculinidad negra, una masculinidad asiática, etcétera. Sino que, además, se deben resaltar cómo las diversas experiencias nutren el proceso de subjetivación.

Aun así, se podría resaltar como el hombre negro constituye el imaginario de una masculinidad exacerbada, sobrecargada o excesiva; pues, como lo señala (Díaz, s.f.) los varones negros encarnan:

Estereotipos fomentados en el régimen esclavista sobre los cuerpos y la sexualidad de los africanos y sus descendientes, continúan manifestándose hasta nuestros días. La idea del tamaño “descomunal” de los penes de los hombres negros se reproduce minuto a minuto. Además de la pornografía, esta imagen aparece constantemente en los medios de circulación masiva como cine, televisión, literatura y mensajes publicitarios, dando muestra de la estructura fetichista de las representaciones de la masculinidad negra, que al mismo tiempo que proyectan fantasías raciales y sexuales explícitas, crean una idea de cuerpo negro como encarnación de la alteridad y la diferencia. (p., 11)

El hombre negro aparece entonces, como la animalidad en estado puro, como el sujeto masculino del exceso a través despliegue de la sexualidad. Constituyendo, además, un punto de referencia y de dicotomía en el proceso de subjetivación de otros hombres.

Entre tanto, esta estructura intersubjetiva de hipersexualidad masculina, presenta un doble juego de poder, pues por un lado posibilita y “glorifica” el desborde de la sexualidad masculina en exceso, es decir, el ejercicio de la sexualidad desbocada, en relación con el número de parejas, la potencia, el desempeño, el tamaño, el placer generado, entre otros.

Sin embargo, por otro lado, constriñe el despliegue del deseo femenino, en otras palabras, los varones se consideran a sí mismos dueños, no solo del placer femenino, como se mencionó al inicio del presente capítulo, sino que, además, se reproduce el control efectivo sobre la pareja, no solo sobre su cuerpo y la exclusividad que reclama con recelo sobre él, sino también, sobre su tiempo, sus actividades, sus gustos, sus estéticas, sus afectividades, etcétera. Actividad



desarrollada con la intención de demostrar una posición de supremacía en relación con ellas y de estatus en relación con sus pares.

De acuerdo con esta polaridad, dentro de la estructura hipersexual, se resaltan expresiones como:

“Mi fantasía sexual es estar con dos mujeres, nunca la he podido realizar, pero es algo que si me gustaría mucho” (Participante hombre, 39 años).

Casi todos los participantes, y de hecho casi todos los varones, comparten esta fantasía. Sin embargo, uno de los participantes, que se incluyó en dicha fantasía, más adelante pronunció

“Si por ejemplo es ella la que pide algo así, como un trio o que quiere experimentar con alguien más, hay que tener cuidado porque ahí está dando cuenta de las falencias de uno como hombre, en la relación sexual, que uno no la satisface por completo (Participante hombre, 42 años).

En esta medida, se podría plantear, otro punto sobre el cual generar una breve reflexión, los métodos anticonceptivos como mecanismos de control, no solo de la natalidad, sino también de la fidelidad. Así, el uso del condón masculino se utiliza solo con “quien no se tiene mucha confianza”, pero si es ella quien usa el condón (condón femenino) levanta una cierta sospecha.

Lo anterior desarrollado a profundidad en el trabajo de Rafael Montesinos (2002) quien realizó, en el marco de una investigación, varios grupos focales con hombres y mujeres en torno a la sexualidad; de los cuales se rescata, un testimonio similar, alrededor de la vasectomía, donde los interlocutores señalan rechazar dicha práctica por el temor de luego “no poder”, es decir, que dicha operación los desvincule de su hombría.

Con Respeto a La Historias del Show
Que a la persona no se le parece
Es Normal, por el Miedo que Representa
al Ser Juzgado, el Miedo a no se tumben
macho, La Sorpresa que le dio al ganar la
Rifa,

Sus amigos le recordaron que era el
~~macho~~ macho alto, pero esta Historias no
Representa Solamente el tridente sexual
Sino que Es el diario vivir del hombre
El Miedo de Sumir sus Responsabilidades,
de cumplir de que siempre lo reconoz
can como el macho dominante, de
Ser el proveedor, miedo al fracaso y
miedo a tener que levantarse
social, económicamente, y normalmente
ante la Sociedad, EL Título al Rechazo.





Finalmente, surge el relato de (Participante hombre, 50 años), expuesto en la imagen anterior, como evidencia de las fisuras presentes en los varones. Pareciera, entonces, que el ejercicio planteado les permitió verbalizar miedos, incertidumbres, ansiedades e inseguridades que develan la vulnerabilidad masculina contemporánea.

Sin embargo, es menester señalar como estas cavilaciones surgen y se estacionan, en la mayoría de los casos, en el plano individual; son lastres y agitaciones que todo varón debe resolver solo y en su momento, muestra de ello, es lo expuesto por uno de los asistentes, respecto a su participación en los grupos de discusión desarrollados:

“A mí me gustó mucho el espacio y los temas, muchas gracias por la invitación, y respecto a lo que dice el compañero, sí, es verdad uno nunca se reúne para hablar de esto, como para aclarar estas dudas con los demás, uno cree que son cosas que solo le han pasado a uno.” (Participante hombre, 42 años).

Ahora bien, a lo largo del escrito se ha ofrecido un recorrido, una inmersión en la construcción de la subjetividad masculina, atravesada o abordada desde la sexualidad, pero, ¿qué tiene que ver la pornografía en todo esto?



CAPÍTULO III.

3. HOMO PORNOGRAFICUS.

“Eso, su desnudez total, es todo lo que los clientes exigen y quieren. y entre más rápido llegue a ella, mejor. El cómo llegan los tiene sin cuidado [...] Es directo, ramplón, rayando incluso con lo grotesco, porque las chicas, aparte de quitarse la ropa, realizan con su cuerpo todas las contorsiones posibles, de modo que hasta sus encantos más recónditos saltan a la vista del distinguido público. No les queda por mostrar sino el alma”

(Aricapa, 1998, p., 77)

Abordar la pornografía siempre resulta complejo, más aún dentro de círculos académicos, pues su lugar parece estar relegado a las sombras, a las sabanas, al plano de lo íntimo, de lo que no debe ser contado, ni de lo que se puede hablar social o abiertamente.

Así pues, desarrollar un trabajo investigativo con este eje temático, resulta particularmente interesante y enriquecedor en dos direcciones. Primero, desde los círculos académicos se resalta el asombro con el cual, en ocasiones, es recibida la propuesta de investigación. Además, sería pertinente señalar, como el universo de la pornografía ha sido comprendido y/o abordado, con mayor ímpetu, a través de denuncias elaboradas por corrientes feministas, fundamentales, por cierto, para la apertura hacia nuevos temas de investigación, como se señaló en el primer capítulo.

Segundo, invitar a hombres y mujeres a participar en el proceso de investigación, evidenció como el tema, pornografía, constituye aún un tabú para el grueso de la población, pues si bien varias de las personas invitadas acudieron a los encuentros planteados sin negación alguna, aunque sería preciso señalar que todos los participantes del proceso, sin excepción, manifestaron haber llegado al encuentro inicial con ciertas prevenciones y expectativas sobre el abordaje que se iba a plantear, de qué se iba a hablar, cómo se iba a manejar el tema, etcétera,



cuestionamientos que, se fueron resolviendo conforme el trasegar de la investigación; otros, paralelamente se manifestaron sorprendidos e incómodos ante la invitación para participar en el proceso de investigación.

Por tanto, resulta pertinente rescatar algunas voces generadas en este primer momento del ejercicio investigativo. Así, aparecen frases como: “hágale, cuente conmigo, yo me encapucho y le digo lo que sea” (Participante hombre, 25 años), lo anterior expuesto en relación con el tema de la confidencialidad, contexto que refiere hacia la relación con una pareja estable.

Una mujer, plantea al ser invitada a participar del ejercicio investigativo, que “no, muchas gracias, pero a mí me parece medio incómodo, no me gusta hablar de esos temas” (Participante mujer, 30 años)

Ahora bien, otro varón afirma que le gustaría conocer más sobre la propuesta y que le interesaría participar de los encuentros, sin embargo, recalcó: “ah pero mi esposa no sabe que yo veo porno” (Participante hombre, 34 años).

Las intervenciones expuestas en los párrafos anteriores, permiten evidenciar varias cuestiones; una de ellas es el temor masculino de reconocer(se) el consumo de pornografía, pues dicha práctica es considerada, dentro de este universo, como una transición, como una bisagra de separación con el estado de infancia o niñez; lo anterior será retomado más adelante. Sin embargo, resulta paradójico, de acuerdo con lo señalado en el capítulo anterior, como este contenido es compartido y consumido al interior de grupos exclusivos de varones, mediante la utilización de diferentes dispositivos tecnológicos, pero reconocer el ejercicio del consumo en la individualidad resulta problemático, como una especie de degradación hacia la infancia o adolescencia y por ende la desvinculación de la categoría de hombre, proceso señalado a profundidad en el capítulo anterior.

Paralelamente, permite evidenciar el aturdimiento generado al interrogar el plano de lo íntimo; pues, en cierta medida, es un proceso que desacraliza la sexualidad humana. Asimismo, cabría señalar como la incomodidad frente al tema



es generada por la implicación de reconocer la existencia de elementos, actividades o situaciones que, son o podrían ser, en algún momento, comunes a todos los humanos; Pese a esto, hay un sentimiento de restricción frente a su verbalización.

Y finalmente, se podría resaltar la pareja como un “condicionante” de los deseos, es decir, el consumo de pornografía entendido, la mayoría de las veces, como un ejercicio solitario por parte de hombres y mujeres, dentro del cual, en cierta medida, se “traiciona” a la pareja, como una infidelidad imaginada, al reemplazarla por otros cuerpos que cumplen la función como detonadores del placer, colmando la insatisfacción generada por la pareja, lo anterior arraigado dentro del imaginario social.

De acuerdo con lo anterior, y respecto al consumo de pornografía como ejercicio individual, una de las participantes en el proceso investigativo planteó:

“En el consumo de pornografía y en la masturbación, no imaginamos que estamos con un hombre, además pareciera que se está dando por hecho, que estas actividades solo se hacen a solas y una también lo puede hacer, lo puede disfrutar, en pareja; sino que eso hay que hablarlo, hay que generar una apertura, pues, es como generar acuerdos o encontrar puntos en común con la pareja” (Participante mujer, 32 años)

Ahora bien, en este punto, sería oportuno reconocer y desmenuzar el título del presente capítulo “-homo pornograficus-” el cual se propone, no como una burla, sino como un “juego de palabras” que busca reducir el efecto de la tensión generada por el tema a abordar; así, la primera palabra -homo- pretende recoger lo abordado en el primer capítulo, donde se discutió la neutralidad del hombre como representante de lo humano, es decir, esta primera palabra, recuerda, no el homo como especie, sino como hombre, como sujetos generizado.

Por otro lado, -pornograficus- aparece como una proposición del consumo de pornografía, que, además, rememoran al Homo economicus o al Homo ludens, como construcciones literarias, los cuales sugieren elementos alrededor de los



cuales giran los humanos; estos nombres, sin duda, aparecen como un paralelo a los Homo rudolfensis, Homo erectus, Homo habilis, Homo neanderthal, etcétera. Por tanto, el título pretende señalar al hombre en función de, o alrededor de, el consumo de pornografía. De acuerdo con lo anterior, constituye también una “sátira” a la concepción social del varón, donde se enaltece como único sujeto consumidor de pornografía, y esta hace parte de su transición individual como hombre. Lo anterior desarrollado con mayor profundidad en el capítulo dos.

Ahora bien, en este punto resulta preciso señalar la definición de pornografía, descrita en las primeras páginas del presente escrito, utilizada como eje de investigación; para ello, resulta pertinente retomar lo planteado por Andrés Barba y Javier Montes (2007) quienes sugieren que la pornografía debe ser entendida como un producto que representa la sexualidad humana y que, por una razón u otra, genera sensaciones placenteras, sin embargo, es menester recordar el carácter heteronormativo de la investigación, y a partir de éste es abordada la construcción de masculinidad. Pese a esto, resulta fundamental resaltar que la pornografía no existe per se, sino que este calificativo está dado por la relación que se establece entre un individuo y la imagen, lo anterior será retomado más adelante, por ahora resulta preciso señalar los trabajos de Octavio Paz (1993), George Bataille (1997), Antonio Úsuga y Omar Hernández (2012) en torno al tema.

Por tanto, resulta oportuno resaltar algunas intervenciones desarrolladas en el ejercicio investigativo, por ejemplo, uno de los participantes plantea las motivaciones diferenciadas para acceder a la pornografía, así:

“Sí, uno la sexualidad la va conociendo solo, a medida que va creciendo, y ahí la pornografía juega un papel importante porque uno mira cosas para aprender, porque uno es muy curioso; y ya en la adultez a mí me parece que los hombres vemos pornografía como para desfogar, como para liberar esos deseos, es como muy animal, por eso uno no está pendiente de la actriz, es solo como por desfogar. Mientras que las mujeres si lo pueden ver más como por una fantasía, para ver hombres y excitarse.” (Participante hombre, 42 años).



En respuesta a lo anterior, una de las participantes plantea: “sí claro, uno ve pornografía y se masturba, pero no tiene nada que ver con la pareja, porque una cosa es la autosatisfacción y otra es la insatisfacción” (Participante mujer, 32 años); en esta misma línea, otra de las participantes señala: “hay cuestiones de tiempo y espacio donde uno no puede estar con la pareja, entonces hacerlo solito es normal, eso no implica que haya una infidelidad o que una desee estar con otra persona” (Participante mujer, 17 años).

Estas voces, evidencian el contraste en torno al consumo de pornografía, al ofrecer una muestra de los supuestos construidos por hombres y mujeres sobre el encuentro con ésta; pues más allá del hedonismo, se despliegan una serie de comportamientos, regulaciones y expectativas que, contribuyen al establecimiento de imaginarios, los cuales median las relaciones entre sujetos; es decir, los participantes indagados resaltan algunos imaginarios generados alrededor del consumo de pornografía por parte de ellos o ellas respectivamente, por tanto es preciso generar una reflexión en torno a estos estereotipos, para reconocer la forma en la cual influyen en la construcción subjetiva e intersubjetiva; lo anterior será retomado en profundidad más adelante.

Ahora bien, en aras de precisar un poco más el panorama sobre el consumo de pornografía, aunque sin ánimo de constituir una apología o una denuncia moral, resulta innegable considerarlo como un fenómeno sin precedentes en la historia de la humanidad, pues, según cifras de Pornhub⁷, en el año 2015 “sus visitantes consumieron 87.849 millones de videos, que suman un total de 4.392 millones de horas de reproducción. Esto equivale a 12 videos vistos por cada humano que habita en el planeta.” (Semana, 2016)

Lo anterior, adquiere aun una mayor relevancia, si nos percatamos que estas cifras corresponden solo a una página (Pornhub), dentro del millar de páginas destinadas o utilizadas, a la distribución de pornografía. Es decir, estamos ante un vasto universo, inagotable, inalienable, diverso, infinito...

⁷ Página de internet dedicada a la distribución de pornografía, disponible en es.pornhub.com



Entre tanto, se podría señalar como, en palabras de (Posada, 2009):

La pornografía es inconmensurable, hay para todos los gustos, es un universo paralelo y por eso, su censura resulta ridícula. Según Google Trends -un servicio estadístico de Google que muestra los términos más buscados en internet-, los países que más buscan la palabra “sex” son ultrareligiosos y tienen prohibido su consumo, como Pakistán y Egipto. (p.,14)

De acuerdo a ello, resulta pertinente reconocer como la pornografía inunda, se desliza por los intersticios sociales, y aflora en la cotidianidad de cada individuo, el humor es un perfecto ejemplo de ello, además sería oportuno retomar a Juan Antonio Suarez (2003), quien sugiere como la imagen (pornográfica) se vuelve especialmente virulenta, al estar en los círculos de la cultura comercial; en otras palabras, es la “normalización” de imágenes sugestivas a través de las lógicas publicitarias, la que facilita su reproducción, su apertura social.

Dentro de este vasto universo, resulta preciso señalar, como el ejercicio de la clasificación permite a los individuos filtrar o depurar aquello que les resulta más placentero consumir, es decir las categorías expuestas en el interior de una página dedicada a la distribución de pornografía, posibilita a los sujetos que la visitan, encontrarse de manera más “pura” con sus deseos; en este sentido el trabajo de Christian Orgaz y Javier Rujas Martínez (2010) ofrecen un provocador artículo alrededor de las categorías de clasificación de la pornografía en internet, donde señalan tres elementos fundamentales para dicho ejercicio, las personas, las acciones y el contexto.

Así, se podría resaltar cómo los cuerpos son seccionados o publicitados de manera fragmentada, por ejemplo, categorías como: “tetas”, “tetas grandes”, “culos grandes”, “milf”, “morenas”, etcétera, están inmersas dentro de las lógicas de los cuerpos, aunque solo se presente o se resalte una porción de este; paralelamente se presentan categorías como: “sexo oral”, “orgias”, “anal”, “gang bang”, etcétera, que sugieren acciones concretas que se desarrollan dentro de los

videos, y finalmente aparecen categorías como: “lugares públicos”, “escuelas”, “auto”, “cocina”, “piscina”, etcétera, que referencias los lugares o el contexto en el cual se desenvuelve la película; para ilustrar el punto anterior, se presenta la imagen a continuación, tomada del “catálogo” de Pornhub⁸:



Ilustración 14: Elaboración propia. “Cátalo porno”. Grupo de Discusión – 2017

La imagen anterior ilustra solo una pequeña porción del gran universo de categorías que se presenta al interior de una página destinada a la distribución de pornografía; para una mayor claridad y una definición precisa de cada categoría se sugiere acercarse al Diccionario arbitrario del porno de Simón Posada (2009).

⁸ Disponible en <https://es.pornhub.com/categories>, consultada el 25 de noviembre de 2017

De acuerdo con lo abordado, se planteó un ejercicio al interior de los grupos de discusión que consistió en que cada participante “creara” a partir de una serie de fragmentos corporales dispuestos, como lo ilustra la siguiente imagen, los cuerpos que deseen ver o consuman habitualmente en videos pornográficos, y posteriormente contrastarlo con la realidad de cada uno, el resultado del ejercicio será presentado en los últimos apartados del presente escrito.



Ilustración 15: Elaboración propia. “El cuerpo que deseo”. Grupo de Discusión – 2017



La actividad planteada no presento ningún inconveniente en torno a la “continuidad” de los cuerpos, como si, en cierta medida, se estuviera acostumbrados a concebir un cuerpo como una suma de partes susceptible de ser fraccionada, o a partir de ciertos atributos puntuales. Es decir, esta fragmentación destinada al goce, implica negar la posibilidad de constituir un sujeto en el otro. Lo anterior será retomado más adelante, por ahora solo se señalará la naturalización de la “deshumanización” del cuerpo, es decir la relación sujeto-objeto que envuelve la pornografía y su consumo, en el plano individual, íntimo y afectivo.

Sin embargo, y como en todo proceso de clasificación, la arbitrariedad juega un papel determinante, pues no son categorías preexistentes o presentes en la naturaleza, sino que se forman a partir de la cultura; además, resultara complejo determinarlas en toda su extensión, ya que un solo video puede contener varias categorías en sí mismo.

En este sentido, parte del ejercicio propuesto con los participantes consistió en narrar de forma escrita para ellas y oral para ellos, cualquier episodio, recuedo o fantasía porno, que se pudiese enmarcar dentro de las categorías sugeridas en la imagen a continuación.

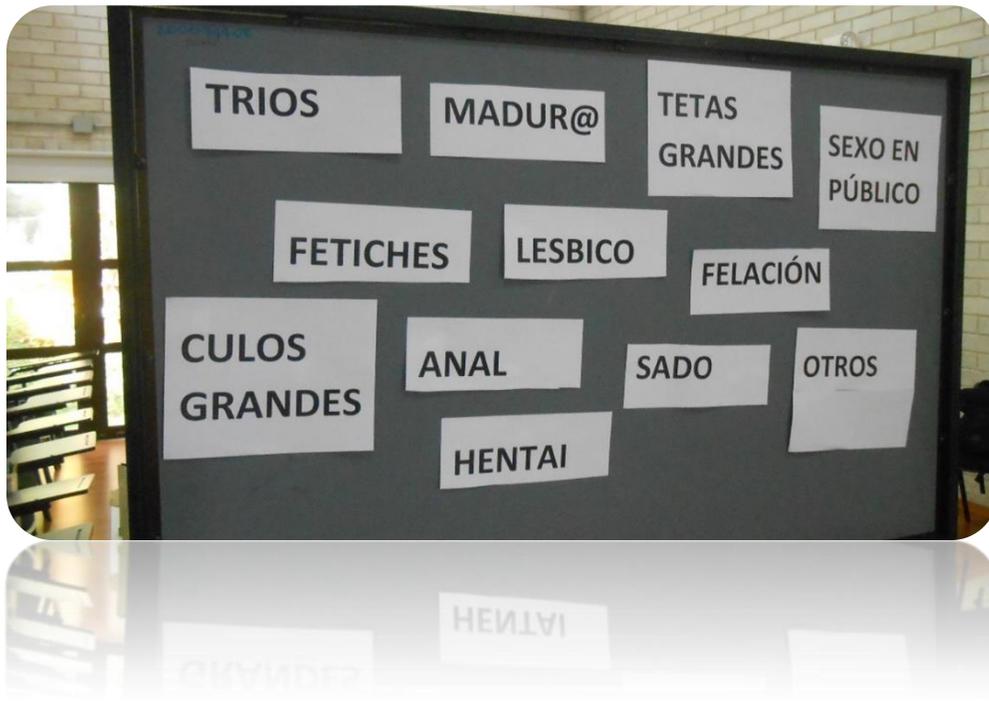


Ilustración 16: Elaboración propia. “Categorías porno”. Grupo de Discusión – 2017

El ejercicio narrativo permitió evidenciar, en cierta medida, como las categorías funcionan como puntos de referencia, pues todas las historias narradas envuelven en si misma varias categorías.

En el marco del ejercicio planteado anteriormente, solo un varón (Participante hombre, 22 años) se atrevió a narrar la historia, que parte de una fantasía o un recuerdo, la cual se transcribe a continuación:

Por fin nos conocíamos, habíamos hablando durante varias semanas pero jamás me había atrevido a verme con ella, hasta ese día y por iniciativa de ella por fin la tenía al frente, su cabello rubio hasta las nalgas, una sonrisa tan linda que casi hacía que mis ojos se desviarán de su escote pronunciado, y a pesar de que me parecía que su estatura era muy baja, su cuerpo lo sentía perfecto, y es que piel suave y blanca hacía que mi corazón se acelerara mientras la acariciaba con los ojos cerrados y mis labios sobre los suyos, el beso más excitante que alguna vez me habían dado, en especial porque



siendo el primer día que nos veíamos, ya su mano acariciaba mi pene por encima del blue jean y la mía se encaminaba hacia arriba por su pierna, sin noción alguna del tiempo, ni cómo avanzaba, mis dedos ya estaban moviéndose dentro de su vagina, sintiendo su humedad, su calor, ahí, en el séptimo piso de la torre de mi apartamento, donde cualquier persona podía subir o bajar, nos dejamos llevar y después de poner la protección, ya la tenía moviendo sus nalgas hacia delante y hacia atrás mientras la penetraba y apretaba sus senos y ella entre jadeos y suspiros me decía que le encantaba y yo sabía que por la forma en que esa mujer se movía, debía ser mía para siempre.

Vemos pues como el relato anterior, ofrece una riqueza en detalles alrededor del cuerpo, los gestos, movimientos, sonidos, etcétera; además se describe con mayor precisión el cuerpo de la mujer y todo el proceso desarrollado en el acto sexual, el cual despliega los sentidos, el tacto, el oler, los sonidos, la humedad, entre otros. Tanto así, que finalizado el relato el (Participante hombre, 42 años) señaló: “yo me lo imaginé todo mientras hablaba, porque habían muchos detalles”.

Ahora bien, el ejercicio narrativo de las mujeres contó con una mayor rigurosidad sobre el contexto en el cual se desarrolló la historia, ya fuese recuerdo o fantasía, en un cine, el mar, un bus, entre otras. A continuación, se rescatan los relatos desarrollados:

La (Participante mujer, 32 años) compartió:

Julio de 2010.

Cine Vizcaya.

Un día fuimos al festival de cine colombiano de 2010 a ver ~~la~~ ~~pe~~ una película ^{→ ~~una~~ ~~película~~} que no pudieron presentar por errores técnicos, en contraprestación a ésta pusieron un documental aburridorísimo de Violenta Parra al que casi nunca quiso entrar.

Decidimos darle una oportunidad al documental pero fracasamos en el intento...

En vista de que el teatro estaba oscuro y casi solo pasó lo que tenía que pasar...

Una vez que se dio fin a la sesión...
El grupo de teatro estaba oscuro y casi solo pasó lo que tenía que pasar...
Una vez que se dio fin a la sesión...

Ilustración 17: Elaboración propia. "Mujer cuenta su escena 1". Grupo de Discusión - 2017

A su vez la (Participante mujer, 17 años) comentó:

SAPO (La hermanita) ☺

Yo llegué a la casa de mi mejor amigo, allí estaban el hermano de 10 años, la hermana de dos y el. El le dijo a su hermano que entretuviera a la hermanita y nosotros nos fuimos a la pieza de el a dormir, el cerró la puerta y nos acostamos; El me abrazó, fue raro porque el no es de demostrar Cariño. En medio del sueño que teníamos nos comenzamos a besar y yo me puse encima de el y comencé a moverme lentamente pero el cada vez me apretaba más duro ... de un momento a otro el estaba sobre mí ~~o~~ a horcandome, yo no sé si gemía del placer o del dolor pero me sentía bien; Luego me apretaba muy fuerte la cintura y pues yo me quería quitar y el me apretaba más fuerte pensando que yo solo le seguía el juego. Realmente yo no sé si le estaba siguiendo el juego o era real que me sentía mal, porque yo le dije en dos veces que parara y el se quitaba pero yo lo volvía a buscar. hubo un momento en el que yo lloré, No me salían las lágrimas ni expresiones de llanto pero lo hacía internamente, el lo notaba. Yo reía, gritaba, gemía, lo apretaba, lo lamia, lo besaba... Cuando terminamos, ~~se~~ nos ventilamos un rato para no salir sudados donde los niños y ya. Ahora no somos amigos. La hermana le dijo a la mamá de el que estábamos encerrados y que yo me reía y gritaba. A el le prohibieron llevarme mientras ella estuviera en casa. La otra semana estuve llena de morados, no era capaz de mover el cuello del dolor y mi abdomen y piernas me dolían... pero al rasar me... Sentía acct.

Ilustración 18: Elaboración propia. "Mujer cuenta su escena 2". Grupo de Discusión - 2017

Así mismo la (Participante mujer, 21 años) expuso el siguiente relato:

* Adrenalina Pura.

04/03/17..

Era la primera vez que salía del país, yo estaba muy enamorada. Creía que me iba a casar y a tener hijos con él, por eso estaba tan emocionada al saber que iba a viajar a su lado. Nuestros encuentros sexuales siempre habían sido en su cuarto, en el mío, o en el de algún motel. Yo estaba recalcante cuando nos encontramos en el centro para tomar el bus al aeropuerto, así que no aguanté las ganas y le hice sexo oral en la última banca del bus, casi que todo el viaje hasta Rionegro. Estábamos muy contentos por lo que estaba sucediendo, así que en el avión también lo hicimos, era muy tarde y las luces estaban apagadas. Como era un lugar en el que nadie nos conocía nos aventuramos a hacerlo en varios sitios públicos, ~~como~~ (teniendo la precaución de que no nos fueran a ver), como en la playa, en el "Cristo redentor", en un teleferico... Salirse de la monotonía fue muy divertido.

Ser arriesgada me ha traído mucha adrenalina a mi vida.



Por su parte la (Participante mujer, 23 años) comento:

*Estabamos el 9 de mayo de paseo por los lugares más bonitos de la isla, de pronto llegamos a una playa en medio de un barrio tradicional, el lugar estaba muy solo y era algo acobardante, nos metimos al agua, conversamos, nadamos y de la nada nos acercamos, empezamos a besarnos, tocarnos y disfrutar el uno del otro. En medio del romance llegan a la playa unas personas habitantes del sector, nosotros nos incomodamos un poco, pero él ya estaba muy excitado y no dejó la situación así, es por eso que siguió con el juego de manos y una cosa llevó a la otra... tuvimos sexo en el mar con personas al alrededor.

Sexo en el mar con personas al alrededor.
Sexo en el mar con personas al alrededor.

Ilustración 20: Elaboración propia. "Mujer cuenta su escena 4". Grupo de Discusión - 2017

Y finalmente, el ejercicio permitió explorar otros géneros literarios, así, la (Participante mujer, 55 años) compartió el siguiente poema:

Poema:

Camino polvoriento trocha en el desierto
automovil. en neutro.
tetas al viento
Sacar la cabeza por la ventanilla.
desde atrás el retrovisor. empañado.
y ese man peliamarillo rociandome
la espalda cual regadera de jardín....
otra vez metale primera y segunda
arranque pues... .

Ilustración 21: Elaboración propia. "Mujer cuenta su escena 5". Grupo de Discusión - 2017

Vemos pues como el ejercicio permitió, en cierta medida, calibrar las diferentes formas en que hombres y mujeres perciben, no solo la pornografía, sino los encuentros sexuales; además, se resalta una cierta negación, incomodidad o "incapacidad" para describir el acto sexual y nombrar algunas partes del cuerpo, en este sentido los relatos ofrecen fragmentos como "y pasó lo que tenía que pasar"; "una cosa llevó a la otra y tuvimos sexo".



De acuerdo con lo anterior, y coincidiendo con lo planteado por Helen Fisher (2001), las formas de la pornografía o por lo menos su imaginario, en relación a los gustos en el consumo, varían entre hombres y mujeres, por tanto, la pornografía ha experimentado un cambio de acuerdo con las demandas de las mujeres, en esta medida, es posible encontrar hoy, un mayor número de escenas en torno al preámbulo, y contextualización de los vídeos, además de una linealidad argumental que, si bien sigue siendo pobre, podría resultar más interesante o atractiva para el público femenino. En otras palabras, es resaltar estos cambios en la producción de pornografía como apertura hacia nuevos públicos.

Retomando, los escritos desarrollados por las mujeres, generosos en extensión, ofrecieron detalles sobre el contexto, lugar, hora, personas que estaban allí, quién era el otro, etcétera; pero, al abordar el coito, se reduce a las frases expuestas con anterioridad, como si hubiese un impedimento para reconocerlo, para nombrarlo. Por otro lado, en el relato masculino se ofrecen muy pocos detalles acerca de quién es la otra persona, sin embargo, se precisa más en la descripción del lugar donde se desarrolla el encuentro sexual, además, hay una mayor profundidad en torno a los detalles que envuelven la relación sexual, atravesada por los sentidos, los movimientos, pensamientos y percepciones del encuentro.

Ahora bien, la propuesta metodológica en la cual los varones compartieron de forma oral sus relatos y la mujer de forma escrita, surge de lo planteado por Morant, R., Peñarroya, M. & Tornal, J. (1998), quienes exponen como las mujeres en su proceso de subjetivación están inmersas en el universo de la oralidad, mientras que, en los hombres este proceso no es tan claro, pues ellos están sumergidos en estructuras más “rígidas” evidenciadas en los juegos, la milicia, incluso reuniones de amigos; lo anterior también aparece en el trabajo desarrollado por Elisabeth Badinter (1987) y Helen Fisher (2001), al sugerir una estructura de pensamiento lineal para los varones y en red para las mujeres.

Así, el ejercicio consistió en remover a los individuos de su zona de confort, y por ende generar un proceso de autoreconocimiento, en el cual, para los varones,



implicó identificar la incomodidad o “incapacidad” de hablar del consumo de pornografía en público, como adultos que comparten fantasías, es decir, allí brota los miedos de ser considerados como unos “minusválidos sociales”, como unos incapaces de satisfacer o desarrollar sus fantasías, más aun, aflora un miedo constante, como se señaló en el segundo capítulo, al retorno juvenil o infantil.

Entre tanto, es menester resaltar la actual mediación tecnológica como la posibilidad de “masificar” el consumo de pornografía, pues como se evidenció con anterioridad, los niveles de consumo hoy a escala global desbordan toda lógica. Cabe añadir, además, como el consumo de pornografía ha mutado en relación a lo que se consume, es decir, hace algunos años la pornografía tenía lugar en otros escenario y su acceso solo era posible para algunos, a partir de, revistas, salas de cine x, DVD, entre otros, los cuales constituían las plataformas de acceso a ella, por tanto, este acceso estaba marcado por las dinámicas propias de la industria, no por los gustos o deseos particulares, en otras palabras, se consumía la pornografía que se tenía a la mano. Hoy, en cambio, con las diferentes plataformas tecnológicas, cada persona puede depurar a razón de sus gustos, los diferentes contenidos y acceder de manera inmediata a miles de videos e imágenes particulares, definidas bajo categorías.

Paralelamente, también es pertinente señalar como la pornografía ha cambiado, dentro de su estructura misma, hoy, las formas bajo las cuales se producen videos e imágenes, y en general material pornográfico, son menos furtivos que antes, no se realizan, si es que alguna vez se realizaron, en un callejones oscuros y clandestinos, como lo imagina una parte de la sociedad más conservadora. En este sentido, una actriz porno entrevistada en el marco de la investigación señala:

“No, todo es súper profesional, vos tenés tu contrato por filmar una película o una escena, ahí está todo especificado, nadie te obliga a nada, el precio siempre se acuerda y contás con todos los exámenes de salud como para disminuir los riesgos, te pagan los viáticos, etcétera” (Participante mujer, 23 años).



Más adelante afirma:

“Claro que eso es depende de la productora, yo solo he trabajado con Santa Latina, con Cristian y Andrea⁹, ellos ya son muy reconocidos, son muy serios, y hacen las cosas muy bien, entonces eso da confianza” (Participante mujer, 23 años).

Así pues, la tecnología ha modificado las formas de producción, distribución y consumo de pornografía, hoy, existen muchas más posibilidades de relacionarse con esta, de acuerdo a ellos (Zapata, 2012) recuerda que: “Hablar del comercio de sexo virtual, puede ser para algunos algo inconcebible, pero para otros seres humanos a escala mundial hoy, es una forma de generar ingresos” (p., 7).

Lo anterior comprende un universo también igual de amplio, pues el fenómeno de las webcams ha crecido notablemente, esto se podría deducir a partir de la oferta de páginas que ofrecen el servicio, asimismo, el número de personas que ejercen dicha profesión y el incremento en el número de consumidores. En relación a esto uno de los participantes varones señala:

“A mí en lo personal, me gustan más las páginas de sexcam, porque son como más reales, pues son mujeres que uno puede encontrar en la calle, no es el estereotipo de la modelo porno, sino que es una mujer más normal, aunque nunca he pagado por un show, siempre los veo gratis.” (Participante hombre, 25 años).

Asimismo, (Zapata, 2012) señala:

Para empresas y particulares que trabajan en la industria pornográfica, el sexo virtual es a su vez, una manera de generar ganancias en tiempo inmediato con una estrategia comercial fundamentada en una gran variedad

⁹ Productores colombianos de pornografía, con un amplio recorrido, para más información se sugiere revisar “Días de porno, historia de la vida breve del porno en Colombia” de Simón Posada (2009).



de cuerpos que se ofertan a miles de consumidores que en tiempo real tienen la posibilidad de revisar un “catálogo de cuerpos en línea” sin tener que desplazarse físicamente y pagan por experiencias sexuales interactivas. (p., 7)

De acuerdo con lo anterior, los shows por webcams o los servicios de webcams, han reconfigurado la pornografía, pues permite la interacción directa, y en tiempo real, de los espectadores con los actores, de acuerdo a ello una modelo webcam entrevistada expone:

“Uno ahí no gana de cuerpo, ni nada, gana más de simpatía, de hablar, de conversar, de ser buena gente, generalmente los hombres quieren que uno hable con ellos, pues como una exclusividad y eso es lo que uno explota; por ejemplo, cuando yo empecé no sabía casi nada, yo no tenía experiencia sexual, ni nada, pero para que le vaya bien a uno ahí es más de hablar. A mí lo que más me gusta es que, aunque todos me ven nadie me toca” (Participante mujer, 23 años).

Por tanto, el panorama de las webcams abre un horizonte inmenso dentro de las lógicas de la pornografía, para dar cuenta de la magnitud del asunto, habrá que recurrir a un artículo pintoresco de la revista semana, escrito por Daniel Rivera Marín (2017) quien sugiere que “en Colombia hay unas 25.000 modelos conectadas, de los cuales el 10% son hombres”, es decir no es una realidad aislada en el país, sino que comprende un fenómeno extenso y masivo; lo cual, ha suscitado el interés de diferentes líneas del conocimiento, entre las cuales destacan la antropología y la sociología, en este sentido los trabajos de Ani Lady Zapata (2012) y Diego German Romero (2014), ilustran este punto.

Sin embargo, la reflexión que plantea el presente escrito, centra su atención no en el acceso a la pornografía, es decir los mecanismos sociales que impulsan a los sujetos varones a sumergirse en el consumo de pornografía, abordaje ofrecido en un interesante trabajo desarrollado por Diego Germán Romero (2014), sino, en cómo media, cómo incide este consumo en la construcción de masculinidad, en el encuentro con la sexualidad y en el despliegue de las relaciones sociales, afectivas e íntimas.



Ya que, como lo señala Fabián Sanabria-S (2004) la pornografía constituye un tema de interés para el quehacer antropológico en tanto producción cultural, la cual produce mitos y ritos que a su vez reproducen el orden social de lo “normal”, por tanto, esta reproducción mantiene y en ocasiones amplía las brechas de desigualdad entre hombres y mujeres, legitimando relaciones sociales, afectivas y sexuales. Asimismo, erige o fortalece estereotipos alrededor de la corporalidad, sobre lo que es representado para desear.

En consecuencia, reconocer la pornografía como un dispositivo y el consumo de pornografía como una variable presente en el proceso de intersubjetivación masculina y femenina, brindará la posibilidad generar una reflexión, no solo en términos académicos, sino personales, pues el ejercicio investigativo pretendió motivar a los sujetos participantes a redescubrirse, a reconocer cómo las dinámicas sociales, en las cuales están inmersos, inciden en su forma de ser y habitar el mundo como hombres; lo cual permitirá generar una deconstrucción y reconfiguración de las formas en las cuales se han establecido las relaciones y construcciones intersubjetivas. Asimismo, generar un acercamiento sobre la forma en la cual hemos aprendido a sobrellevar la sexualidad, individual y colectiva, como condicionantes del despliegue de las subjetividades.

3.1 Erotismo y pornografía

El acto erótico se desprende del acto sexual: es sexo y es otra cosa.
(Paz, 1993, p., 13)

Es menester, en este punto del escrito, generar un breve acercamiento, a una discusión que ha suscitado el interés de diferentes esferas del conocimiento, como la filosofía, la historia, el arte, entre otras, a saber, la distinción, los límites, entre: erotismo y pornografía.

El ser humano es un ser erótico, aunque la tesis anterior parezca apresurada, el erotismo ha acompañado a los humanos en su trasegar como individuos



sociales, una muestra de ellos son las innumerables pinturas, grabados, esculturas, templos e incluso dioses, dedicados a la sexualidad humana, a la representación explícita del coito o de los genitales, masculinos y femeninos; en este sentido el libro *"Erotica Universalis"* de Gilles Néret (1994) contiene una serie de imágenes de diferentes épocas y latitudes que ilustran el punto anterior.

Supuesto lo anterior, es preciso señalar que, siguiendo lo expuesto por Octavio Paz (1993), el erotismo, involucra todos los sentidos, parte del rito y la simbología que rodea la actividad sexual humana, pero no se limita en ella. Por tanto, las imágenes ofrecidas por Gilles Néret (1994) deben ser comprendidas como parte de la cultura, de la sociedad que las produce, tal como sucede hoy con la pornografía; el erotismo entonces, se entrelaza con la sexualidad, que, a su vez contiene las relaciones coitales establecidas con los demás, pero, trasciende estas relaciones, pues involucra y aturde todos los sentidos; inventa: poemas, ceremonias, rituales, carga de símbolos un encuentro biológico, sexual.

Dicho esto, resulta pertinente señalar que muchos de los grabados, esculturas y templos, no fueron elaborados para la excitación sexual, sino para su contemplación, adoración, tributo, e incluso para el aprendizaje y la estimulación de sumergir a los individuos en los encuentros sexuales, en otras palabras, estos lugares y objetos son catalogados como eróticos porque envuelven en sí mismos, parte de la mística, de la simbología, de las regulaciones y permisividades culturales que acompañan el encuentro sexual entre humanos.

Ahora bien, para seguir ahondando en el fenómeno erótico, es fundamental recurrir a George Bataille, quien en su ensayo *"el erotismo"* (1997), plantea como el erotismo se erige en la cima del espíritu humano, pues, así como la conciencia hacia la muerte, es exclusivo de lo humano, es decir, allí radica la diferencia entre la vida animal y humana, en la conciencia hacia la muerte, y allí es tangible la diferencia entre la sexualidad animal y humana.

Por tanto, el erotismo constituye un fenómeno exclusivamente humano que, implica, la estimulación o aglomeración de los sentidos, lo que, siguiendo lo expuesto por George Bataille (1997), conlleva a establecer una similitud con lo



sagrado, pues trasciende lo corporal y genera una apertura hacia un horizonte infinito de posibilidades de realización. Paralelamente, aparecen los conceptos de continuidad y discontinuidad, al señalar como la individualidad es finita, medible, discontinua, mientras que sumergirse en el otro, implica encontrar continuidad, no solo biológica, sino también reconocimiento del otro, es decir, trascender la individualidad.

Asimismo, el fenómeno erótico implica o se caracteriza por sumir al sujeto en un estado de éxtasis, de excitación, en el cual pierde el control del propio cuerpo; en otras palabras, esta perturbación altera su comportamiento normal, racional; lo anterior, también es desarrollado por Octavio Paz (1993), en consecuencia, la trasgresión juega un papel fundamental en la concepción del fenómeno erótico, en dos direcciones, la primera, expuesta con anterioridad, transgredir la conciencia alterando el control de sí mismo, y la segunda, infringir las normas sociales que dictan la “normalidad”, por tanto, el erotismo escapa a toda lógica racional y se aloja en la subjetividad, como algo etéreo.

Finalmente, valdría la pena llamar la atención sobre cómo el erotismo permite al humano realizarse y ratificarse como tal, es decir, insertarse en el engranaje social, conlleva reconocer las diferentes lógicas sociales que regulan las relaciones e interacciones interpersonales, dentro de las cuales se tramitan los deseos y se normatiza el despliegue erótico, lo cual posibilita la convivencia como humanos dentro de un colectivo; lo anterior desarrollado en mayor detalle en el capítulo dos.

Dentro del marco anterior, la pornografía podría considerarse como un acto de resistencia de lo erótico dentro de cada sociedad, pues, existe a pesar de las regulaciones y restricciones imperantes; por ello, la diversidad presentada en el universo pornográfico contiene los elementos que, culturalmente son construidos y considerados como eróticos, es decir, como elementos que trascienden la normalidad y su visualización o consumo profanan las normas sociales.



En este sentido, varios participantes del proceso investigativo señalaron, al ser indagados sobre las diferencias entre erotismo y pornografía que, “Para mí el erotismo es más seductor, no tiene que mostrar nada de manera explícita pero aun así puede excitar” (Participante hombre, 22 años); otro de los participantes manifiesta, “Yo creo que lo erótico uno lo encuentra más fácil en el arte, como en las pinturas, en lugares que pueden ser abiertos, como museos, mientras que la pornografía es más íntima” (Participante hombre, 51 años).

Por tanto, la pornografía podría ser entendida como la representación explícita de un encuentro sexual humano, con el fin de producir placer en los espectadores, como si estuviera destinada a despertar los instintos más primitivos, animales, en los humanos; sin embargo, la visión anterior podría reducir la concepción de la pornografía a escenarios burdos o grotescos, donde no se consideran los diferentes elementos tangibles y simbólicos que aparecen como detonadores del placer y que, moldean, en cierta medida, la construcción de imaginarios individuales y colectivos alrededor del placer en un encuentro sexual.

En otras palabras, la pornografía no es animalidad o desfogue en estado puro, su producción ha obedecido líneas propuestas por los sistemas económicos, políticos y sociales imperantes para cada época y lugar específico, de ahí su “diversidad” y mutaciones en el tiempo; aunque claro, habrá que señalar que es una diversidad, entre comillas, pues, su producción sigue, en la mayoría de los casos, lógicas falocéntricas y androcéntricas, expuestas en diferentes trabajos a partir de una postura feminista, en este sentido se resalta el trabajo *“Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros”* de Carlos Eduardo Figar (2008) en el cual expone como la pornografía podría constituir un elemento de subversión para propiciar el cambio en la construcción y relaciones hegemónicas de género.

Pese a ello, en la retina de algunos de los participantes, la pornografía se erige como un detonador del placer, como un espacio u escenario dentro del cual caben todas las lógicas y fantasías posibles, pero que, sin embargo, presentan un



espacio neutral para el deseo masculino y femenino, lo que varía, según ellos es la intención con la cual se accede a estos contenidos por parte de hombres y mujeres.

Así, uno de los participantes sugiere como:

“De pronto cuando uno era niño si miraba porno como para aprender y conocer, como para quitar ese miedo de cuando le fuera a tocar a uno, pero ya es muy ocasional las veces que uno ve porno, ya es solo como por morbo, como por desahogar impulsos, por eso uno no ve una película de esas completa, uno lo adelanta hasta lo que quiere ver y ya” (Participante hombre, 39 años)

Siguiendo esta misma línea, otro de los participantes añade:

“Sí, realmente ya uno no busca pornografía, por ejemplo, hay veces que uno está canaliando y ve algo ahí y para y mira un rato, pero uno no lo busca directamente, o por ejemplo al celular, tengo un amigo que me manda mucho porno, a veces lo veo y a veces no, ya se vuelve como muy rutinario porque está en todos lados, entonces uno pierde interés, claro que también depende del estado de ánimo de uno o lo que quiera hacer en el momento, como dijo el compañero eso permite liberar como tensiones” (Participante hombre, 50 años)

Paralelamente, otro de los participantes sugiere:

“Pues yo creo que las mujeres consumen pornografía como para mirar fantasías, para excitarse, o de pronto también para aprender o conocer otras cosas, pero no es una cuestión liberar esos impulsos, como si le pasa a uno” (Participante hombre, 42 años)

Vemos pues, como en el imaginario de estos varones, la pornografía presenta un plano uniforme y neutral, donde la variación gira en torno al sexo del individuo que lo consume; es decir, de acuerdo con lo anterior, aflora la visión “normal” o socialmente aceptada, en la cual los hombres se siguen considerando



en función de lo sexual, del desfogue, y las mujeres continúan siendo consideradas como entes pasivos ante el mismo, por tanto el consumo de pornografía tiene connotaciones diferentes para unos y otras.

Ahora bien, los siguientes dos apartados, últimos por cierto, del presente escrito, contienen la respuesta a una pregunta fundamental dentro del ejercicio investigativo ¿qué sucede cuando se incita a generar una reflexión en torno a los contenidos presentados en la pornografía y cómo ello influye en las percepciones que construimos de nosotros mismos y de los demás? Por ahora, habrá que retomar la discusión entre erotismo y pornografía.

Expuesto anteriormente, aunque no de manera precisa por la naturaleza misma del fenómeno, el erotismo en su extensión contiene a la pornografía, pues allí, en su consumo, también hay una estimulación de los sentidos y, ciertamente, la racionalidad queda en entre dicho por la excitación; sin embargo, la pornografía, recurriendo nuevamente al trabajo de Andrés Barba y Javier Montes (2007), es entendida como un producto que representa la sexualidad humana y que, por una razón u otra, genera sensaciones placenteras; muchos otros autores también comparten esta definición, general del asunto, entre ellos, Diego German Romero (2014), Ani Lady Zapata (2012), Antonio Usuga, y Omar Hernández (2012), Juan Antonio Suarez (2003), Simón Posada (2009), entre otros.

Pese a esto, el fenómeno tiende a complejizarse en la medida que se reconoce la diversidad, casi infinita, de aristas que permiten a una persona sentir placer, es decir, los elementos, situaciones, acciones, etcétera, que pueden excitar, o posibilitar sensaciones placenteras, varían de un individuo a otro. Por tanto, se ha hecho hincapié a lo largo del presente escrito sobre la pornografía abordada, la cual presenta un marco heteronormativo, es decir, encuentros sexuales para el disfrute de varones heterosexuales, dentro de lo convencional, lo anterior será abordado con mayor ímpetu en el siguiente apartado.

Por otro lado, la pornografía, o su concepción cultural parece estar atada a lo vulgar, lo grotesco, aquello que debe estar escondido en las sombras, relegando al



erotismo a las salas o galerías de arte, a los museos, a las pinturas dignas de ser contempladas; en este sentido (Arcand, 1991) indica que:

La acepción corriente define a la pornografía como una representación de cosas obscenas, es decir de cosas que hieren deliberadamente al pudor, el cual es una vergüenza o malestar que una persona experimenta al considerar cuestiones de naturaleza sexual. Si fuera fácil precisar cuáles son exactamente esas "cuestiones" obscenas y de naturaleza sexual de las que habla el diccionario obtendremos finalmente una definición clara de la pornografía." (p., 26)

Esta visión estereotípica, presenta varios inconvenientes, el primero de ellos sería la definición de lo estético, es decir, los parámetros sociales y culturales bajo los cuales los sujetos categorizan algo a partir de su belleza, y segundo, el universo pornográfico, su producción, ha alcanzado importantes niveles técnicos, al punto de ciertos sitios, como, Brazzers, PornDoe, Pornhub, entre otros, ofrecen servicios Premium; asimismo trabajos como los de la directora Erika Lust, quien además realiza porno para mujeres, ofrecen producciones muy bien logradas desde la calidad de la imagen.

Surge entonces un interrogante, por qué la concepción social de la pornografía, ha estado concebida en torno a lo clandestino, lo sombrío, aquello que debe permanecer oculto, aquello que está en los márgenes de la cultura; para dar respuesta a lo anterior habría que echar un vistazo a su historia, para ello, sería pertinente resaltar la definición etimológica de la palabra, "*pornografía*", la cual se deriva del griego *porne*, que significa prostitución, y de *grafos* que significa, descripción o del *graphein*, que significaría escritura.

De acuerdo con lo anterior, la pornografía constituye desde su etimología, en cierta medida, una descripción de la prostitución o de las acciones allí realizadas, más aún se podría intuir que hace alusión a una prostitución femenina y las actividades desarrolladas por estas para el disfrute masculino. Por lo cual, la carga social que se cierne sobre el fenómeno pornográfico es influenciado por los discursos morales que, también han señalado y perseguido las prácticas de la



prostitución como sombrías, grotescas, inmorales, perversas, ilegales, inefables, entre otras; pero que, aun así, están.

En este sentido, vale la pena señalar que la producción de pornografía estuvo, o está, medida por las condiciones sociales, políticas y económicas; al respecto Simón Posada (2009) ofrece un acercamiento a los inicios de la producción pornográfica en el cine, desde Francia en el año 1986, aproximadamente, hasta la época reciente de producción; además, sería pertinente señalar que, en cierta medida, la pornografía como representación de la sexualidad humana, fraguó la concepción normalizadora de la heterosexualidad, condición que, en palabras de (Guash, 2000):

La heterosexualidad es un mito. Una invención. Una patraña. Es un producto histórico y social: el resultado de una época y de unas condiciones sociales determinadas. Porque la heterosexualidad no es universal. Es algo nuestro, occidental, cristiano. Es un acontecimiento de la cultura judeocristiana que sedimenta con la Revolución Industrial y con el Romanticismo, aunque sus orígenes se gestan tiempo atrás. (p., 17)

Por tanto, se podría considerar, que el cambio generado en la producción pornográfica, en lo referido a sus temáticas y narraciones, ha girado en torno a los cambios sociales; ejerciendo, a veces, como bastión de resistencia, un ejemplo de ello es la pornografía gay, como acercamiento y masificación a otras formas de relaciones, lo anterior es señalado en el artículo de Juan Antonio Suarez (2003).

Pese a todo lo dicho, la pornografía escapa a cualquier definición, pues su naturaleza no es estática, es una construcción cultural, y como tal, es diversa, dinámica, fluctuante, muta con el tiempo, obedece, como se sugirió anteriormente, a estructuras políticas, económicas y sociales; por ello, hoy, se podría señalar una mayor riqueza en las técnicas y narrativas que ofrece la producción de pornografía, además, gracias a la expansión tecnológica, han cambiado las formas de hacer pornografía, pero también las formas de consumirla; sin embargo, es menester señalar que aun abundan las producciones amateur, pues debido, precisamente, a



la misma expansión tecnológica cualquiera puede hacer porno hoy, lo cual implica que las relaciones que se tejen dentro del universo pornográfico presentes nuevas variables, las cuales se reinventan o reconfiguran en cada contexto y al pasar de los años.

Así, para precisar una definición de pornografía, habría que abstraerse de ella, es decir, buscar su definición fuera de ella, pues según lo recoge el presente apartado la pornografía no existe per se, sino que su existencia radica en las regulaciones sociales que, marginan ciertas prácticas, elementos, discursos... allí es donde se aloja, pues de no ser así, la pornografía pasaría a convertirse en parte del paisaje “normal o natural” de los individuos; en cierto modo esto ocurre con la publicidad, las redes sociales, etcétera; de ahí la apertura que hoy se genera en torno a la pornografía.

De acuerdo con lo anterior, la pornografía o su definición es otorgada por el medio, es decir, aflora entre la relación de un sujeto con una imagen (video, sonido, etcétera), dicha relación es, mediada por la cultura, la cual ejerce presión, simbólica, sobre ella; en este sentido, Octavio Paz (1993) ahonda en la dicotomía de sujeto-objeto que se genera al interior de la pornografía donde una de las partes (la pornografía o quienes la representan) son deshumanizados, convertidos en objetos momentáneos para la excitación del otro, considerado este último como un sujeto.

Entre tanto, Antonio Usuga, y Omar Hernández (2012) también aportan a la relación entre imagen y espectador, a partir del concepto de *la virtualidad*, como la posibilidad de ser más allá de su presente, como una semilla, y es precisamente lo que ofrece el cine porno, pues se configura como la posibilidad de otra realidad, una realidad donde tienen cabida todas las fantasías y donde se da lugar al despliegue de la sexualidad sin límites, es decir, opera como un trasgresor social y no puede ser definido sin él.

En esta misma línea, (Suarez, 2003) sugiere que “el sexo anónimo y la supuesta deshumanización que conlleva la pornografía (que más bien está en el ojo del censor que niega toda “humanidad” a los que la producen y consumen)” (p.,



127) de acuerdo con lo anterior, la pornografía no existe en sí misma, sino que requiere de un sujeto que la contemple y sea consciente de su naturaleza prohibida, de su acto transgresor, el cual debe desarrollarse en su intimidad o en lugares destinados para ello, y requiere, además, de una sociedad que, catalogue y margine sus contenidos a los márgenes “oscuros” u ocultos de la sociedad.

Ahora bien, qué pasa cuando los sujetos varones navegan por estos márgenes, no solo como experiencia de transición de la niñez o adolescencia hacia la adultez, sino como una práctica frecuente y reconocida; qué implica generar una reflexión a partir del autoreconocimiento; asimismo, resulta oportuno resaltar la voz de un participante en torno a cómo estas márgenes, hoy se presentan cada vez más difusas

“No sé si uno realmente consume pornografía, pues es ésta la que lo invade a uno, ejemplo las redes sociales, uno no está buscando y aparecen imágenes, videos, etcétera; o en la publicidad, en una revista, hay muchas cosas que podrían considerarse pornográficas porque son muy explícitas y aun así no lo son”. (Participante hombre, 22 años).

Vemos pues, como el despliegue de la pornografía se filtra por los intersticios de la cotidianidad, hasta la retina de los sujetos. Por tanto, generar una reflexión en torno a ello, lo que pretenden los siguientes apartados, contribuirá a comprender la forma en la cual esta relación hombre-pornografía incide en las visiones, sentimientos, relaciones, imaginarios, construcciones.... Que los varones hacen del mundo y de la sexualidad propia y ajena.

3.2 Hombres consumiendo pornografía



Ilustración 22: Elaboración propia. “Hombres consumiendo pornografía”. Grupo de Discusión - 2017

Para el desarrollo de la presente investigación, se desarrollaron tres grupos de discusión; dentro de los cuales fueron abordados, de manera paulatina, asuntos referentes al proceso de subjetivación masculina, partiendo por indagar, en el primer grupo de discusión, el significado y las implicaciones de ser varón,



posteriormente, el segundo grupo permitió indagar sobre el despliegue de su sexualidad, heterosexualidad, y finalmente, el tercer grupo posibilitó, a la luz de lo abordado en los grupos anteriores, generar un acercamiento y reflexión en torno al consumo de pornografía, más allá del hedonismo propiciado por esta; de este tercer encuentro surge la imagen anterior, en la cual se puede observar a varios participantes contemplando un video pornográfico, los sustratos de cada uno de los grupos, intervenciones, imágenes, gestos, expresiones... han sido recogidas y dispuestas a lo largo del escrito.

Cabe anotar que en cada uno de los encuentros planeados y ejercicios planteados existía una intencionalidad a priori, sin embargo, no constituían una estructura rígida, es decir, el desarrollo de los grupos fluctuaba entre lo que se tenía planeado realizar y la dinámica particular del grupo, así, varios de los participantes manifiestan:

Los temas han sido muy bien trabajados, es importante que estemos hombres de diferentes edades porque las opiniones cambian mucho, por ejemplo, con la tecnología y la mayor libertad sexual que hay hoy, de pronto uno no sabe cómo eran las cosas antes, entonces uno está más atento y se anima a participar. (Participante hombre, 30 años).

Todo fue muy cómodo, los temas iban saliendo solos, en ningún momento se vio como forzada la conversación, por ejemplo, el tema del sexo, casi que lo comenzamos a hablar solos, hubo muy buena participación de todos. (Participante hombre, 22 años).

Uno se siente muy seguro, porque es alguien que conoce el tema, no está improvisando, sino que se ve que hay una preparación de todos los encuentros, de todos los temas y siempre con mucho respeto, y algo que me gustó mucho era que todo fluía, uno podía hablar de lo que quisiera, no había respuestas malas. (Participante hombre, 50 años).

La sesión fue muy bien llevada, el hecho de no llegar de una al tema (pornografía), sino que primero ir conociéndonos y entrando en confianza,



porque el tema puede ser muy incómodo. (Participante hombre, 51 años). Más adelante afirma: “Yo ni me acordaba de que era el tema por todo lo que hablamos”.

El espacio estuvo muy bien, es muy difícil que se abran espacios como estos, es importante que para un próximo encuentro seamos los mismos participantes ya que este encuentro sirvió para conocernos un poco, entrar en confianza e ir votando la timidez. (Participante hombre, 39 años).

Vemos pues como los asistentes reconocen, al realizar una breve evaluación de las sesiones en las cuales participaron, la importancia de generar estos espacios y otorgan valor a la espontaneidad con la cual surgieron los temas dentro de los grupos de discusión; sin embargo, resulta paradójico que, a los encuentros planteados, acudieran menos de la mitad de los varones invitados, como si existiese cierto temor o resistencia a encontrarse con otros hombres para hablar alrededor de la masculinidad, como si dicha condición estuviese dada o fuese hermética; características que, han sido abordadas en el presente escrito señalando su erosión a lo largo de la historia.

Ahora bien, resultó fundamental para el desarrollo de la presente investigación, dedicar uno de los grupos de discusión, el tercero, para abordar lo referente al consumo de pornografía, cuestión que ya fue señalada con anterioridad; en este sentido, para abrir la discusión en el grupo, se planteó un dialogo con los participantes sobre las formas de la pornografía y cómo se han sumergido en ellas.

De acuerdo con lo dicho, es preciso recordar la definición de pornografía, a la luz de diferentes autores, desarrollada en apartado anterior, dentro del cual se pretendieron dibujar los límites que separan la pornografía y el erotismo, que, para resumir, se podría retomar a (Nieto, 1993) cuando sugiere: “Se dice de la pornografía que reside en los ojos del “mirón”, del observador, y que está delineada por su intencionalidad”. (p., 41) Así pues, estos objetos o manifestaciones no tienen significado en sí mismos, sino que su significado radica



en la relación interactiva de los sujetos con dichas manifestaciones y el marco socio-cultural bajo el cual se desenvuelven.

Por tanto, el presente apartado se construye en aras de generar una hilaridad, desde la narrativa de los participantes, entre: lo que se concibe como pornografía; las formas de ésta; las dinámicas a partir de las cuales se adhieren como sujetos varones a ella y finalmente, indagar las diferentes realidades construidas a partir de allí. En otras palabras, es indagar por el proceso de subjetivación masculina a partir del reconocimiento del despliegue de un dispositivo como la pornografía en la cotidianidad.

Una vez planteado lo anterior, es menester partir de reconocer, aunque de manera breve, los mecanismos a través de los cuales, los varones participantes han accedido a contenidos pornográficos, y en este sentido, indagar sobre las formas de la pornografía referenciadas en su imaginario, es decir, ya no abordar la distinción entre erotismo y pornografía, asunto tratado en el apartado anterior, sino remarcar las formas, formatos, presentaciones en las cuales se materializa la pornografía y hace presencia en la cotidianidad de los sujetos.

Así, todos los participantes coinciden en que fueron impulsados o motivados por otros varones, coetáneos, amigos, compañeros, primos, etcétera; a acceder a materiales con contenido pornográfico; más aún, hay un cierto reconocimiento, incipiente, en que esta motivación no se limita en la pornografía, sino que abarca el despliegue de la sexualidad, en otras palabras, todos los participantes, tímidamente algunos, reconocen que fueron estos círculos homosociales los que fomentaron el encuentro con su sexualidad, a través de conversaciones, comentarios, historias, narraciones, divulgación de imágenes o videos, entre otras.

Así, los participantes señalan:

“Con unos primos nos reuníamos en la casa de uno de ellos y revisábamos enciclopedias de sexualidad y revistas de sexo, mirábamos posiciones y cosas



así... Uno es muy curioso, entonces aprovechaba esos espacios pa' eso"
(Participante hombre, 39 años)

"Por ejemplo yo estudié en un colegio donde solo éramos hombres y un día, alguno llegó con una revista donde habían desnudos (risas)... jumm hermano, eso fue un despelote todos queríamos mirar, tocar, yo por ejemplo nunca había visto algo así". (Participante hombre, 51 años)

"Cuando yo estudiaba nos reuníamos con los compañeros a conversar sobre las películas de porno que habíamos visto, uno iba escuchando e iba aprendiendo cosas y así, además uno veía muy poco esas cosas porque no había internet, eso no es como ahora." (Participante hombre, 50 años)

"Yo me acuerdo de todo lo que uno hablaba con los amiguitos, cuando estaba en el colegio, yo me acuerdo que uno hacía fuerza para que la mamá se fuera, y poder estar solo con la novia para poder hacer las cosas que había escuchado, aunque uno no hacía nada, solo rozarse o tocarse, pero todo con ropa (risas) eso para uno era lo máximo". (Participante hombre, 42 años)

"Yo recuerdo que no tenía intereses en las mujeres, pues era un niño, pero en esas conversaciones con compañeros de colegio empecé a aprender y a entender muchas cosas, de otros que de pronto ya tenían más experiencia, y ahí por ejemplo entendí lo que era la excitación, el sexo, la pornografía, la masturbación, yo llegaba a hacerlo a mi casa a escondidas como para conocer y poder hablar del tema, para no quedarme atrás". (Participante hombre, 25 años)

"Yo por ejemplo en mi trabajo he visto niños, muy chiquitos mirando porno, pero ellos no lo hacen como por excitarse, sino más bien como por conocer eso que está prohibido, es más como la malicia que implica ver pornografía". (Participante hombre, 22 años)

"De pronto ahora uno no habla tanto del tema, lo que si hace es que comparte videos o imágenes, pero eso es uno que es adulto, pero los niños por ejemplo o cuando uno era niño, claro uno buscaba cualquier oportunidad



para ver y compartir, porque el acceso era limitado". (Participante hombre, 30 años)

De acuerdo con las intervenciones anteriores, se podría sugerir como el encuentro con la sexualidad, es en la mayoría de los casos, un aprendizaje empírico, el cual es estimulado por las presiones e incitaciones, generalmente, ejercidas dentro de grupos de congéneres y coetáneos. La idea anterior desarrollada en mayor profundidad en el segundo capítulo.

Sin embargo, resulta oportuno señalar el carácter normativo en el cual tiene lugar el despliegue de la sexualidad, pues la estimulación generada hacia la "búsqueda de placer", hacia la apertura del "apetito sexual", se desarrolla dentro de lo "normal" y por tanto, restringe a los sujetos de reconocer la diversidad y legitimidad del encuentro con el placer; pues, presenta una visión sesgada y parcelada de la realidad, la cual configura un dispositivo que, encamina a los sujetos hacia lo correcto, hacia el deber ser, la heterosexualidad.

Ahora bien, los varones que compartieron los relatos expuestos anteriormente se muestran de acuerdo en que las edades en las cuales se realizan estas primeras inmersiones en torno al descubrimiento de su sexualidad fluctúan de los 9 a los 15 años, cabe añadir que las edades más tempranas fueron sugeridas por los participantes más jóvenes, mientras que las edades más tardías fueron sugeridas por los participantes más adultos; lo cual podría impulsarnos a sugerir como el encuentro con la sexualidad ha ido acelerando progresivamente con el paso de los años, sin embargo, de acuerdo con las pretensiones del presente trabajo este planteamiento no se desarrollada en profundidad.

Asimismo, es pertinente resaltar los mecanismo, las formas, a través de las cuales los participantes comenzaron a incursionar en el mundo de la pornografía, en este sentido se logran identificar ciertas tendencias; por un lado, los asistentes mayores de 50 años, señalan los medios impresos, como revistas, calendarios y almanaques como elementos que les permitieron acercarse a la pornografía; paralelamente, los participantes entre los 30 y los 50 años, recuerdan, además de



los medios impresos, varios medios digitales, como las películas en formato VHS e incluso resaltan el TV como los elementos a través de los cuales generaron acercamientos con la pornografía, en este sentido un participante recuerda: “En televisión uno encontraba cosas, es un porno muy suave como que muestran, pero finalmente no muestran nada, pero uno era entretenido viendo eso” (Participante hombre, 42 años), siguiendo esta misma línea, otro participante sugiere: “Sí, yo recuerdo que había un canal que siempre estaba malo, pero a veces se ponía en azul y era puro porno, y uno se quedaba viendo eso, así fuera todo lluvioso (risas) tratando de adivinar” (Participante hombre, 30 años); por su parte los participantes menores de 30 años comienzan a introducir el internet, el CD y el DVD, como mediadores del encuentro con la pornografía.

Por tanto, se evidencia como la pornografía ha cambiado, no solo en la construcción de su narrativa, o en sus formas de producción, como fue señalado previamente en el capítulo anterior, sino que, además, habría que considerar la transformación y reconfiguración de los mecanismos a partir de los cuales los individuos comienzan a consumir pornografía, pasando de la rigidez e invariabilidad de la imagen, a la interacción en tiempo real con los actores y actrices, e incluso brindar la posibilidad de protagonizar, de ser el propio actor, de una filmación.

Ahora bien, la pornografía no ha mutado solo alrededor de los elementos expuestos con anterioridad, sino que a ello se suma el tiempo y el espacio destinados a su consumo, en este sentido, al interrogar a los participantes en un grupo de discusión sobre el tiempo invertido y los espacios utilizados para el consumo de pornografía, estuvieron de acuerdo en que actualmente la tecnología, el uso de dispositivos como celulares, tablets, computadores, etcétera; incide directamente para que haya una transformación de las dinámicas de consumo, en esta medida algunos de los participantes señalan que:

“Lo que pasa es que ya todo es muy personal, por ejemplo, al celular a mí me llegan muchos videos, yo a veces los veo hasta en el trabajo y se los mando a mis compañeras y compañeros” (Participante hombre, 39 años)



“Es que ya uno no tiene que buscar pornografía, porque en todas partes hay, eso lo invade a uno, entonces uno la puede ver en cualquier parte, eso es celular y audífonos y ya, nadie sabe uno que está viendo”. (Participante hombre, 25 años).

Los anteriores relatos, solo constituyen una pequeña muestra de las afirmaciones expresadas en dirección a señalar como los diferentes dispositivos tecnológicos permiten acceder de manera inmediata, aunque a veces involuntaria, a contenidos pornográficos; dejando de lado todo el “ritual” que implicaba consumir pornografía, al respecto uno de los interlocutores señala:

“Antes uno tenía que reunir valor para ir a comprar o alquilar una película, luego disponerse para verla, fuera solo o en pareja... Hoy el porno te sorprende en cualquier actividad cotidiana”. (Participante hombre, 50 años).

Así pues, los anteriores párrafos recogen de manera muy breve un acercamiento en torno a las dinámicas, edades y motivaciones que encuentran los varones para introducirse en el consumo de pornografía. Cabe resaltar, además, que la pornografía consumida, según lo expresado por los participantes, se perfila dentro de las lógicas de lo convencional, “normalidad” fundamentada en la heterosexualidad.

Sin embargo, para un acercamiento más profundo sobre este fenómeno se sugiere revisar el trabajo de Diego Germán Romero (2014), quien desarrolla todo su trabajo “*X sujetos. Pornografía y masculinidades*” alrededor de las dinámicas, motivaciones, espacios, tiempos, etcétera, bajo los cuales los hombres se adhieren a la pornografía a lo largo de su vida, desde su infancia hasta la edad adulta.

Entretanto, al indagar en el grupo de discusión exclusivo de varones sobre el consumo de pornografía por parte de las mujeres, se evidencia una polaridad en las posturas, pues por un lado se encuentran expresiones, resaltadas con anterioridad, que sugieren como las mujeres son entes pasivos de la sexualidad,



además se resalta la presencia del imaginario romántico de la sexualidad de la mujer, es decir como estas son “incapaces” de encarar un encuentro sexual sin la mediación del sentimiento amoroso o romántico; atributo que, consideran, dentro de estas lógicas discursivas, exclusivo a los varones, la cual se evidencia y legitima en el desborde de su sexualidad.

Por otro lado, hay participantes quienes sugieren que el encuentro y el consumo de pornografía por parte de las mujeres, se desarrolla de manera similar a lo que acontece dentro del universo masculino. Así, dentro de la red de relaciones interpersonales, son motivadas e incitadas a curiosear dentro de la pornografía, más aun, sugieren que no se necesita ninguna influencia directa, masculina, para que las mujeres comiencen a consumir pornografía, sea para excitarse, curiosear, fantasear, aprender, etcétera.

Sin embargo, es pertinente subrayar que la postura, anteriormente expuesta, fue acogida por solo dos de los siete participantes del grupo de discusión, paralelamente otros dos participantes reconocieron que, el cambio generacional, la apertura de los derechos sexuales femeninos y la expansión tecnológica han posibilitado estas nuevas dinámicas, mientras que la realidad vivida hace 30 o 40 años, respalda la postura inicial.

De acuerdo con lo anterior el (Participante hombre, 22 años) sugiere que “ellas son más reservadas... por eso muchos de los hombres ignoran que también consumen pornografía, también se habla de cosas sexuales entre mujeres”; a lo anterior tendría sentido añadirle las presiones sociales que sobre ellas se ciernen, desarrollado en mayor detalle en el capítulo dos del presente escrito.

Según lo dicho, los diálogos generados en el grupo de discusión alrededor del consumo de pornografía por parte de las mujeres, tendieron a polarizarse a razón de la edad de quienes los emitieron; por tanto, los participantes de mayor edad afirmaron que las mujeres incursionaban en la pornografía motivadas, casi exclusivamente, por el aprendizaje; mientras que los participantes más jóvenes, expresaron que en dicha inmersión (de las mujeres en la pornografía) también



estaba presente el placer como motor de búsqueda. Las voces rescatadas en este sentido fueron reproducidas en el capítulo dos.

Ahora bien, pareciera que los hombres, o por lo menos los participantes del presente ejercicio investigativo, fuesen recelosos con el consumo de pornografía, es decir, reclaman como suyo, exclusivo, el consumo de pornografía con fines lúdicos, relegando a las mujeres a interactuar con la pornografía con otros fines; pero, ¿qué motiva a los varones a considerarse dueños del consumo de pornografía? Y más aún, ¿qué encuentran en ello de valioso?

Para responder el primer cuestionamiento, resulta preciso recordar, como se expuso a principios del presente apartado, la forma en la cual los varones llegan a la pornografía, y en esta medida rescatar como han “aprendido” que dicha creación está allí para su consumo, al cual pueden acceder y disfrutar con “naturalidad”, sin restricciones sociales severas; en otras palabras, la legitimidad social generada alrededor de la masculinidad y la pornografía (incluso se podría incluir la sexualidad) han fomentado el imaginario de un mayor derecho, e incluso obligación, que median el acceso a estos contenidos.

Siguiendo esta misma línea, es menester reconocer que los varones no solo han asimilado la pornografía como propia por la legitimidad social que encuentran en acceder a su consumo, sino que, además, resulta fundamental señalar las narrativas bajo las cuales ésta se construye, es decir, las lógicas internas que operan al interior de una película porno y que, finalmente son transmitidas al espectador.

Por tanto, encontramos como las imágenes, que se tejen bajo un marco heteronormativo, presentan como centro del espectáculo a una mujer (o varias) dispuesta a cumplir los requerimientos de un varón, por supuesto hablamos de una pornografía convencional, aquella que es consumida con mayor regularidad; siguiendo esta misma línea, es pertinente señalar que no solo la secuencia de imágenes alimenta la consolidación de imaginarios sino que, paralelamente, los diálogos y situaciones desarrollados en estos espacios sugieren la pasividad femenina, la sumisión, como el deber ser de una mujer en un encuentro sexual.



De acuerdo con lo anterior, es usual encontrar dentro de las producciones *mainstream* situaciones y diálogos que, si bien no son muy poco elaborados, sugieren una disposición permanente por parte de hombres y mujeres, aunque en sentidos diferentes, es decir, al varón se le reclama una disposición constante de tener sexo, no importando el lugar o situación puntual, mientras que las mujeres presentan una breve polaridad, por un lado se representa aquella que aborda al hombre y lo “seduce” para obtener el placer que él le genera, y por otro lado se encarna una mujer que, ejerce una pequeña resistencia a la “seducción” masculina, pero que, finalmente accede a las peticiones del hombre; por supuesto es preciso recordar que hablamos solo de una corriente (heteronormativa y convencional) dentro del vasto universo de producciones pornográficas.

En este sentido el hombre no solo es considerado como la fuente del placer femenino, sino que, además, fundamenta el imaginario en el cual la mujer debe responder afirmativa y positivamente a la “seducción” masculina, de hecho la negativa presentada al inicio del encuentro constituye un elemento que denota mayor interés y ambición en los varones; sin embargo, el argumento anterior, también puede ser encontrado en declaraciones que intentan defender o explicar una agresión sexual, y por tanto es fundamental comprender la naturaleza de estos fenómenos y propiciar una reflexión en torno a ellos.

Ahora bien, una vez resaltadas las actitudes y el desarrollo de los diálogos dentro de una película porno, es preciso centrar la atención sobre el despliegue y la disposición de imágenes, pues finalmente, éstas envuelven por si mismas toda la trama, es decir, no es necesario el audio, o los diálogos para comprender la trama y absorber los elementos simbólicos generada al interior de una película porno.

Así, una película porno convencional, enseña a un actor y una actriz con cuerpos tonificados, ajustados a los parámetros de bellezas imperantes en la sociedad, la cual constituye una “imagen comercial” del cuerpo; por tanto, se resalta la voluptuosidad femenina, centrada en senos, caderas, labios... mientras que, por otro lado, en los varones se resaltan elementos como la musculatura y el tamaño del pene, el cual permanece en erección durante gran parte de la película;



paralelamente, estos cuerpos son acompañados por las actitudes descrita con anterioridad, además toda la película comienza a desenvolverse desde lugares y situaciones inverosímiles, un choque de auto, un arreglo de plomería, una visita al médico, un arresto policial, etcétera.

Tenemos pues los elementos presentes en una película porno, sin embargo y sin ánimo de parecer repetitivo, hay que recordar que se está abordando solo una corriente dentro de la producción pornográfica; en este sentido, es menester resaltar lo expuesto por María Elvira Díaz (Sin fecha) cuando sugiere que la pornografía comercial o *mainstream*, gira alrededor de dos elementos, la espectacularización por un lado y lo convencional por el otro; la espectacularización es encarnada, de acuerdo con Díaz, por los cuerpos presentados al interior de las producciones pornográficas, donde se muestran cuerpos privilegiados, que constituyen el imaginario y fundamentan referentes corporales para hombres y mujeres; sin embargo esta espectacularización encuentra sus límites dentro del marco social de la “normalidad”, en este sentido surge lo convencional, como el elemento de “control” o regulación para la espectacularidad de los cuerpos o situaciones; es decir, las prácticas representadas dentro de una película pornográfica por estos cuerpos espectaculares no trasgreden las normas sociales, por ello no es frecuente encontrar, dentro de la corriente pornográfica que abordamos, hombres que practiquen una autofelación, o una mujer con un clítoris muy pronunciado, o un transexual, o un incesto, entre otros, elementos considerados bizarros por el grueso de la población. En otras palabras, estos cuerpos espectaculares ahondan y reproducen lo “normal”.

Ahora bien, sugerir que la pornografía, o mejor, la corriente pornográfica abordada para generar la reflexión planteada en el presente escrito, presenta una característica heteronormativa, androcentica y falocentrica, implica reconocer el manejo del cuerpo, su codificación, y la representación del placer; en este sentido la siguiente imagen ofrece una serie de relaciones heterosexuales, o más precisamente destinadas para el consumo de varones heterosexuales, reproducidas dentro del universo pornográfico comercial. Así, evidenciamos un encuentro hombre-mujer

(H/M), mujer-mujer (M/M), mujer-hombre-mujer (M/H/M), hombre-mujer-hombre (H/M/H).



Ilustración 23: Elaboración propia. "Porno hetero". Grupo de Discusión - 2017

Sin embargo, estos encuentros no son "espontáneos", sino que envuelven en sí mismos una serie de elementos simbólicos que, permiten reconocerlos como androcéntricos y falocéntricos; en otras palabras, la categoría heteronormativa, surge a partir de concebir el encuentro de ciertas relaciones como detonadores del placer masculino heterosexual; en esta medida es androcéntrico porque constituye al hombre, al placer masculino, como finalidad última; y en este sentido es falocéntrica porque es el hombre reducido al pene o en ausencia de un varón un elemento fálico que lo represente.



Así, para ilustrar lo expuesto anteriormente y adentrarnos en la codificación de los cuerpos y la representación de los placeres dentro de una película porno, es preciso contemplar las cuatro imágenes expuestas en la figura anterior, allí encontramos como la relación H/M el cuerpo de ella no es mostrado en su totalidad, solo se resaltan sus senos y su boca como puntos erógenos, mientras que el cuerpo masculino es reducido a su pene, esta codificación envuelve gran parte del universo pornográfico; ahora bien el encuentro M/M comprende una paradoja, pues si bien es un encuentro homosexual, o lésbico para usar un término preciso, no es concebido como tal, pues allí no prima el placer de la mujer, sino que dicha relación es representada para provocar la excitación de un hombre (espectador), paralelamente habría que señalar la importancia de la presencia de un dildo o cualquier representación fálica alrededor de la cual, las mujeres despliegan todo su juego erótico y sin el cual resulta difícil, por lo menos en el imaginario colectivo, visualizar un encuentro sexual; en este sentido varios participantes del proceso investigativo manifestaron, al contemplar un dildo y su papel dentro de una dinámica porno:

“Se ve que lo disfruta, ella como que cree o se imagina que está con un hombre de verdad” (Participante hombre, 42 años)

En respuesta a lo anterior, una participante señala:

“Puede haber placer sin hombre, puede haber placer sin imaginar a un hombre; la idea de que una se masturba pensando en un hombre devela el imaginario de que una verdadera relación sexual debe ser con un hombre. Es como si la masturbación fuera un intento de, pero no llega a” (Participante mujer, 21 años)

Vemos pues como hay un cierto egoísmo del placer, como el acceso a éste, opera en diferentes medidas para hombres y mujeres, aunque en una estructura vertical; ahora bien, con el ánimo de ilustrar aún más la erotización de un encuentro lésbico concebido en pro del placer masculino, resulta fundamental señalar el resultado de un trabajo desarrollado al interior de un grupo de discusión

exclusivo de hombres, en el cual se les pidió a los participantes armar los cuerpos que desearan ver en la pornografía, en esta medida el (Participante hombre, 22 años) desarrolló el siguiente trabajo:



Ilustración 24: Elaboración propia. "El cuerpo que deseo 1". Grupo de Discusión - 2017



El participante sugiere que ambas mujeres entablan una relación lésbica lo cual reconfigura el ejercicio planteado, pues los demás participantes solo habían creado el cuerpo de una mujer, solo mujeres, ninguno se había atrevido, hasta ese momento, a elaborar una figura masculina; además en el marco del dialogo desarrollado mientras se iba ejecutando el ejercicio uno de los participantes manifestó: “Sí, las lesbianas son lo mejor, yo casi no veo escenas con hombres, sino así, con dos mujeres, o dos mujeres y un hombre ¿yo para qué voy a ver otro pene?” (Participante hombre, 25 años)

Por su parte el encuentro M/H/M constituye, pareciera ser, uno de los fetiches o fantasías masculinas por excelencia, pues así lo indican las voces manifestadas por los participantes, un ejemplo de ello (Participante hombre, 39 años) quien manifiesta:

“Mi fantasía sexual es estar con dos mujeres, nunca la he podido realizar, pero es algo que si me gustaría mucho” (Participante hombre, 39 años).

Casi todos los participantes, y de hecho casi todos los varones, comparten esta fantasía, cabe señalar que dentro de esta relación el contacto entre ambas mujeres está “permitido” y de hecho allí recae gran parte del placer para un hombre; en concordancia a lo anterior y siguiendo lo expuesto por María Elvira Díaz (Sin fecha), Elisabeth Badinter (1993), entre otros; esta fantasía cumple una función muy específica, al permitir a los hombres probarse a sí mismos, y ante los demás, lo suficientemente machos que son, y por ello el despliegue de su sexualidad es suficiente para satisfacer a un gran número de mujeres de una sola vez, es, sin más, la demostración de capacidad, de virilidad.

Finalmente, la relación H/M/H, encarna varios elementos simbólicos que se entretajan en una película porno de estas características, heteronormativa, falocéntrica y androcéntrica; el primer elemento a resaltar es la mujer como eje central del encuentro, sobre la cual tiene lugar gran parte del interés de la cámara, pues ella representa el placer desmedido generado por dos hombres.



Paralelamente la imagen planteada sugiere una realidad, una prohibición, que prima en este tipo de encuentros, y en todos los encuentros donde haya más de un varón, y es la lejanía que debe haber entre los cuerpos de los varones, es decir evitar el roce con el cuerpo de otro hombre y asimismo evitar el contacto de sus fluidos, en esta medida se fortalece la idea de la mujer como centro del espectáculo alrededor del cual los hombres giran sin contacto entre ellos; en este sentido es preciso retomar a María Elvira Díaz (Sin fecha), cuando sugiere como entre los actores se evita al máximo este tipo de contactos o cercanías con el pene de otro actor, a razón de su desprestigio como actor heterosexual, símbolo de hombría y virilidad absoluta, al estar en cercanía a otro pene o a un fluido que lo pueda sodomizar o feminizar.

Asimismo, se enaltece el sometimiento de la mujer, o en palabras de Díaz, la estética de la violencia, la cual resalta la dominación de la mujer al capricho de dos varones, quienes ejercen el control durante todo el encuentro; esta espectacularización de la violencia, es bien recibida por muchos varones quienes, encuentran en estas dinámicas de dominación un ejercicio efectivo de poder.

Ahora bien, esta fragmentación corporal realizada al interior de la pornografía representa la homogenización de los puntos erógenos de las mujeres, reduciéndolos a caderas, vagina, senos, y boca; mientras que el punto erógeno masculino es reducido casi exclusivamente al pene. Por tanto, reconocer el consumo de pornografía resulta problemático para los varones, en el sentido de concebir una excitación al ver otro pene en la pantalla, lo anterior relacionado al miedo profundo del hombre hacia sus pares, ilustrado en párrafos anteriores en los actores porno e ilustrado también en uno de los capítulos anteriores al abordar las separaciones tramitadas por los varones y el miedo latente a la homosexualidad.

De acuerdo con lo anterior, a continuación, se rescatan varios trabajos realizados por varones en el marco del ejercicio que consistió en crear los cuerpos que disfrutaban ver en la pornografía.



Así, el (Participante hombre, 22 años) desarrolló el siguiente collage y resalta que existe una diferencia entre las películas o videos que consume y su intimidad, dicha diferencia radica en la actitud de su pareja y no en lo corporal, pues afirma que “Mi pareja es demasiado sumisa, a mí me gustaría que ella tomara la iniciativa de vez en cuando”.



Ilustración 25: Elaboración propia. "El cuerpo que deseo 2". Grupo de Discusión - 2017
Por su parte, el (Participante hombre, 42 años) desarrolló el siguiente collage
y resalta la importancia de poderse imaginar allí con aquella creación.

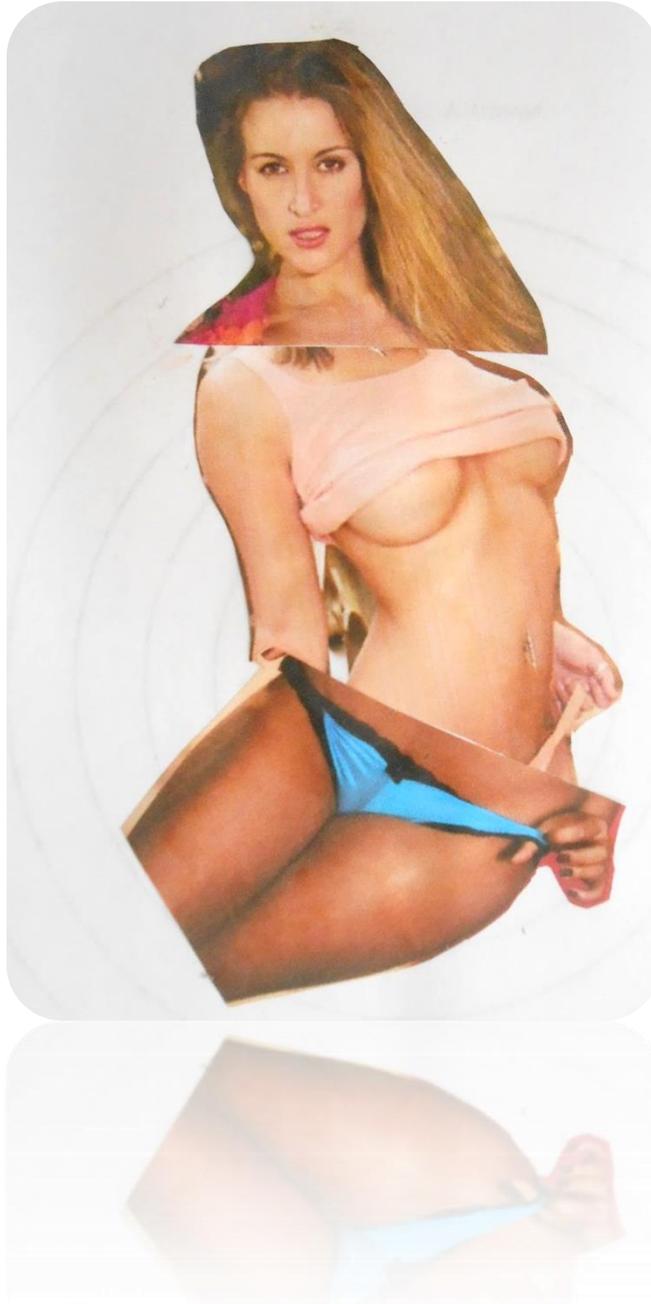


Ilustración 26: Elaboración propia. "El cuerpo que deseo 3". Grupo de Discusión - 2017

Entretanto el (Participante hombre, 51 años) desarrolló los dos siguientes collages, y resalta la importancia de considerar ambos cuerpos como un todo, es decir, no concebirlas como partes de cuerpos unidas sino como mujeres enteras, en este sentido, y realizando un paralelo con su pareja, manifiesta: "yo a ella la veo

ahí, una mujer integra, delicada, muy hermosa... además es la mamá de mis hijos y merece todo el respeto”.



Ilustración 27: Elaboración propia. “El cuerpo que deseo 4”. Grupo de Discusión – 2017

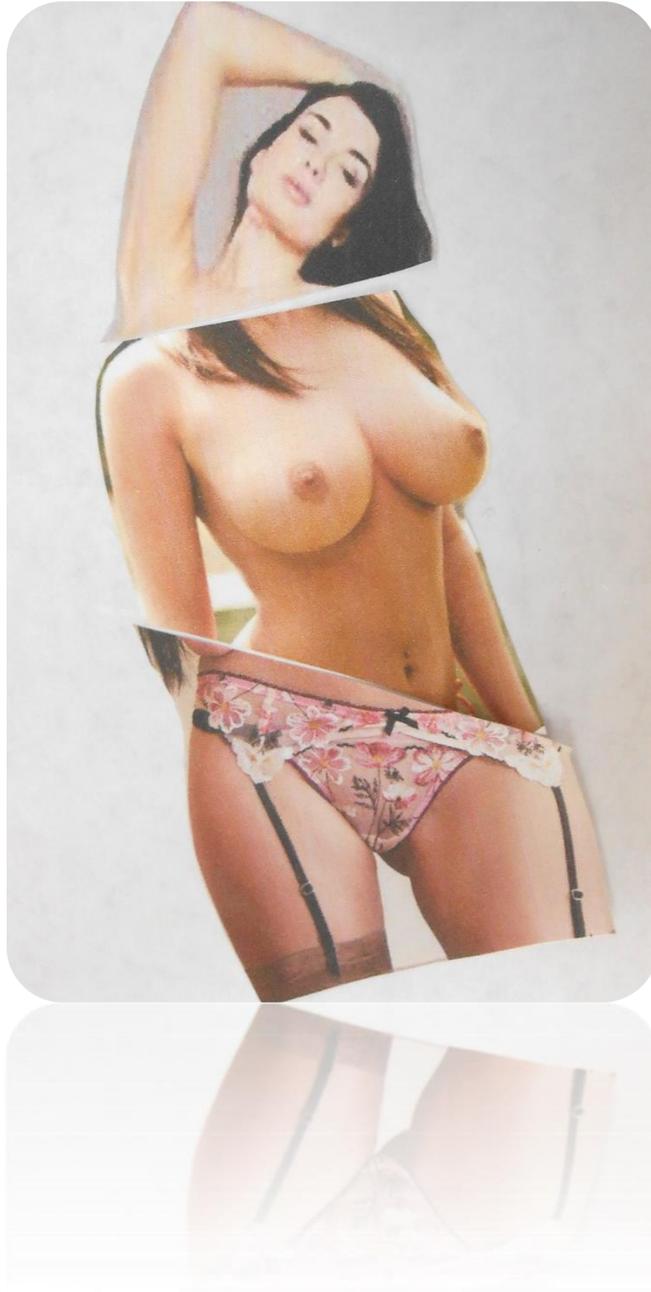


Ilustración 28: Elaboración propia. "El cuerpo que deseo 5". Grupo de Discusión - 2017

Vemos como todos los participantes, solo "crean" mujeres, lo cual podría interpretarse como un intento de demostrar su heterosexualidad al resto de participantes, en las imágenes expuestas anteriormente encontramos mujeres

“compuestas” por diversas partes de cuerpos, todas están completas (cabeza-tronco-piernas), cuya importancia será resaltada un poco más adelante; por ahora es preciso señalar el reconocimiento de la mujer, por parte de los participantes, como el foco central, casi exclusivo, de la pornografía. Sin embargo, uno de los (Participante hombre, 42 años) también desarrolló el siguiente collage:



Ilustración 29: Elaboración propia. “El cuerpo que deseo 6”. Grupo de Discusión – 2017



Nótese la posición en la cual están colocados los cuerpos, pues no están, como en trabajos anteriores de pie una al lado del otro, sino que intentan realizar una posición (69) bastante usual en la pornografía comercial; en este sentido el (Participante hombre, 42 años), creador del collage, sugiere que: “Es que uno como hombre no se puede quedar quieto, se tiene que mover y ponerla a hacer cosas a ella”. Es decir, ese cuerpo no está allí ubicado por casualidad, sino que cumple una función específica dentro de las lógicas de la imagen que, al mismo tiempo niega la presencia del pene por sí mismo, al atribuirle una función. Paralelamente es fundamental resaltar otros atributos del cuerpo masculino, como la musculatura, y el tamaño del pene.

Ahora bien, la imagen anterior nos introduce al reconocimiento, por parte de los participantes, de la presencia de varones en películas pornográficas; en este sentido es preciso recordar la distinción bajo la cual es representado el cuerpo y el placer en hombres y mujeres, para ello la imagen a continuación, resultado del trabajo realizado por el (Participante hombre, 39 años), ilustra la codificación asimétrica de los cuerpos.



Ilustración 30: Elaboración propia. "El cuerpo que deseo 7". Grupo de Discusión - 2017

Vemos pues, como este participante no se "toma la molestia" de desarrollar el cuerpo completo del varón dentro de la escena, sino que la presencia de este es sugerida solo por su pene; sin embargo, esta visión de un encuentro pornográfico no es gratuita, pues constantemente en las producciones pornográficas, las cámaras se encargan de enfocar a la mujer en el centro de las escenas y el hombre, es un elemento adicional que gira a su alrededor, muy similar y "coincidentalmente" como lo expone el autor, (Participante hombre, 39 años), del trabajo anterior.



De acuerdo con lo anterior, o paralelo a ello, la representación del placer es remarcada de forma diferente para hombres y mujeres, así, en las mujeres se resalta el rostro, con muecas de dolor y placer, los gemidos y quejidos, sumamente sonoros, y de manera reciente el *squirt*, una práctica que ha ganado espacio dentro de estas producciones como codificación del placer femenino, el cual, claro está, es causado por la interacción con un hombre o su representación fálica.

Por su parte la representación del placer masculino es reducida, casi exclusivamente a la eyaculación, la cual tiene ciertas condiciones para que se produzca, como si estuviese envuelta en un cierto marco que la acompaña. Así, en una producción *maistream*, la eyaculación va acompañada de gemidos y sonidos por parte del varón que “reflejan” el gran placer que está sintiendo, paralelamente, ésta eyaculación se realiza sobre el cuerpo de la mujer, casi nunca es realizada dentro de la vagina u otra cavidad, y es descartado por completo el condón para estas escenas, por tanto, el espectáculo se realiza sobre los puntos erógenos de la mujer, senos, caderas, boca, rostro, entre otros; a lo cual la receptora reclama con desesperación y posteriormente celebra. Cabe resaltar que, las escenas de este tipo, generalmente, cierran la película; es decir, el fin último del desarrollo de la película, de los diálogos, historia, encuentros, etcétera, es la eyaculación masculina como el placer en estado puro. En esta medida uno de los participantes sugiere que “Todas las películas terminan así, sino es como si faltara algo y uno queda como incompleto” (Participante hombre, 25 años).

Ahora bien, la fragmentación y representación de los placeres no es un proceso aleatorio, ni al azar, es un proceso consiente desarrollado por quienes dirigen las producciones pornográficas, pues, retomando lo planteado por a (Díaz, s.f.)

El hecho de que los rostros de los actores no aparezcan ante las cámaras o lo hagan eventualmente, explican los directores, es una estrategia para que aquel hombre que está observando la película detrás de la T.V., pueda

imaginar que ese pene es suyo, pueda colocar su propio rostro y subjetividad en ese miembro penetrador y espectacular. (p., 3)

De acuerdo con lo anterior y rescatando a continuación uno de los trabajos realizado por uno de los participantes, se podría calibrar la dimensión de la absorción de las lógicas y discursos de la pornografía; pues al inicio del ejercicio se pidió a los participantes que crearan los cuerpos que disfrutaban ver en la pornografía, a lo cual el (Participante hombre, 42 años) creó el siguiente collage:



Ilustración 31: Elaboración propia. "Mi cuerpo en el porno". Grupo de Discusión - 2017



Es menester señalar que el trabajo anterior fue realizado de manera posterior, aunque en el mismo grupo de discusión, a los trabajos desarrollados en las figuras 28 y 29; es decir, paulatinamente los participantes se fueron atreviendo cada vez más a recrear cuerpos masculinos, al punto que, el (Participante hombre, 42 años) decidió recrear un cuerpo masculino en solitario, como lo enseña la imagen anterior.

Sin embargo, y retomando la hilaridad del escrito, éste no es un cuerpo masculino cualquiera, pues al indagar a su creador comentó: “ese soy yo en la pornografía, pues a mí me gustaría ser así todo tallado, tener buen cuerpo, para poder conquistar más y hacerlo mejor” (Participante hombre, 42 años); en otras palabras, este sujeto desborda la subjetividad en ese cuerpo “penetrador y espectacular” como lo diría María Elvira Díaz (Sin fecha).

Ahora bien, es preciso reconocer que la pornografía no solo reproduce una serie de cuerpos, sino que, además, está atravesada por los movimientos de quienes la ejecutan, aunque para ser precisos, más que movimientos, habría que resaltar las actitudes de hombres y mujeres que tienen lugar dentro del universo pornográfico, dichas actitudes envuelven las acrobacias, las miradas, las palabras, las intenciones, las personalidades, las caricias, el deseo....

Según lo dicho anteriormente, y siguiendo el desarrollo del presente escrito, la pornografía, en su forma estereotípica, permite o presenta, dependiendo de la óptica bajo la cual se mire, un performance de la sexualidad femenina, del deseo femenino, pues allí se le permite salir de su rol pasivo y demandar abiertamente sus deseos.

Detengámonos un momento en la consideración anterior, para generar un pequeño paréntesis aclaratorio, cuando sugiero que la pornografía presenta o permite un performance, de acuerdo al enfoque con el cual sea abordado, considero dos aristas del fenómeno, por un lado, encontramos la postura en la cual se presenta a la mujer como víctima, pasiva, del yugo de la producción pornográfica al -presentarla- como un objeto de placer; y por el otro lado la noción



de como la pornografía puede constituir, o constituye, una herramienta sobre la cual las mujeres pueden construir y desplegar su sexualidad.

En este sentido, es oportuno señalar lo sugerido por Carlos Eduardo Figar (2008), quien en su artículo *“Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros”*, sugiere como la pornografía, en cierto modo -permite- un proceso de subversión o resignificación de las sexualidades tradicionales-estáticas; paralelamente encontramos otra postura, muy propia de los inicios del feminismo en los años 80, donde la pornografía constituye un dispositivo de violencia contra la mujer en tanto la cosifica, para ahondar en esta discusión Gabriela Castellanos (2016) ofrece un muy buen escrito sobre ambas posturas.

Retomemos entonces el tema de las actitudes producidas al interior de una película porno a la luz de lo planteado anteriormente, resulta complejo trazar una línea rígida que defina y separe ambas posturas; ya que el asunto se problematiza cuando consideramos como la pornografía, si bien posibilita una performance de la sexualidad femenina, la cual puede ser utilizada como un elemento de subversión o herramienta de emancipación de su sexualidad, también presenta un riesgo al virilizarla, es decir, el deseo femenino representado y limitado bajo los cánones del deseo masculino, asumiendo claro, que socialmente se ha construido y legitimado una sexualidad femenina pasiva.

De acuerdo con lo anterior, y siguiendo la línea del escrito resulta oportuno señalar lo planteado por (Díaz, s.f.) cuando indica que:

De la misma manera que los actores se presentan como machos hiper-viriles, las actrices performan súper-fémeas. Sus figuras son exuberantes, las ropas y el maquillaje que utilizan refuerzan idearios aceptados de feminidad. Al mismo tiempo, en el sexo, ellas trasgreden actitudes que tradicionalmente y de manera esencialista han sido identificadas con las mujeres: carácter y gestos dóciles, delicados y hasta indefensos. Desde el lugar que les es otorgado, el del femenino (en el sentido del pasivo/penetrado), ellas practican un sexo irreverente, con agencia, diciendo en voz alta lo que desean y cómo lo desean. Usando expresiones performativas como “dale”, “mete”,



“fuerte”, “más”, explicitan sus placeres y desafían los patrones de inocencia con los cuales ha sido idealizada la sexualidad de la mujer. (p., 6)

Sin embargo, esta figura de supe-femeas resaltada en la cita anterior, resulta bastante particular, pues si bien de entrada pareciera que la actitud de las actrices sugiere una liberación en torno a su sexualidad mediante la expresión libre de sus deseos; no obstante, al agudizar la vista se podría señalar como paralelamente, este desborde de sexualidad femenino es realizado en pro del placer masculino, es decir, las actrices gimen, gritan y se mueven, de acuerdo a lo que el varón (al otro lado de la pantalla) demanda ver, escuchar y sentir; es como si el deseo masculino se disfrazara, se revistiera de un engaño, que resalta el placer de la mujer como finalidad de la producción pornográfica.

Cabe añadir que las posturas anteriormente señaladas, en la práctica, no son herméticas, ni se excluyen la una a la otra; sino que coexisten, y lo hacen por la diversidad de miradas bajo las cuales se puede contemplar este fenómeno. Así, por ejemplo, encontramos la voz de un participante quien sugiere que:

“Los tiempos han cambiado, a veces veo pornografía con mí pareja, de ahí hemos aprendido cosas, ella a veces ve sola y luego me muestra o me cuenta varias cosas que le llamaron la atención o que le gustaría que intentáramos, ya hay como más libertad en ese sentido, porque yo no me imagino antes una mujer diciéndole eso a un hombre, ya hasta ellas mismas se lo piden a uno”.
(Participante hombre, 39 años)

Siguiendo esta misma línea, lo planteado por Gabriela Castellanos (2016), podría contribuir al argumento del disfraz, expuesto hace algunos párrafos, pues al analizar la figura de la *dominatrix* resalta que es:

Un cuerpo generalmente enfundado en cuero negro, rodeado de elementos como látigos, gorras militares, cadenas, taches y otros elementos que recuerdan instrumentos de tortura (...) Aun cuando a primera vista este tipo de representaciones parecería poner a la mujer en el papel dominante, si nos detenemos a analizar el tratamiento que se le da al tema se hace claro que



es el goce del varón masoquista, más que el de la mujer sádica, el que aquí se propicia. Una vez más el papel de la mujer es el de propiciar, estimular, servir al placer del hombre, independientemente de si existe o no placer para ella. (p., 56)

En esta medida, el deseo masculino, o su representación pornográfica, presenta un cierto egoísmo, pues desconoce, o mejor aún, menosprecia los deseos del otro en aras de generar una auto-satisfacción; en este sentido es bastante reiterativo escuchar comentarios de varones que sugieren como ellos no realizan sexo oral a cualquier mujer, pero, están dispuestos a recibir una felación casi por cualquier mujer; es bastante recurrente también escuchar manifestaciones que afirman: “Eso o, así es como les gusta” al percibir un encuentro sexual agresivo; en otras palabras, hay una construcción a priori del encuentro con la sexualidad del otro, que tiende a homogenizar sus deseos y a enclaustrarlos dentro de los propios deseos masculinos.

Ahora bien, resulta importante considerar que paralelamente al reconocimiento del consumo de pornografía, existe una negación latente a reconocer la masturbación como una práctica desarrollada en la edad adulta. En otras palabras, aunque todos los participantes reconocieron consumir pornografía como una práctica cotidiana, ninguno reconoció de manera directa o abierta el ejercicio de la masturbación, ninguno reconoció que al contemplar un video pornográfico se baja los pantalones y se dispone a realizar esos menesteres... Es el miedo constante a la regresión, a ser catalogados nuevamente como niños o como impedidos, idea desarrollada a profundidad en el capítulo dos.

De acuerdo con ello, María Elvira Díaz (Sin fecha), retomando lo planteado por (Foucault, 1991) en relación al niño masturbador como uno de los sujetos perversos del siglo XVIII, señala como esta práctica, la masturbación, es bastante recurrente dentro del universo pornográfico, es allí donde se hace pública, mientras que en el plano de lo cotidiano se sigue considerando un elemento infantil o pervertido en la edad adulta; asimismo, el trabajo de Thomas W. Laqueur (2007) señala como, hasta hace muy poco, a los niños se les amenazó con ceguera,



parálisis, pelos en las palmas de las manos, entre otros; como posibles efectos de jugar consigo mismos.

Por tanto, podríamos señalar como, si bien en la actualidad la masturbación no está catalogada como una enfermedad, aún existen muchos mitos socialmente contruidos a su alrededor, al punto de considerarla una patología, que no solo afecta el plano psicológico como una perversión, sino también el plano físico, como se señaló anteriormente.

Siguiendo esta misma línea, la pornografía y la masturbación también envuelven un cierto temor al trasgredir, mediante ciertas prácticas, la moralidad social e individual, a razón de considerarlas una patología, sumado además al miedo a la regresión hacia la infancia señalado previamente. En consecuencia, la pornografía constituye un elemento dicotómico, o por lo menos la forma en la cual es percibida por los varones participantes.

Así, por un lado, sugieren como disfrutan ver en la pornografía diferentes escenas, posiciones y movimientos particulares, los cuales quisieran y en ocasiones manifiestan haber replicado; sin embargo, es recurrente escuchar manifestaciones en las cuales sienten una incapacidad de desarrollar estas prácticas con su pareja (esposa); en este sentido algunos de los participantes señalan:

“Yo a mi esposa la respeto mucho, cómo le voy a pedir eso a ella, eso son cosas que uno de pronto haría con otra mujer por ahí, pero con la esposa no” (Participante hombre, 51 años).

“Sí, donde yo le pida una cosa de esas me echa, por degenerado, me pide el divorcio, con ella siempre ha sido todo muy dentro de lo normal”. (Participante hombre, 32 años).

“Yo exploré y viví muchas cosas, pero fue antes de casarme, ya con ella si no me atrevo a pedirle ciertas cosas” (Participante hombre, 50 años).



Encontramos pues una cierta dicotomía creada por los varones alrededor de la imagen de la mujer como -la santa y la puta- en la cual la pareja u esposa es merecedora de un “respeto” en el ámbito sexual, es decir, con ella no se desarrollan ciertas actividades que, socialmente se considera, podrían ofender o deshonar la moralidad del otro; dicha visión pudorosa de la sexualidad es heredada de una corriente religiosa, lo cual no será abordado en profundidad, sin embargo resulta oportuno señalarlo.

Por ende, encontramos como estas dos figuras, la santa y la puta, hacen presencia dentro de la sexualidad de un hombre, pero difícilmente son performadas por la misma mujer, claro que hay parejas que lo realizan, pero ello será abordado más adelante; por ahora resultaría interesante señalar como los participantes conciben la pornografía como un elemento exclusivamente masculino, y en esta medida, el despliegue de la sexualidad también como un atributo masculino, el cual debe permanecer oculto a las mujeres, es, en cierta medida, un egoísmo erótico, que envuelve la construcción de esta dicotomía, pues son concebidas como categorías femeninas (la santa y la puta), pero construidas al margen de ellas, una construcción exclusivamente masculina que enclaustra las subjetividades femeninas.

Ahora bien, al indagar por la similitud encontrada por los participantes entre un encuentro pornográfico y un encuentro íntimo con su pareja afloran comentarios como:

“Pues a mí me gustaría que mi pareja fuera más propositiva, que sea ella la que tome la iniciativa, ella siempre está dispuesta a todo lo que yo le haga, además la puedo tener cuando yo quiera, entonces eso aburre” (Participante hombre, 22 años).

“Yo la comparo de pronto con este video, porque a ella le gusta así, durito, que arda un poquito, duro pero bueno” (Participante hombre, 42 años).



“Todo con ella debe ser muy amoroso, muy respetuoso, nuestra vida íntima ha sido muy buena, pero todo dentro de lo normal” (Participante hombre, 51 años).

En este orden de ideas se podría plantear como la pornografía constituye una válvula a través de la cual se depuran algunos de los deseos masculinos, los mismos que no “pueden” desarrollar con sus parejas por el temor a los señalamientos antes descritos, en este sentido uno de los participantes añade:

“Es que no es insatisfacción, sino que permite disfrutar de otras cosas, pero sin caer en la infidelidad” (Participante hombre, 22 años).

Más tarde otro participante señala:

“Sí, eso no es infidelidad, porque uno no está deseando a otra mujer, sino lo que está haciendo, por eso uno adelanta a lo que quiere ver y ya” (Participante hombre, 39 años).

En consecuencia, y como se ha hilvanado a lo largo del presente escrito, la pornografía comprende todo un dispositivo, que no solo permite el encuentro con los placeres, sino que además legitima las relaciones íntimas y sociales tejidas por hombres y mujeres; en la cual los varones se realizan y absorben una serie de valores que regulan el encuentro con la sexualidad, propia o ajena; se dibujan lineamientos para el deber ser de hombres y mujeres que, de una forma u otra, trascienden de la pantalla, sale de la retina de los espectadores, y se cuela hasta la cotidianidad de los individuos, interactuando de manera constante con los procesos de subjetivación.

3.3 Hombres consumiendo pornografía: una narrativa de mujeres

Como se ha evidenciado a lo largo del presente escrito las mujeres también tuvieron una participación activa en la presente investigación, pues, como se resaltó desde el inicio del escrito la categoría de género debe ser entendida como el resultado de las relaciones sociales, las cuales abarcan por supuesto a hombres y mujeres.



De acuerdo con lo anterior, las voces de las participantes han sido rescatadas a lo largo del escrito, en esta medida, al indagar por la expansión de la pornografía, respecto a sus niveles de consumo, y de acuerdo a lo evidenciado con grupos exclusivos de varones, donde se reconocen la pornografía como un fenómeno presente en la cotidianidad, varias de ellas reconocieron, sin ningún tipo de temor que consumen o han consumido pornografía, incluso en su edad adulta; caso contrario a lo ocurrido con los varones y señalado en el apartado inmediatamente anterior.

Así, las participantes señalaron mediante un dialogo varios aspectos alrededor de la pornografía:

“Hace visible lo invisible, eso que está escondido culturalmente y de lo que no se puede hablar, la pornografía lo pone ahí... además trasforma nuestros cuerpos, porque ya comenzamos a concebir ciertos gestos o ciertas partes del cuerpo como pornos”. (Participante mujer, 28 años)

“También ayuda a explorar y conocer muchas cosas, por ejemplo, antes de tener sexo yo veía pornografía, porque quería saber y conocer e inconscientemente uno termina reproduciendo esas cosas, lo cual no es del todo bueno porque a veces es muy machista, muy para el deseo masculino”. (Participante mujer, 21 años)

“Sí, eso por ejemplo puede ser un problema, porque yo me acuerdo que una vez cuando estaba niña, por error, vi como una publicidad de una película porno en el centro, y eso me traumó, yo no podía creer que una cosa tan grande le cupiera a uno por ahí, pues es que eso (la pornografía) es muy grotesco, lo que pasa ahí es muy diferente a la intimidad de uno” (Participante mujer, 32 años)

“Sí, eso es diferentes porque finalmente está vendiendo un tipo de cuerpo ideal, y unas maneras particulares de hacer las cosas, pero qué pasa por ejemplo con los cuerpos que no encajan, yo me pregunto mucho eso”. (Participante mujer, 17 años)



“Y no solo eso, por ejemplo, yo siempre escucho que hablan que la pornografía cosifica a la mujer y le hace sentir temor de su cuerpo y todo, pero un hombre también debe sentir cosas, por ejemplo, cuando se compara con un actor o qué pasa, qué piensas, qué sienten, cuando no se les para”. (Participante mujer, 55 años)

“Además, a mí me parece que la pornografía restringe conocer al otro, porque como que estandariza todo; entonces si ven que a una mujer le gusta que le toquen los senos de una forma va a hacer eso con todas, pero no, puede que a alguna no le guste que la toquen de esa forma, sino de otra, entonces es como que ya todo está validado; por eso digo que no permite reconocer los deseos o el goce real del otro”. (Participante mujer, 29 años)

“Sí, la pornografía estandariza, pero también amplía, porque uno puede ver cosas que antes no había considerado como placenteras, o a partir de ahí redescubrir su propio cuerpo”. (Participante mujer, 23 años)

Vemos pues, como la conversación, o mejor aún, fragmentos de la conversación, ofrecen acercamientos a diferentes cuestiones trabajados en varios de los apartados anteriores; algunos de los cuales serán retomados más adelante, por ahora resulta oportuno señalar que entre mujeres el tema de la pornografía fluyó de una mejor manera, aunque parezca paradójico, las mujeres hablaron de manera más abierta y fluida en torno a la pornografía, con todos los matices y relieves que ello implica, es decir, miedos, emociones, sensaciones, expectativas, etcétera. Ello podría atribuirse a las lógicas de separación, en las cuales están inmersos los varones, y bajo las cuales emergen los temores a la regresión, además de la importancia de la validación entre pares.

Ahora bien, al proponerles una actividad en la cual, mediante la unión de diferentes fragmentos corporales, armaran el cuerpo que disfruta o disfrutaría ver su pareja en películas pornográficas, se evidencia como las mujeres presentan una mayor variedad en la construcción de los cuerpos, creando hombres y mujeres, los cuales imitan varias posiciones sexuales, e incluso, algunas de ellas se recrearon a



sí mismas en la pornografía; varios de los trabajos desarrollados serán presentados a continuación.

Paralelamente, la actividad permitió indagar por el lugar propio y de la pareja, al interior de una plataforma como la pornografía; en este sentido, varias participantes señalan que sí han hablado del tema con su pareja y que incluso consumen juntos contenidos pornográficos, sin embargo, la mayoría de las participantes manifestaron no hablar del tema con la pareja porque, como lo señaló la (Participante mujer, 55 años) “son cosas de la intimidad de cada uno”.

La participante (Participante mujer, 32 años), desarrolló el siguiente collage, sobre el cual presenta algunas aclaraciones, primero, las dos mujeres no están inmersas en una relación lésbica, sino que ambas encarnan varios deseos que ella percibe de su pareja; así, conforme a la mujer de la derecha rescata la importancia de la sonrisa, el tamaño de los senos y el abdomen plano; respecto a la mujer de la izquierda destaca el cabello largo y negro, piel morena, senos medianos, además resalta la importancia de la presencia de la ropa interior como un elemento erótico, pues considera que su pareja “disfruta aquello que no es tan evidente”, más allá de la penetración es el preámbulo; finalmente aborda la actitud activa y pasiva de las actrices y sugiere que ello está atado a las emocionalidad del momento y que, frecuentemente ambos (ella y su pareja) desarrollan ambos papeles.



Ilustración 32: Elaboración propia. "El cuerpo que él desea 1". Grupo de Discusión - 2017

La (Participante mujer, 32 años), autora de la imagen anterior, manifiesta que con su pareja a dialogado en torno a la pornografía y que de hecho la consumen juntos, indica además que: "siempre nos han vendido la pornografía como algo solitario, como si fuera pecado, pero se disfruta más en pareja".

Por otra parte, la participante (Participante mujer, 23 años), desarrolla un collage, presentado a continuación, en el cual destaca a dos mujeres una a cada lado de un hombre, quien tiene el pene erecto; ambas mujeres son delgadas, de

cuerpos jóvenes, un panorama habitual en la pornografía comercial. Su autora señala: “Es el típico sueño de todo hombre, poder hacer un trio con dos mujeres que son aceptadas socialmente como bellas, él considerándose un super macho por estar con ellas al mismo tiempo”.



Ilustración 33: Elaboración propia. “El cuerpo que él desea 2”. Grupo de Discusión - 2017

La autora del anterior collage también advierte que, muy pocas veces ha hablado con su pareja del tema, solo se ha tocado como algo de humorístico, por tanto, el trabajo que ella presenta es una proyección de lo que ella cree él disfrutaría ver, en ese sentido, ella misma se identifica con los cuerpos de las



mujeres que allí retrata, sin embargo, rechaza de manera tajante el encuentro lésbico y añade: “Nunca lo he hecho, la verdad es que no me gustaría, además es solo para el capricho y el deseo de él, y ¿mi deseo qué?... donde yo le diga que quiero un trio pero con otro hombre creo que él no aceptaría, es algo muy egoísta”. (Participante mujer, 23 años)

Ahora bien, (Participante mujer, 17 años), autora de los dos collage presentados a continuación, relata que las figuras dispuestas en su trabajo obedecen a lo que ella considera su realidad, en la pornografía y en su cotidianidad; al indagar sobre ello la participante plantea: “Yo me siento identificada con las mujeres que mi novio vería en la pornografía, pues creo que él buscaría algo similar a mí”, más adelante añade: “A él solo le gustaría ver escenas de lesbianas, creo yo, porque no le gustan los penes, ni siquiera su propio pene, por eso el hombre de mi collage está en ropa interior” (Participante mujer, 17 años); recordemos además, que parte de la cita y su ilustración fue expuesto con anterioridad, cuando se abordó el temor del hombre hacia el pene.

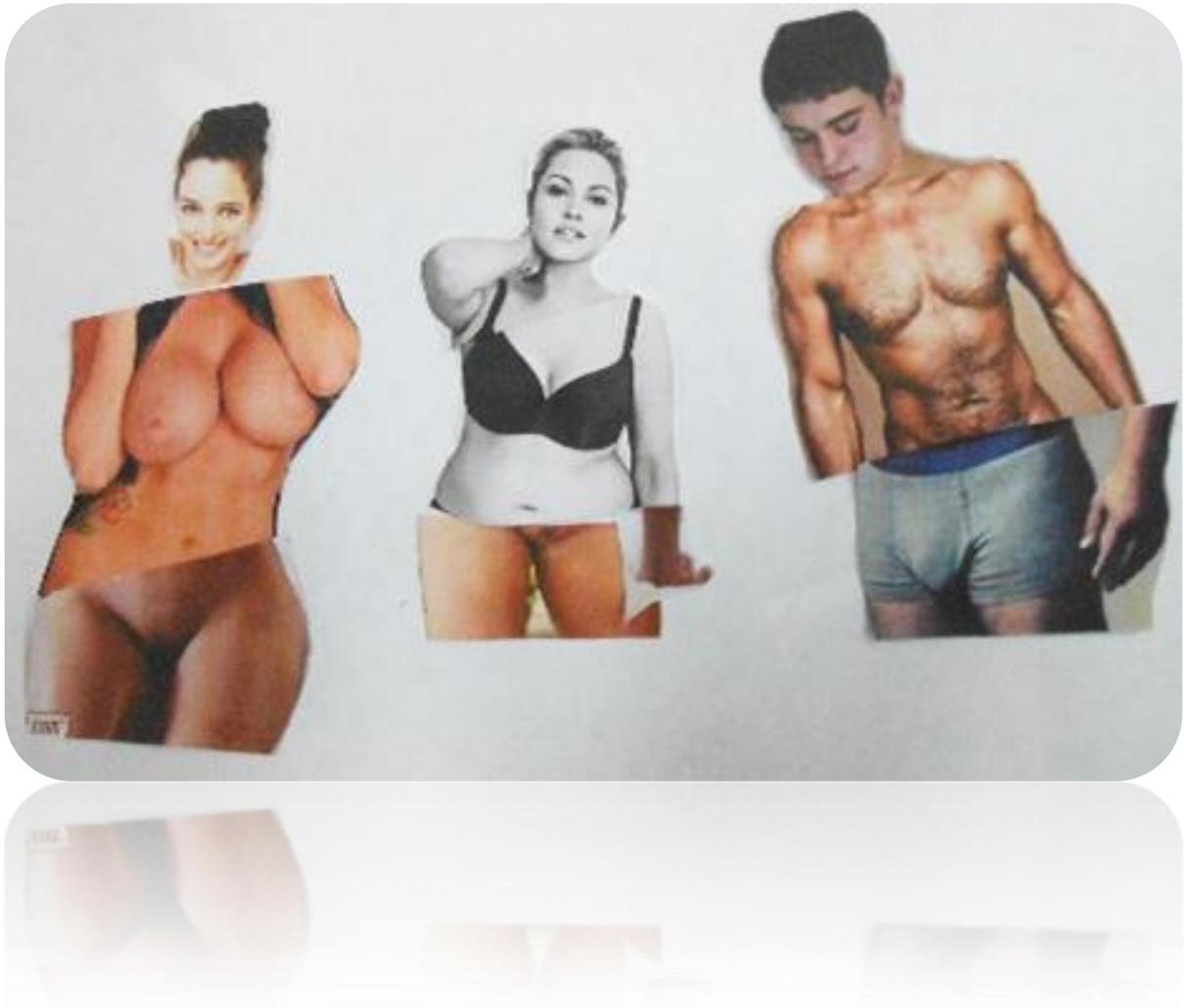


Ilustración 34: Elaboración propia. "El cuerpo que él desea 3". Grupo de Discusión - 2017

Sin embargo, la misma autora señala que en cierto modo las figuras desarrolladas en su collage son diferentes a lo que ella esperaría consumiera otro hombre en la pornografía, pues no son cuerpos tonificados, ni que se ajustas del todo a los parámetros sociales de belleza. Paralelamente también realiza el siguiente collage.

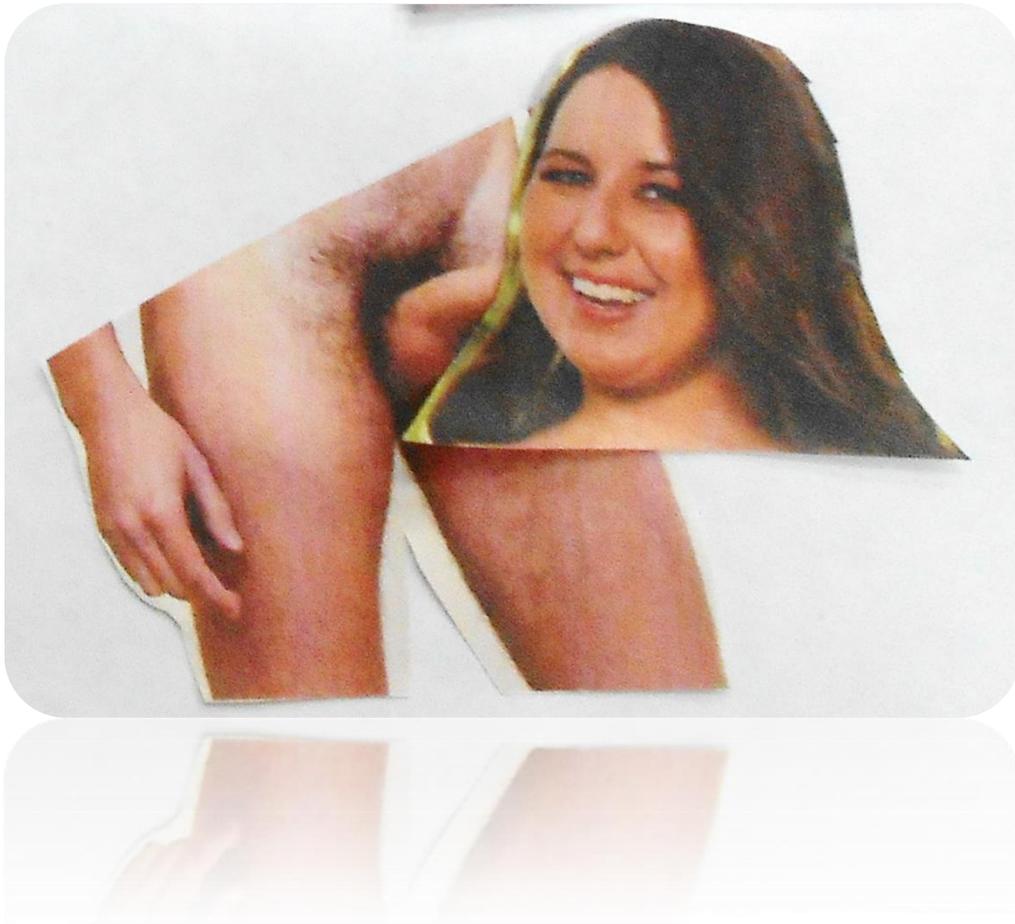


Ilustración 35: Elaboración propia. “El cuerpo que él desea 4”. Grupo de Discusión – 2017

De acuerdo a la imagen anterior, la participante señala: “pues no sé, es que me siento un poco rara, porque yo si veo pornografía y él no, entonces es como raro, yo a veces le pido cosas, por ejemplo, así como la imagen que hice y él se queda como pasmado... a él le interesa más lo que pueda sentir emocionalmente, en cambio a yo si me intereso más por lo físico”. (Participante mujer, 17 años)

Por tanto, se podría plantear que si bien existe un dialogo entorno a la pornografía, este se construye a partir del temor del otro. Siguiendo esta misma línea, resulta preciso resaltar las palabras de la participante cuando afirma “es que me siento un poco rara...”. Ya que el hecho de sentirse extraña no resulta del



consumo propio de pornografía, sino del no consumo del otro, es decir, ella se siente “rara” no por ver pornografía, sino porque su pareja (varón) no la consume, y en esta medida ella añade: “me siento como el macho de la relación”. (Participante mujer, 17 años)

Por su parte la (Participante mujer, 21 años), desarrolló el siguiente collage, el cual intervino con un lapicero para según ella “Poderme ver ahí”, en este sentido plantea: “A él le gustan los senos pequeños, las nenas naturales, culos grandes; las mujeres que hice se parecen mucho a mí; libres, jóvenes... a él le gusta una mujer que no sea sumisa, pero que se preocupe por excitarlo utilizando otras cosas, como tubo pole dance, o baile, e incluso ver porno juntos; al hombre lo dibujé así porque a él no le interesa ver otros hombres”.



Ilustración 36: Elaboración propia. "El cuerpo que él desea 5". Grupo de Discusión - 2017



Nótese como la autora del trabajo anterior, además de unir los fragmentos de cuerpo, los interviene, en un intento por identificarse, por verse refleja allí, en aquellos cuerpos que parecen lejanos; dibuja lentes, Piercings y un tubo de pole dance. Paralelamente, la posición del cuerpo de la mujer sobre la cual se realiza la intervención, pareciera dar un aire de movimiento, como si aquel recorte danzara alrededor del tubo dibujado por ella; finalmente la autora se refiere a la presencia del hombre (sin rostro) que acompaña la escena al afirmar “Mi novio y yo vemos pornografía heterosexual por eso armé un hombre”, más adelante indica: “Y pues no le hice cabeza porque en el porno uno casi nunca ve a los actores, además a él no le interesa ver hombres”. (Participante mujer, 21 años)

El comentario anterior, en cierto modo, es compartido por muchas de las participantes, pues varios cuerpos masculinos son armados exceptuando o ignorando la cabeza, como si hubiera un cierto temor, una cierta culpa, por reconocer que se “desea” o se imagina a otro hombre en un encuentro sexual; es también, posiblemente, una muestra de respeto hacia el ego de su pareja, dejar ese espacio en blanco para que ellos lo puedan completar con su propio rostro.

Por último, la (Participante mujer, 55 años) ofrece, en el siguiente collage, lo que según ella es un retrato suyo.



Ilustración 37: Elaboración propia. "El cuerpo que él desea 6". Grupo de Discusión - 2017



Vemos pues, como esta participante decidió recrearse a sí misma en la pornografía, aunque indica que: “yo con él casi nunca hablo del tema, demás que él si ve porno, pero yo no sé, hay cosas que es mejor dejarlas en privado, pero espero que vea algo similar a mí en el porno”. (Participante mujer, 55 años)

El comentario anterior es, en cierto grado, compartido por la mayoría de mujeres participantes; lo cual contrasta con los comentarios emitidos por los varones, pues la mayoría de estos manifestaron no haber recreado a su pareja en los collage realizados, sino que, por el contrario, “dieron rienda suelta a su imaginación, representaron a las mujeres con las que les gustaría tener sexo” (Participante hombre, 25 años); es decir, las respuestas entorno al tema de la pareja como protagonista de la pornografía que se consume, presenta una dicotomía para hombres y mujeres, por un lado ellas se ven dentro de las fantasías de sus parejas, pero, por otro lado, ellos manifiestan haber creado otros cuerpos, ya que el universo porno así permite, imaginar otros cuerpos y concebir nuevos deseos. Cabe resaltar, además, que por razones de tiempo y espacio, no todos los trabajos desarrollados al interior de los grupos de discusión fueron expuestos en el presente escrito.

Ahora bien, para continuar ahondando en lo expuesto hasta este punto, es menester sumergirnos un poco en los planteamientos expuestos por las mujeres y los varones participantes en relación a las actrices y actores porno. Así, por un lado, las participantes sugieren, de forma consensuada, que la pornografía dista mucho de una relación sexual cotidiana, sin embargo y de manera contradictoria se ven a sí mismas dentro de las fantasías de su pareja, es decir, en cierto grado hay una proyección en las actrices, como una especie de ego o de reclamo sobre el deseo del otro... Aunque, paralelamente, también se señaló la forma en la cual la pornografía ha solidificado estereotipos de juventud, tamaño, cuerpos, etcétera. Por otra parte, al ser indagadas en lo referido a los actores que aparecen en las películas porno una de las participantes señala: “Uno está más pendiente de lo que hacen, de que si el tipo está bueno o no... ahh y del pene porque es lo que más le muestran, casi que lo único” (Participante hombre, 32 años); todas las participantes se sintieron identificadas con esta declaración, ninguna reconoció prestar atención



al actor, más allá de su pene, lo cual podría sugerir, como se expuso en párrafos anteriores, la importancia de reconocer un único rostro de placer.

Por su parte, los varones indagados entorno a la figura de la actriz en relación a lo vivido íntimamente con su pareja, resaltan que existe una gran diferencia entre el cuerpo de la actriz y el de su pareja, no necesariamente que uno sea mejor que el otro, sino solo diferentes; sin embargo uno, el (Participante hombre, 51 años), manifestó identificar o visualizar en los contenidos pornográficos a su pareja; los demás participantes asumieron una postura en la cual la pornografía constituye una puerta de acceso hacia el encuentro, imaginado, con cualquier mujer y en cualquier situación, argumentando además, que no hay ningún acto de infidelidad allí, pues no implica una insatisfacción con la pareja, sino un proceso de desfogue del deseo, de autosatisfacción. Paralelamente, al ser indagados por la presencia de los actores dentro de las producciones pornográficas, todos, sin excepción, afirmaron que se imaginaron allí con la actriz, como dueños de ese miembro “espectacular”, erecto y penetrador; proceso que se facilita por el juego de cámaras, señalado anteriormente a partir de lo expuesto por María Elvira Díaz (Sin fecha).

Finalmente, a modo de culminación de los grupos de discusión y como cierre del presente escrito, se indagó a los participantes, hombres y mujeres, entorno a la falta de comunicación que existe en la pareja alrededor de un fenómeno tan cotidiano como la pornografía, partiendo del conocimiento evidenciado durante los grupos de discusión, en el cual se evidencio que todos, sin excepción, hemos tenido un acercamiento a ella.

Así, uno de los varones manifestó que:

“Es muy difícil, yo no sé cómo abordar el tema, porque no la quiero hacer sentir mal a ella, pues es que no es que no disfrute estar con ella, sino que sería bueno mirar y probar otras cosas”. (Participante hombre, 30 años)

Otro de los participantes señala:



“Pues uno si menciona cosas, pero es como muy tímido, da algo de pena porque ella puede pensar cosas que no son, que uno es un perverso o cosas así, o que se excita viendo a otras mujeres porque ya no quiere estar con ella, es como ese miedo a faltarles al respeto”. (Participante hombre, 50 años)

Vemos pues, como hay un temor latente en los varones participantes a plantear el tema con sus respectivas parejas, las razones que fundamentan dicho temor son bastante diversas y han sido señaladas a lo largo del escrito. Entre tanto, al interior de grupos homosociales, se sigue desbordando el tema desde el lenguaje, atravesando el cuerpo, los imaginarios, los sentidos e incidiendo en las relaciones afectivas.

Paralelamente, uno de los participantes, el más joven, planteó:

“Yo si hablo con ella del tema y a veces lo vemos juntos, es solo una cuestión de encontrar algo que los dos disfruten ver, eso ayuda también a romper la monotonía de la relación”. (Participante hombre, 22 años)

Encontramos pues, voces disímiles en torno al tema, las cuales se pueden atribuir a un sin número de variables que no son precisas de reproducir exhaustivamente en este punto, sin embargo, es fundamental recalcar, como se pretendió a lo largo del escrito, las implicaciones, temores, discursos, imaginarios, entre otros; que se generan en el proceso de subjetivación de cada individuo, en este caso varones, al contacto con la pornografía y como ello atraviesa su concepción social, íntima y afectiva.

Por otra parte, encontramos declaraciones de mujeres participantes, quienes sugieren:

“No, los hombres están muy perdidos en el tema... por ejemplo escuchar esos comentarios... están muy perdidos”. (Participante mujer, 32 años)



“Lo que pasa es que para ellos también debe ser muy difícil, porque no están acostumbrados a algo así, eso no se hablan, eso es llegar hacer y ya”.
(Participante mujer, 55 años)

“Los hombres se cohíben mucho con el tema cuando hay una mujer presente con la que no tienen confianza, pero entre ellos o ya cuando hay confianza se sueltan más y hablan de todo, claro que es más en por molestar”
(Participante mujer, 23 años)

En consecuencia se podría señalar como las participantes sugieren que, evidentemente, existe un impedimento para abordar el tema de la pornografía con su pareja, además no encuentran un motivo claro o específico por el cual resulta tan complejo abordar el tema; sin embargo, ninguna de las participantes manifestó ser ella quien tome la iniciativa para poner el tema sobre la mesa, como si, en cierta medida, esperasen que el hombre sea el responsable de abordar dichos temas relacionados con la sexualidad... la pornografía es un tema que ya está sobre la mesa, pero las sillas están vacías, hombres y mujeres están escondidos bajo esta.



ALGUNAS REFLEXIONES PARA FINALIZAR

Las reflexiones académicas ofrecidas o generadas en torno al fenómeno de la pornografía son relativamente recientes debido a diferentes factores, lo cual fue ahondado en el capítulo inicial; así, la investigación planteada y que fue, o pretendió ser, cristalizada en el escrito anterior, surge de las dinámicas particulares contemporáneas, en las cuales, la pornografía constituye un elemento cotidiano para gran parte de la población, operando como una tecnología de género, la cual, siguiendo a Teresa de Lauretis (2004), moldea a los sujetos hacia unas estructuras de pensamiento legitimadas socialmente. En este sentido es preciso recordar algunas de las cifras que se manejan en torno a este fenómeno, por ejemplo, como una pequeña muestra de ello:

“Según las cifras de Pornhub, en el año 2015 sus visitantes consumieron 87.849 millones de videos, que suman un total de 4.392 millones de horas de reproducción. Esto equivale a 12 videos vistos por cada humano que habita en el planeta.” (Semana, 2016).

Lo anterior adquiere aún mayores proporciones si se percata que, dichas estadísticas, pertenecen solo a una de las innumerables páginas de internet para acceder a la pornografía, además también sería preciso resaltar la dinamización de las plataformas a través de las cuales es consumida la pornografía, pasando de revistas, a cines X, cintas en VHS, DVD, etcétera, hasta plataformas que permiten la interacción directa con los actores y actrices.

De acuerdo con ello, la presente investigación surge en un momento “coyuntural” o crucial, pues la pornografía hoy parece desbordar todas las medidas, desafiando los límites de la razón, y se desliza por todas las hendiduras sociales hasta la retina de los individuos; así el ejercicio investigativo pretendió generar un acercamiento, no al fenómeno en sí, es decir a su producción o distribución, sino en torno a todo aquello que emana de él, a lo se genera a su alrededor y cómo ello influye, en los procesos de subjetivación y en la construcción de relaciones.



En esta medida, es menester señalar las “coincidencias” encontradas dentro del desarrollo de una producción porno y la intimidad de los sujetos participantes alrededor de su sexualidad, la sexualidad de y con su pareja, y la sexualidad en términos sociales; en otras palabras, existe una relación estrecha y directa entre lo absorbido por los participantes de películas pornográficas y su visión del mundo, muestra de ello son los trabajos y testimonios presentados a medida que el escrito avanzaba, los cuales pretendieron dar cuenta de la presencia de diferentes lógicas manifestadas en la cotidianidad de los individuos que surgen, o se fortalecen, en la pornografía, como un discurso que se apuntala y aflora en diferentes dimensiones: miedos, estéticas, fantasías, placeres, relaciones... Sin embargo, es oportuno manifestar como el desarrollo de la investigación también plantea los límites de la misma, pues no permite, ni pretende, hilvanar conclusiones generales o a nivel macro, sino que intenta rescatar en el discurso de los participantes diferentes elementos sobre los cuales desarrollar análisis y reflexión.

Ahora bien, es menester subrayar la importancia de la metodología empleada para generar un acercamiento con los participantes y en esa medida con la investigación, pues ésta permitió generar un vínculo, una suerte de red, que soporto los temores individuales al abordar los diferentes temas; así, los participantes manifiestan la importancia de manejar el tema con cautela, recordemos que se realizaron 3 grupos de discusión, los cuales fueron desarrollados con las mismas personas, lo que posibilitó la creación de unos lazos de confianza, y finalmente, otorgan importancia de la heterogeneidad del mismo grupo; es decir, la metodología planteada provocó una armonía dentro del grupo, a partir de la cual ellos (los participantes) pudieron abrirse de manera gradual y “natural”, se sintieron libres de hablar, de expresarse, de mostrar quienes son, de bajar la guardia... Las voces recogidas en este sentido fueron evidenciadas a lo largo del escrito.

Siguiendo esta misma línea, resulta conveniente acudir a Helen Fisher (2001) quien plantea una dicotomía bastante particular en relación a hombres y mujeres en torno al consumo de pornografía, pues sostiene que las lógicas de deseo son



diferentes para hombres y mujeres, y en esa medida el acceso a la pornografía, o mejor aún los contenidos que resultan atractivos, son diferentes; por tanto, atribuye el cambio de contenidos o de narrativas generado al interior de la industria pornográfica como un ejercicio que pretende captar nuevos públicos, estos cambios son evidenciados, aunque de manera breve en la introducción de una linealidad en la trama, la aparición de diferentes personajes y el fortalecimiento o la presencia de un preámbulo. Sin embargo, subraya que aun así la pornografía se mantiene como una creación falocéntrica y androcéntrica.

Sugiere, además, como el discurso encarnado en la pornografía se adhiere a los sujetos y rige sus deseos; así, los hombres son más propensos, sugiere Fisher, a desear una mujer sumisa sobre la cual puedan exaltar su virilidad y “hacerle” diferentes acciones; mientras que, las mujeres absorben las lógicas de la pasividad, o de la recepción, y en esta medida su discurso erótico gira en torno a que “les hagan”. De acuerdo con ello, Fisher remarca los valores machistas de la pornografía, considerando además que constituye un proceso de virilización de la sexualidad humana, es decir el deseo masculino y su manifestación (comercial) como medida de todas las demás manifestaciones, por ello el consumo masculino de pornografía tiende a ser mayor, pues la narrativa allí desarrollada resulta más atractiva para ellos.

Ahora bien, una vez planteado lo anterior, resulta oportuno resaltar como, dentro de los grupos de discusión, se evidenciaron una serie de diferencias en torno al consumo de pornografía por parte de hombres y mujeres; una de las diferencias más notorias surgió en torno al lugar de la pareja dentro de la pornografía que consume cada uno; así, las mujeres participantes manifiestan un cierto respeto hacia su pareja, incluso dentro de las lógicas de la pornografía, mientras que los hombres manifiestan que la pornografía representa una plataforma sobre la cual pueden dar rienda suelta a sus deseos y legitima una cierta “infidelidad”, al poder desear a otra mujer, es decir, existe una diferencia entre lo que ellas creen que ellos ven y lo que realmente ellos consumen, lo cual está atravesado por un sentimiento de “fidelidad”.



Lo anterior fue desarrollado en el último apartado del escrito, sin embargo, surge un cuestionamiento, ¿un hombre no puede concebirse como un sujeto monógamo, o dicho reconocimiento está supeditado a la presencia, o no, de otros? La pregunta, evidentemente, presenta un sin número de variables y particularidades, sin embargo, el ejercicio investigativo permite subrayar la forma en la cual los varones han aprendido a sobrellevar su masculinidad, y como ésta es construida en relación a los otros (hombres y mujeres), es decir la masculinidad no como un ejercicio libre, sino atado, restringido a una serie de relaciones y condicionamientos sociales, emerge entonces la lógica del no ser, para poder ser.

Siguiendo esta misma línea, también sería pertinente llamar la atención sobre los trabajos, collages, desarrollados al interior de los grupos de discusión; pues presentan una particularidad, que espero algún lector haya notado, y es como los trabajos presentan cuerpos de varones sin rostro, mutilados; mientras que los cuerpos femeninos fueron desarrollados por completo; ello no constituye solo un dato curioso o aleatorio, sino que podría indicar, o ilustrar, de manera precisa lo planteado en torno a la codificación diferenciada de los cuerpos, la codificación del placer y los puntos erógenos, y por otro lado, la absorción que este fenómeno presenta en los sujetos; además encarna la posibilidad de representarse-imaginarse dentro de ese cuerpo y poder desbordar allí la subjetividad individual, en el caso de los varones, mientras que en el caso de las mujeres podría mitigar un sentimiento de “culpa” o de comportamiento social que impide reconocer abiertamente el deseo sexual por otro hombre.

Asimismo, es menester detenernos en la corporeidad, como eje fundamental de la pornografía, en esta medida muchos de los participantes, hombres y mujeres, señalaron la importancia de los cuerpos que aparecen allí como referencia para la construcción social de belleza; sin embargo, la pornografía no solo reproduce una serie de cuerpos o imaginarios corporales, sino también una serie de prácticas y actitudes que encuentran legitimidad en el tejido social, es decir reproducen una forma socialmente aceptada e idealizada de encarar un encuentro sexual, o ejercer dominio sobre el propio cuerpo. Paralelamente, también presentan una paradoja, pues como fue mencionado al interior de los grupos de discusión, la pornografía



brinda la posibilidad de conocer nuevas formas de placer o de explorar diversas formas de acceder a éste, pero, al mismo tiempo también restringe y limita a los sujetos a reconocer en el otro (hombre o mujer) una particularidad, una subjetividad; es decir, proyecta al otro como objeto, en tanto constituye solo un canal para el encuentro con el placer propio y no reconoce el placer del otro, negándole su condición de sujeto, o desconociendo la particularidad e individualidad de sus sensaciones.

Ahora bien, en este sentido y complementando lo planteado anteriormente por Helen Fisher (2001), la pornografía también constituye, o podría constituir, un elemento de subversión a partir del cual las mujeres puedan reinventar o reivindicar su sexualidad, aunque si bien dicha acción se puede percibir parcializado por la forma en la cual se produce la pornografía, es decir como una estructura falocentrica, también genera una apertura o fortalecer mecanismos y acciones mediante las cuales las mujeres logren visibilizar sus deseos, constituyendo un punto de partida clave para avanzar hacia la reconfiguración de los roles sexuales y trascendiendo hasta la construcción de género, pues como lo señala Blanca Elisa Cabral (2000), desmitificar el orden natural de la sexualidad, implica desinstalar el discurso biohistorico de poder que remarca las desigualdades sociales entre hombres y mujeres.

Por tanto, la pornografía no debe ser entendida y abordada como un fenómeno producido y consumido en aras exclusivamente del hedonismo, sino que sus fronteras, o los límites de su análisis deben extenderse para dar cabida a infinidad de posibilidades desbordadas allí, como un dispositivo que legitima, regula, amplía, restringe, posibilita, deforma, crea... Una serie de realidades, las cuales están en constante interacción con los sujetos y hacen parte de su proceso de subjetivación.

Así, No es la búsqueda exclusiva del placer lo que impulsa a un varón a acceder a contenidos pornográficos es, como se desmenuzó a lo largo del escrito, las diferentes disposiciones sociales y culturales, con las nociones de validación y de aprendizaje para el ejercicio de la sexualidad, aunque es preciso recordar que no



se limita a ella, sino que se extiende y aflora en una serie de discursos, de símbolos que acompañan al sujeto en su construcción de masculinidad, allí aprende a temer, a amar, a expresarse y a sentir....

Por tanto, es imperioso continuar desarrollando análisis desde las esferas académicas que permitan vislumbrar las implicaciones de este fenómeno, sin embargo, estas reflexiones deben trascender los círculos académicos e instalarse en la realidad de los individuos, comenzar a tejer de manera consciente relaciones atravesadas por el deseo y el reconocimiento del otro; es decir, apostar a volcar hacia la racionalidad aquellos impulsos y mentalidades propiciados y desbordados de manera casi automática por la pornografía y motivar a los sujetos a indagar sobre sí mismo, sobre su condiciones de varones, y las diferentes relaciones que se establecen con los otros, hombres y mujeres; repensar estas dinámicas y lógicas brindará la posibilidad de reconfigurar o desinstalar una serie de supuestos sobre los cuales hemos construido el mundo y sobre los cuales nos relacionamos.

En este sentido, el presente apartado no recibió el nombre de conclusiones, sino de reflexiones, pues en una investigación de este tipo o con estas características, resulta demasiado complejo o más bien, impreciso, arrojar información concluyente; ya que lo que se pretendió fue navegar por las diferentes sensibilidades de los participantes, indagar por las particularidades y a partir de allí rescatar y desarrollar una serie de reflexiones que permitieron hilar un escrito que, finalmente, aporten a la deconstrucción de los mismos sujetos, hacia su revisión y hacia la construcción o el reconocimiento de unas nuevas formas de interacción, sobre la cual sean posibles desarrollar diversos procesos intersubjetivos.



REFERENCIAS

Aramburú, Carlos. (1998). "Sordos, miopes y mudos: La antropología y la demografía ante la sexualidad masculina." En. Lerner, Susana, ed., *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*. México. El Colegio de México.

Arcand, Bernard. (1991). *El jaguar y el oso hormiguero, Antropología de la pornografía*. Ediciones nueva visión, Buenos Aires, Argentina

Aricapa, Ricardo. (1998). *Medellín es así, crónicas y reportajes*. Medellín, Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.

Badinter, Elisabeth (1987). *El uno es el otro*. Planeta, Barcelona.

Badinter, Elisabeth. (1993). *XY, La identidad masculina*. Editorial Norma S. A., Bogotá, Colombia. Editorial Norma S. A.

Barba, Andrés. & Montes, Javier (2007). *La ceremonia del porno*. Editorial Anagrama, Madrid, España.

Bataille, George (1997). *El erotismo*. Tusquets Editores. España.

Bourdieu, Pierre. (2000). *La Dominación Masculina*. Anagrama, Barcelona, España.

Buitrago, Sebastian. (2015). "La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín. Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos 50 años" En: *Revista de Trabajo Social*, N. 20 y 21. Julio, 2014-Junio, 2015. Universidad de Antioquia.



Cabral, Blanca Elisa (2000). "sexualidad y género en la subversión antropológica". En: Boletín antropológico, número 48. Enero-abril. Universidad de los Andes. Mérida.

Castellanos Llanos, Gabriela. (2016) "Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía." En: La Manzana de la Discordia, V. 1, N 2, p. 53 - 65. Marzo 2016. Universidad del Valle. Cali, Colombia. [Archivo PDF]. Disponible en: http://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1423 [Consultado 2 de noviembre, 2017].

Connell, Robert W. (1997). "La organización social de la masculinidad" En Valdés, teresa y Olavarría, José. (ed) Masculinidades, poder y crisis. FLACSO, Santiago, Chile. [Archivo PDF]. Recuperado de http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0312.pdf [Consultado 30 Ago. 2015].

Díaz Benítez, María Elvira. (Sin fecha). "Estéticas Macho: representaciones de masculinidad en la pornografía comercial". Universidad Federal de Rio de Janeiro. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/211710568/00165> [Consultado 15 Oct. 2017].

Faur, Eleonor (2006). "Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo" En: Nómadas, N. 24. Abril 2006. Instituto de estudios sociales contemporáneos. Universidad central. Colombia.

Ferrándiz, Francisco José (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Anthropos, Barcelona, España.

Figari, Carlos Eduardo. (2008). "Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros." En: La ventana, revista de estudios de género. Vol.3 No.27 Guadalajara jul. 2008. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362008000100007 (Consultado el 14 de septiembre de 2015)



Fisher, Helen. (2001). *El primer sexo, las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*. Suma de letras, Madrid.

García, Carlos. Y Gómez, Fredy. (2012). *Masculinidades y violencias en Colombia. Desestructuración del modo convencional de hacerse hombre* [Archivo PDF]. Bogotá, Colectivo hombres y masculinidades. Recuperado de <http://web.archive.org/web/20140211115631/http://www.hombresymasculinidades.com/pdf/masc-vilencia.pdf> [Consultado 13 Mar. 2016].

Gil Calvo, Enrique. (2006). *Máscaras masculinas: héroes, patriarcas y monstruos*. Anagrama. Barcelona.

Gilmore, David D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós. España.

Guasch, Oscar (2000) *La crisis de la heterosexualidad*. Laertes. Barcelona.

Gutmann, Matthew. (1997). *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad*. [Archivo PDF]. Recuperado de http://www.berdingune.euskadi.eus/u89-congizon/eu/contenidos/informacion/material/eu_gizonduz/adjuntos/Traficando%20con%20Hombres_%20La%20Antropolog%C3%ADa%20de%20la%20Masculinidad.Matthew%20C.%20Gutmann.pdf [Consultado 30 Ago. 2015].

Infesta Domínguez, Graciela. (1998). "La relación entre los estudios sobre reproducción y los estudios de género." *En*. Lerner, Susana, ed., *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*. México. El Colegio de México.

Kimmel, Michael. (1992). "Producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes." [Archivo PDF]. *En*. *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. http://www.popularesydiversas.org/media/uploads/documentos/investigacion/subtema_1_genero_y_cambio_civilizatorio.pdf [Consultado 15 Mayo 2016].

La Cecla, Franco. (2004). *MACHOS, Sin ánimo de ofender*. Siglo XXI, Madrid.



Laqueur W., Thomas. (2007) *Sexo solitario: una historia cultural de la masturbación*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Argentina.

Lauretis, Teresa de. (2004). "La tecnología del género." En: Millán de Benavides, Carmen y Estrada Mesa, Ángela María., eds., *Pensar (en) género, teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Pontificia Universidad Javeriana - Instituto Pensar, Bogotá. Colombia.

Mallimaci, Fortunato. (2001). "Presentación de Anthony Giddens". En: *Desigualdad y globalización: cinco conferencias*. Ediciones Manantial. Buenos Aires.

Martín Caseres, Aurelia. (2008). "Transformar el conocimiento: la perspectiva de género en antropología". [Archivo PDF]. En. *ANTROPOLOGÍA DEL GÉNERO. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Cátedra, Madrid.

Millington, Mark. (2007). *Hombres in / visibles: la representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá.

Moncó, Beatriz. (2011). *Antropología del género*. Editorial Síntesis. Madrid.

Montesino, Rafael. (2002). *LAS RUTAS DE LA MASCULINIDAD, Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Gedisa, Barcelona.

Moore, Robert. Y Gillette, Douglas. (1993). *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*. Paidós, Barcelona.

Morant, R., Peñarroya, M. & Tornal, J. (1998). *Mujer y lenguaje: una mirada masculina*. Editorial Denes. Valencia.

Ned Katz, Jonathan. (2012). *La invención de la heterosexualidad*. Me cayó el veinte. México.

Néret, Gilles. (1994). *Erotica Universalis*. Taschen. Alemania.

Nieto Piñeroba, José Antonio (1993). *Sexualidad y deseo. Crítica antropológica de la cultura*. Siglo XXI. Madrid, España.



Núñez Noriega, Guillermo. (2011) *¿Qué es la diversidad sexual? Reflexiones desde la academia y el movimiento ciudadano*. Abya-Yala, Quito, Ecuador.

Ojeda, G., Ordóñez, M. y Ochoa, H. (2011). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud: ENDS 2010, Colombia*. Printex Impresores Ltda., Bogotá.

Orgaz, Christian y Rujas Martínez, Javier. (2010). "Tecnologías, sexualidades y relaciones de poder en las formas de clasificación del porno en internet, las categorías de vídeos pornográficos en youporn y redtube" En: X Congreso de la Federación Española de Sociología (FES), Julio de 2010, Pamplona. [Archivo PDF]. Disponible en: <http://eprints.ucm.es/28728/> (consultado el: 07 de agosto del 2017)

Paz, Octavio. (1993). *La llama doble, amor y erotismo*. Seix Barrial, Barcelona, España.

Peláez Mejía, Margarita María. Y Rodas Rojas, Luz Stella. (2002). *La política de género en el estado Colombiano: un camino de conquistas sociales*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín.

Posada Tamayo, Simón. (2009). *DÍAS DE PORNO, historia breve del porno en Colombia*. Editorial Planeta, Bogotá, Colombia.

Posada Tamayo, Simón. (2009). *Diccionario arbitrario del porno*. Editorial Planeta, Bogotá, Colombia.

Rivera Marín, Daniel. (2017). "Colombia tiene la primera universidad para modelos webcam". En: Revista semana. Vida moderna. Bogotá, 13 de noviembre de 2017. Disponible en: <http://www.semana.com/vida-moderna/articulo/modelos-webcam-en-Colombia-universidad-juan-bustos-para-modelos-webcam/547090> (Consultado el 13 de noviembre de 2017)

Rodríguez Martínez, Yuriria. (2000). "La perspectiva de género: Un eje básico para la comprensión de la sexualidad de los y las adolescentes" En: Revista La Ventana, V.2, N.12, 2000. Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara. [Archivo PDF]. Disponible en:



<http://revistalaventana.cucsh.udg.mx/index.php/LV/issue/view/68/showToc> (Consultado el 3 de julio del 2017)

Romero Bonilla, Diego German. (2014). *X sujetos. Pornografía y masculinidades* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Ruiz Arroyave, Javier Omar. (2015). *Masculinidades posibles, otras formas de ser hombres*. Desde abajo, Bogotá.

Sanabria-S., Fabián. (2004). "Los no-lugares del amor en la ciudad: Una aproximación etnográfica a las salas X de Medellín." En: Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, volumen 18, No 35, PP 116-131.

Seidler, Victor. (2001). "Transformando las masculinidades". Disponible en: http://www.jerez.es/fileadmin/Documentos/hombresxigualdad/fondo_documental/Identidad_masculina/69.pdf [consultado el 15 de Octubre de 2017].

Semana, Revista. (2016). "Cuando la pornografía se vuelve un problema." Bogotá, 24 de Julio de 2016. Disponible en: <http://www.semana.com/vida-moderna/articulo/pornografia-adiccion-y-problemas/483255> [consultado el 23 de Octubre de 2016].

Suárez, Juan Antonio. (2003). "Corpo/realidad, pornografía, vanguardia." En: Guasch, Oscar y Viñuales, Olga., eds., *Sexualidades, diversidad y control social*. Bellaterra, Barcelona, España.

Tin, Louis-Georges. (2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Argentina. El cuenco de plata.

Urrea Giraldo, Fernando. (1994). "La categoría de género en las ciencias sociales contemporáneas." En: *Discurso, Género y Mujer*. Universidad del Valle, Santiago de Cali.

Úsuga, Antonio. & Hernández, Omar. (2012). *La dramaturgia del porno, teatralidades en espacios no convencionales de la representación escénica*. Universidad de Antioquia, Facultad de Artes, Departamento de Teatro. Medellín, Colombia.



Vendrell Ferré, Joan. (2003). "Del cuerpo sin atributos al sujeto sexual: sobre la construcción social de los "seres sexuales."" En: Guasch, Oscar y Viñuales, Olga., eds., Sexualidades, diversidad y control social. Bellaterra, Barcelona, España.

Wills, Gary. (2008). "La mirada feminista ¿para qué sirven las gafas?" [Archivo PDF]. Recuperado de <https://lengua2bachillerato20142015vallecas.files.wordpress.com/2015/04/la-mirada-feminista-nuria-varela.pdf> [Consultado el 17 de abril de 2017].

Zapata Berrio, Ani Lady. (2012). *Representaciones sociales del cuerpo desde la experiencia de trabajadores y trabajadoras sexuales en internet*. (Trabajo de investigación para optar al título de Magíster en Antropología) Universidad de Antioquia, Medellín



LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Egon Schiele. -Lovers- (1909).....	5
Ilustración 2. "Miradas"	25
Ilustración 3. "Historias de hombres"	31
Ilustración 4. "Siluetas"	33
Ilustración 5. "Reconocerse"	34
Ilustración 6. "Qué ha implicado para el cuerpo ser hombre?"	34
Ilustración 7. "Ellas viendo porno"	48
Ilustración 8. "Cosas de hombres"	52
Ilustración 9. "Biografías sexuales"	60
Ilustración 10. "Cuerpos"	69
Ilustración 11. "A mi novio no le gusta ver penes"	70
Ilustración 12. "Como un macho"	73
Ilustración 13. "¿Superman?"	77
Ilustración 14. "Cátalo porno"	85
Ilustración 15. "El cuerpo que deseo"	86
Ilustración 16. "Categorías porno"	88
Ilustración 17. "Mujer cuenta su escena 1"	90
Ilustración 18. "Mujer cuenta su escena 2"	91
Ilustración 19. "Mujer cuenta su escena 3"	92



Ilustración 20. “Mujer cuenta su escena 4”	93
Ilustración 21. “Mujer cuenta su escena 5”	94
Ilustración 22. “Hombres consumiendo pornografía”	109
Ilustración 23. “Porno hetero”	121
Ilustración 24. “El cuerpo que deseo 1”	123
Ilustración 25. “El cuerpo que deseo 2”	127
Ilustración 26. “El cuerpo que deseo 3”	128
Ilustración 27. “El cuerpo que deseo 4”	129
Ilustración 28. “El cuerpo que deseo 5”	130
Ilustración 29. “El cuerpo que deseo 6”	131
Ilustración 30. “El cuerpo que deseo 7”	133
Ilustración 31. “Mi cuerpo en el porno”	135
Ilustración 32. “El cuerpo que él desea 1”	146
Ilustración 33. “El cuerpo que él desea 2”	147
Ilustración 34. “El cuerpo que él desea 3”	149
Ilustración 35. “El cuerpo que él desea 4”	150
Ilustración 36. “El cuerpo que él desea 5”	152
Ilustración 37. “El cuerpo que él desea 6”	154



ANEXOS

1. GDH1 (Grupo de discusión, qué es ser hombre 1)

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Bienvenida	Saludo de bienvenida. Agradecimientos por asistencia; aclaraciones éticas, firma de consentimiento informado.	Palabras de bienvenida.	Consentimiento informado. Grabadora de audio. Cámara fotográfica.	5 min.
Introducción al tema	Introducir el tema que nos convoca, realizar algunas aclaraciones sobre la confidencialidad de la información	Escrito ¿por qué masculinidades? ¿Por qué sexualidad? ¿Por qué pornografía?		10 min.
Presentación participantes ¿Qué es ser hombre?	Cada uno de los participantes se va a presentar y nos va a contar brevemente de dónde viene su nombre, quién se lo puso, por qué, etc. Luego cada uno definirá ¿Qué es ser hombre? utilizando una o tres palabras solamente.		Tablero. Marcador borrable	15 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Ejercicio de las miradas	Para continuar conociéndonos, cada uno va a caminar en silencio por el espacio y cuando se cruce frente a otro se detendrán por lo menos durante 15 segundos, para luego continuar su marcha.	Qué es mirar al otro, cómo desescalamos la violencia en la mirada.	velas	30 min.
Canción	Sonará la canción "entre copas y amigos" la cual nos sumerge en la división del mundo masculino y femenino; la importancia de los espacios homosociales y la aparición de las mujeres como estado de debilidad. Los participantes nos compartirán qué sienten, qué piensa, qué recuerdan, dónde la habían escuchado, qué les dice, etc.		Parlantes de sonido. Canción.	10 min.
Silueta detallada	Cada participante ayudará a otro en la elaboración de su silueta, lo más parecida posible, (pelo, vellos, cicatrices, músculos, estrías, uñas, etc.)		Papel craf o periódico. Marcadores de diferentes colores	45 min.
Receso			Refrigerios	20 min
Narrativas. Qué habita ese cuerpo	Cada participante intervendrá su silueta, o su contorno, con relatos sobre el aprendizaje del ser hombre, dónde se aprende, cómo se aprende, qué papel juega el padre, qué papel los amigos, cómo aparecen las mujeres, qué mujeres aparecen, etc.	¿Cómo se construyó? ¿Dónde aprendió? ¿Cómo aprendió? ¿Qué pasa con las mujeres? ¿Qué pasa con otros hombres?	Hojas de block Lapiceros Cinta Colbón	45 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Socialización	Pegar las siluetas con las historias dentro de ella en un espacio de la sala, a modo de galería, todos haremos un pequeño recorrido por las siluetas y el dueño de ella nos expondrá la construcción que hizo y lo que considere más importante.		Cinta	30 min.
Reflexiones para finalizar	Los participantes evaluarán la sesión, compartiendo su opinión acerca de la actividades realizadas	¿Qué les queda de todo esto?		15 min.
Agradecimiento y despedida.	Agradecer a los participantes por su asistencia, indagar por la posibilidad de otras dos sesiones (sexualidad y pornografía) definir fechas. Aplauso para finalizar	Agradamientos por brindarse, motivar a la autorreflexión, más allá de los márgenes de la investigación.		5 min.

2. GDS2 (Grupo de discusión, el encuentro con la sexualidad 2)

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Bienvenida	Saludo de bienvenida, agradecimientos por asistencia	palabras de bienvenida	Grabadora de audio, cámara fotográfica	5 min.
Retomar la sesión anterior	En aras de hilar las sesiones, se retomará lo trabajado en la sesión anterior, partiendo de: qué nos hace hombres, qué significa ese ser hombre y como se define esa masculinidad.	Presentación con elementos contruidos (fotos) de la sesión anterior.	Diapositiva Televisor Computador	30 min.
Video: "los cuadernos de Silvio"	Él video resalta la importancia de los procesos de construcción subjetiva e intersubjetiva.	Video	Video Televisor Parlantes de audio	20 min.
Ejercicio del tacto	Cada participante recorrerá el espacio con los ojos vendados y al encontrarse con otro lo reconocerá a y a través de su corporalidad; este ejercicio permite generar confianza y dar pie a hablar del temor con la cercanía de otro cuerpo masculino.	La sexualidad implica reconocer la corporalidad (propia y ajena) en relación con el mundo.	vendas para los ojos	10 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
La sexualidad	Introducir el tema con la pregunta ¿Qué entendemos por sexualidad? E indagar por 3 ejes: qué nos han dicho, qué nos han enseñado, qué hemos vivido.	Presentación: ¿qué nos han dicho, qué nos han enseñado, qué hemos vivido? ¿Qué podemos concluir?	Diapositiva Televisor Computador	30 min.
Video	Presentación de un monologo de humor de Alexis Valdés (comediante español) donde se pretende mostrar los estereotipos, la utilización del lenguaje y el tabú de la sexualidad humana.	Socialización y percepción del video	Video Televisor Parlantes de audio	10 min.
Ejercicio la mirada y la cercanía	En aras de seguir indagando por los tabúes alrededor de la sexualidad y cuestionar el estereotipo masculino se desarrollara un ejercicio donde los participantes se pararán uno al frente del otro y con cada sonido de las palmas se acercaran cada vez más, el ejercicio termina cuando los participantes lo consideren.		Pista Tchaikovsky - 1812 Overture	10 min.
Receso			Refrigerios	15 min
Diario- Cuadernillo	Cada participante tendrá un cuadernillo, el cual decorarán a su gusto a partir de una serie de láminas; en este escribirán un poco de su vida, de su experiencia, lo hará a partir de una serie de fragmentos, frases, chistes, dichos, etc. que se proporcionarán y que ellos intercambiarán a medida que avance el ejercicio. La idea es que cada uno desarrolle su propia historia a partir de los	Papelitos con: frases, afirmaciones, pequeños relatos. (la idea es tocar puntos álgidos en la sexualidad de los sujetos)	Cuadernillos, Lapiceros Laminas	60 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
	fragmentos.			
socialización	Además de las historias escritas, cada integrante nos contará un poco de su historia, un momento que considere importante o relevante en el despliegue o el encuentro con su sexualidad y que no se haya abordado en los fragmentos.			30 min.
Juego corporalidad	Recorrerán el salón caminando y cuando se topen con alguien de frente lo saludaremos como si fuese un muy buen amigo a quién no hayan visto en muchos años.		Cámara	10 min.
Reflexiones para finalizar	Los participantes evaluarán la sesión, compartiéndonos su opinión acerca de la actividades realizadas	¿Qué les queda de todo esto?		10 min.
Agradecimientos y despedida		Agradamientos por brindarse, motivar a la autorreflexión más allá de la investigación.		5 min.



3. GDP3 (Grupo de discusión, el encuentro con la pornografía 3)

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Bienvenida	Saludo de bienvenida, agradecimientos por asistencia	Palabras de bienvenida	Grabadora de audio, cámara fotográfica	5 min.
Retomar la sesión anterior	Con el fin de retomar lo trabajado en la sesión anterior se desarrollarán una serie de preguntas referente a lo trabajado: ¿cómo me sentí con el ejercicio? ¿Alguna vez hice algo similar? ¿Que significaron esos episodios en su momento? ¿Qué significan ahora? ¿Qué cambio con el taller? entre otras.	Presentación con elementos contruidos (fotos) de la sesión anterior.	Diapositiva Televisor Computador	20 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Video: "Porno para el hombre emparejado"	En aras de romper un poco la tensión que genera la sesión a desarrollar y para introducirnos al tema a tratar, la pornografía, el video ofrece una sátira a situaciones cotidianas, partir de la sumisión femenina, situaciones disimiles con reacciones "inesperadas" como un paralelo hacia los diálogos en películas pornográficas (la lógica de lo impensable, el lugar donde todo es posible)	Video	Video Televisor Parlantes de audio	10 min.
Crea tu propia escena	Cada participante escogerá una "categoría porno" con la cual trabajar y a partir de ella comenzará a narrar oralmente una historia porno inventada (contar su propia película); los demás escucharemos la historia con los ojos vendados, intentando graficar mentalmente.	Categorías porno	Vendas para los ojos Tablero Marcador	30 min.
La pornografía	Indagar por los saberes previos de los participantes: ¿Qué es la pornografía? ¿Qué relación hemos tenido con ella? ¿Cómo hemos llegado a ella? ¿Dónde está? ¿Qué ha significado? ¿Con qué frecuencia la consumimos? ¿Qué lugar ha tenido mi pareja allí? ¿Sabe que consumo? ¿Qué pasa si se entera? ¿Qué diferencia hay entre lo que pasa allí y mi intimidad? ¿Hay infidelidad allí? ¿Por qué ocultarlo? entre otras.	¿Qué implica reconocerse dentro de la pornografía como hombre en un espacio homosocial? ¿Si fuese en el sentido contrario cómo me sentiría?	Tablero Marcador Presentación	30 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
La pornografía para ellas	¿Cómo creen que llegan ellas a la pornografía? ¿Por qué se da el consumo? ¿A qué edades? ¿Su pareja consume? ¿Qué piensa en caso de que sí o en caso de que no?	¿Consumimos lo mismo? ¿Qué disfrutarán ver más ellas?	Tablero Marcador Presentación	10 min.
El cuerpo que deseo	Cada participante armará los cuerpo que disfrute ver en videos de pornografía (mínimo dos, independiente de su sexo) a modo de collage a partir de piezas anteriormente dispuestas	¿Por qué gustan? ¿Qué dejar de lado? ¿por qué esos? (números, sexos)	Imágenes Colbón Hojas de papel Tijeras Lapiceros	40 min.
Cuestión de actitud	Si bien la pornografía nos atrae y está mediada por la imagen, también está cargada de una serie de actitudes y símbolos que ejercen el papel de detonadores del placer, para ello veremos 2 videos dicotómicos, la mujer sumisa y la dominante. Se trata de identificar ¿con cuál nos sentimos más cómodos? ¿Por qué? ¿Qué hay de mí allí? ¿Qué no hay de mí? ¿Qué hay de mi pareja? ¿Qué no hay de mi pareja allí? entre otros.	Cargar de subjetividad esa imagen construida, ese collage. Realizar un paralelo entre lo que me gusta y la realidad de mis encuentros sexuales	Videos Televisor Parlantes de audio Collage terminado	30 min.
Receso			Refrigerios	15 min
Retomar hasta ahora	¿Cómo no hemos sentido? ¿Algo para resaltar?	¿Qué nos deja esto? ¿Qué buscar en la pornografía?	Tablero Marcador	10 min.
Presentación "Estéticas macho"	Presentación del texto: Estéticas Macho: Representaciones de masculinidad en la pornografía comercial de María Elvira Díaz y generar una reflexión a partir de allí, ¿Qué nos venden? ¿Por qué lo venden así? ¿Para qué?	Cada uno expondrá sus propias conclusiones, generar una reflexión que permita	Presentación Televiso Computador Parlantes de sonido	40 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
		resignificar los encuentros sexuales y concientizar sobre lo que consumimos		
Texto para reflexionar	A manera de cierre se realizará la lectura del texto "No soy un violador, soy un hombre normal" con el cual se pretende recoger lo visto a lo largo de las sesiones y las implicaciones que tiene el ser y hacerse hombres dentro de la sociedad contemporánea.	¿Se puede intervenir la realidad? ¿Cómo cambiar? ¿Desde dónde partir? ¿Tienen sentido estos encuentros con tan pocos participantes?	Texto	15 min.
Reflexiones para finalizar	¿Qué nos queda de todo esto? ¿Qué nos queda de todas las sesiones y de todas las participaciones?	¿Cómo seguir habitando la sexualidad?		15 min.
Agradecimientos y despedida	Agradecimiento y abrazo.	Agradamientos por brindarse, motivar a la autorreflexión más allá de la investigación.		5 min.



4. GDMP1 (Grupo de discusión, mujeres frente al consumo de pornografía1)

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Bienvenida	Saludo de bienvenida. Agradecimientos por asistencia; aclaraciones éticas, firma de consentimiento informado.	Palabras de bienvenida	Consentimiento informado Grabadora de audio Cámara fotográfica	5 min.
Introducción al tema	Introducir el tema que nos convoca, realizar algunas aclaraciones sobre la confidencialidad de la información	Escrito ¿Por qué masculinidades? ¿Por qué sexualidad? ¿Por qué pornografía? ¿En qué consistieron los encuentros anteriores, por qué éste es diferente?		10 min.
Presentación de las participantes ¿Qué creen que es ser hombre?	Cada una de las participantes se va a presentar y nos va a contar brevemente de dónde viene su nombre, quién se lo puso, por qué, etc. Luego cada una nos contará ¿Qué cree que es ser hombre?		Tablero Marcador borrable	15 min.
Ejercicio de las miradas	Para comenzar a reconocernos, cada una va a caminar en silencio en cualquier dirección y cada que se tope de frente con otra, se saludarán, pero solo utilizando los ojos.			10 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
Ejercicio de la corporalidad	Para continuar reconociéndonos, repetiremos en el ejercicio anterior, pero involucrando la corporalidad, entonces, cada una va a caminar en cualquier dirección y cuando se tope de frente con otra, se saludarán, pero como si fueran muy cercanas y no se hubieran visto en muchísimo tiempo, como un reencuentro.			10 min.
La pornografía	Indagar por los saberes previos de las participantes: ¿Qué es la pornografía? La relación que han tenido con ella ¿Cómo han llegado a ella? ¿Dónde está?	¿Hay infidelidad allí? ¿Se oculta? ¿Y si es en el sentido contrario cómo me sentiría?	Tablero Marcador Presentación	30 min.
El cuerpo que desea	Cada participante armará los cuerpo que crea disfrute ver su pareja en videos de pornografía (mínimo dos, independiente de su sexo) a modo de collage con piezas anteriormente dispuestas	¿Por qué cree que le gustan? ¿Qué dejar de lado? ¿Por qué esos? (números, sexos) ¿Cómo se siente frente a ello?	Imágenes Colbón Hojas de papel Tijeras	40 min.
Cuestión de actitud	Si bien la pornografía nos atrae y está mediada por la imagen, también está cargada de una serie de actitudes y símbolos que ejercen el papel de detonadores del placer, para ello veremos 2 videos dicotómicos, la mujer sumisa y la dominante. Se trata de identificar ¿Cuál creemos que disfrute ver nuestra pareja y cómo nos sentimos frente a	cargar de subjetividad esa imagen construida, ese collage. ¿Qué hay de mí allí? ¿Qué no hay de mí? ¿Qué hay de mi pareja? ¿Qué no hay de mi pareja allí? entre otros.	Videos Televisor Parlantes de audio Collage terminado	30 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
	ello?	¿Podría hacer una comparación entre lo que "creamos" y nuestra vida íntima y afectiva?		
Receso			Refrigerios	20 min
Retomar hasta ahora	¿Cómo no hemos sentido? ¿Algo para resaltar?	¿Qué nos deja esto? ¿Qué buscar en la pornografía?	Tablero Marcador	10 min.
La pornografía para ellas/ellos	¿Cómo llegan a la pornografía? ¿Por qué se da el consumo? ¿A qué edades? ¿Pornografía entre ellas? ¿Su pareja consume? ¿Qué piensa en caso de que sí o en caso de que no?	¿Consumimos lo mismo? ¿Qué disfrutarán ver más ellas?	Tablero Marcador	10 min.
Los imaginarios de ellos	Cada una realizará una pequeña reflexión (escrita) sobre una frase, o un pequeño fragmento de texto que resultó luego de los talleres con los hombres, posteriormente se socializará con el resto del grupo.	¿Qué pensamos de eso? ¿Lo sabíamos de antemano? ¿Lo imaginamos así?	Frases Hojas de papel Lapicero	20 min.
Crea tu propia escena	Cada participante escogerá una "categoría porno" con la cual trabajar y a partir de ella desarrollará un ejercicio de escritura en primera persona (puede escoger varias categorías) la cuestión es contar su propia película,	Lo leerá solo la que desee	Categorías Hojas de papel Lapicero	20 min.

Actividad	Descripción	Insumos	Materiales	Tiempo
	recuerdo, fantasía, etc.			
Reflexiones para finalizar	Las participantes evaluarán la sesión, compartiéndonos su opinión acerca de la actividades realizadas	¿Qué les queda de todo esto? Después de todo ¿Qué decirles a los hombres (parejas) frente al consumo de pornografía?		10 min.
Agradecimientos y despedida	¿Con qué llegamos, con qué nos vamos?	Agradecimientos por brindarse, motivar a la autorreflexión más allá de la investigación.		5 min.